Memorias de García Naranjo

Panoramas de la Infancia Vistos desde la Vejez

MEMORIAS

DE

NEMESIO GARCIA NARANJO

Panoramas de la Infancia
Vistos desde la Vejez



Talleres de "El Porvenir"

Monterrey, N. L.

INDICE

INTRODUCCION

LOS PRIMEROS AÑOS

EL TRASPLANTE A LA PATRIA

Ofrenda

Es no sólo de justicia, sino de decencia, colocar en la primera página de este libro, los nombres de los caballeros que tuvieron la gentileza de patrocinarlo:

EVARISTO ARAIZA
GASTON AZCARRAGA
MANUEL L. BARRAGAN
EUGENIO GARZA SADA
ROBERTO GARZA SADA
FEDERICO LACHICA
IGNACIO MORONES PRIETO
CARLOS PRIETO
JOEL ROCHA
ROBERTO G. SADA
AARON SAENZ
IGNACIO SANTOS
MANUEL SANTOS

De ellos partió la idea de que yo relatara la aventura de mi vida, y sin su generosa subvención, no habría yo podido suspender mi trabajo regular durante un año, a fin de dedicarme por completo a la recolección y el ordenamiento de mis recuerdos. A ellos se deben pues, en gran parte, las páginas de este volumen, y las de los cuatro siguientes, con que se completarán las evo-

caciones de mi adolescencia. Con la edición de estos cinco primeros tomos de mis Memorias queda cumplido el compromiso moral que tenía pendiente con el Patronato. En cuanto a los volúmenes posteriores (que ya se están publicando en la revista "HOY" y en los treinta periódicos más importantes de los Estados) aparecerán bajo mi exclusiva responsabilidad, pues no me parece correcto mezclar los nombres de los generosos patronos con la confesión de mis pecados políticos. Esa es cosa mía, únicamente mía.

Al volver a leer los nombres de los desinteresados subvencionadores, advierto con tristeza que dos de ellos, Don Manuel Santos y Don Federico Lachica han dejado de existir, y eso me obliga a duplicar mi gratitud, porque ya no podré corresponder a su esplendidez.

¡Cuánto se ha escrito sobre las dedicatorias de libros, y muy especialmente, de aquellas en que los próceres ricos recibieron la ofrenda literaria sin apreciar el homenaje que se les hizo! Don Francisco Rodríguez Marín señala como tipos de mezquindad, de ignorancia y de ingratitud, al Conde de Béjar y al Cardenal de Este, sobre quienes fulmina la siguiente condenación:

Cervantes y Ariosto "quisieron regalarles asientos honrosísimos en el templo de la inmortalidad... pero ellos se dieron tan mala traza en estimar ese galardón, que convirtieron en picotas sus escaños y han obtenido por consiguiente, una inmortalidad que parece un castigo dantesco. Estampados sus nombres en los centenares de ediciones del Orlando y del Quijote y conocida universal y perpetuamente la ruindad con que aque-

llos príncipes correspondieron a la inapreciable honra que les fue otorgada, permanecerán ridículamente expuestos a la censura de las generaciones mientras haya letras y lectores en el mundo. ¡Quien tal hizo, que tal pague!".

Comentando un caso parecido y con la fina ironía que siempre le fue característica, dice el sutilísimo Baltasar de Gracián que "anduvo discretamente donoso aquel autor que en la segunda impresión de sus obras, puso entre las erratas la dedicatoria primera".

La relación que establecieron los patronos con el autor de este libro, es tan antitética, que me complazco en subrayarla para gloria de ellos. Desde luego, el padre de estos renglones carece de títulos para inmortalizar a los protectores de las letras. Y en cuanto a los trece caballeros cuyos nombres decoran el pórtico de esta obra, ni siquiera sabían cuál iba a ser su contenido. Supusieron bondadosamente que por haber sido espectador y en ocasiones actor, en el desfile de la vida nacional, por cerca de dos tercios de siglo, podía relatar cosas que suscitaran el interés de las futuras generaciones. Y basándose únicamente en la esperanza, me otorgaron una subvención que no tiene precedente en la historia de las letras españolas.

Están arriba, muy arriba del Duque de Béjar y del Cardenal Hipólito de Este; y si su señorío fue tan munificente conmigo, ¡cómo habría sido con Ludovico Ariosto y con Don Miguel de Cervantes Saavedra!

Nemesio García Naranjo.

Prólogo

por

Ernesto Zertuche

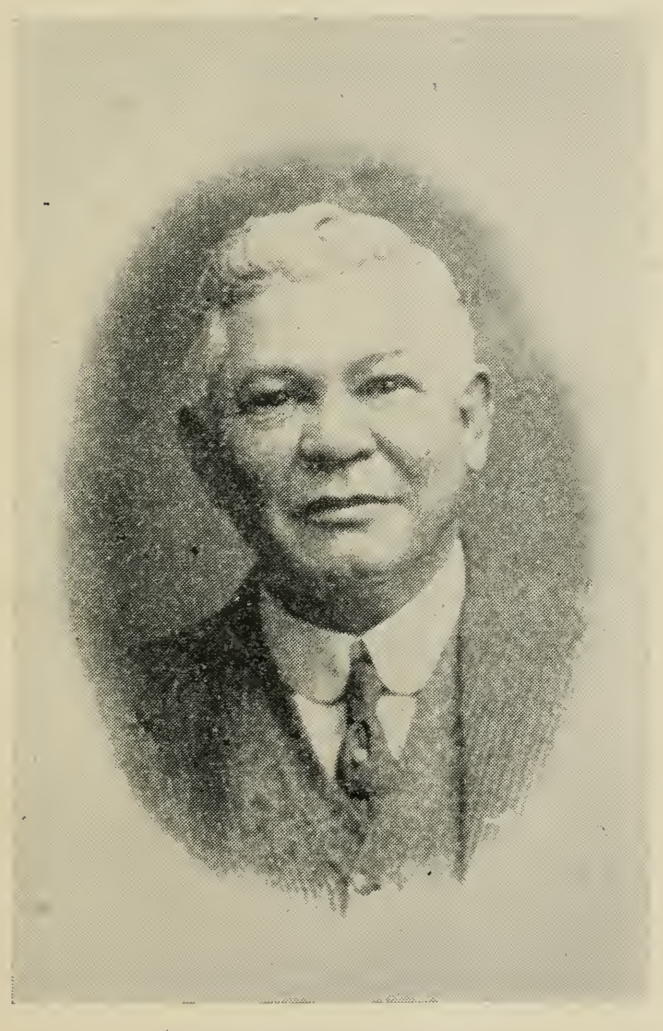
¿He de hacer la presentación de Nemesio García Naranjo? Sería ridículo que la intentara, el desconocido soy yo. ¿Debo criticar o encarecer esta obra? ¿con qué títulos?.

Cuando fuí invitado por el autor para escribir el exordio del tomo I de estas Memorias, me acordé de las frases donosas con que don Alejandro Quijano empieza su brillante prólogo de La Biblia del Jinete, traducción del árbitro de la charrería, don Carlos Rincón Gallardo, de excelente obrita escrita por el Gral. L'Hotte. Dice don Alejandro: "¿Pero qué andará haciendo este gordo a caballo? dirán los que, al abrir este libro, se topen con mi prólogo." Pero si se explica que el Marqués de Guadalupe haya tenido empeño en que la pluma maestra del Presidente de la Academia de la Lengua se ocupara de su obra, pues un prólogo del licenciado Quijano vale por un buen libro ¿cómo explicarse que García Naranjo se haya acordado de mí? Es seguro que los pocos lectores que me conocen van a decir ¿pero qué andará haciendo este ranchero entre literatos? Y los más, los que no me conocen ni de oídas, "al toparse con mi nombre" en este libro se preguntarán sencillamente ¿y éste?.

La explicación la ofrece el mismo García Naranjo en su carta-invitación: "El objeto de es-

tos renglones, dice, es invitarte para que juntes tu nombre con el mío en la crónica del Lampazos de hace 60 años... Tú (como yo) naciste en Lampazos y te educaste en el Instituto Felipe Naranjo, y ahora me entero de que vives en la calle de García Naranjo; tres detalles que superjustifican tu participación en mi obra". Y añade: "Mi propósito principal es que hables de nuestra tierra que hoy se encuentra arruinada; pero precisamente porque su situación es lamentable, más debemos hacer resaltar su pasado limpio y heroico". A esto, pues, me ciño; pero no sin vaciar antes un poco de mis recuerdos, en relación con los García Naranjo.

Todos o casi todos, tenemos a nuestros padres por dechados de virtudes. García Naranjo habla de los suyos, aquí y En los Nidos de Antaño, con vehemente admiración y ternura, y hace bien porque se lo merecen. Aunque cuando yo vine al mundo ya la familia de Dn. Nemesio García se hallaba radicada en Texas, el recuerdo del jefe de ella quedó por muchos años en mi pueblo, como paradigma de rectitud y caballerosidad. Había sido un alcalde modelo, el jefe de la masonería local y muy estimado amigo de mi padre. A Juanita Naranjo sí la conocí de cerca cuando venía a visitar a su mamá, nuestra vecina de enfrente y, como era muy amiga de mi madre, nos divertía con sabrosas pláticas que su gracia y su talento hacían encantadoras. Era, como dice muy bien el hijo al recordarla, una mujer de carácter, de fácil expresión y admirable retentiva; y se advertía en su conversación una gran devoción por su ma-



Mantenedor, mi Arturo,
— dijo Doña Juana Naranjo de García —

rido. Nada tiene de extraño que un matrimonio tan selecto y equilibrado, haya traído al mundo hijos igualmente selectos: Arturo, el hijo mayor, pundonoroso, inteligente y noble, que consagró lo mejor de su vida a la madre viuda y los hermanos en desgracia, sin pensar, sino muy tardíamente en su propia suerte, cuando habían pasado los contratiempos familiares que requerían su auxilio. Y Nemesio, autor de estas Memorias.

Circuló aquí en cierta ocasión, una curiosa anécdota que revela la fe y el reconocimiento que doña Juanita Naranjo tenía en "su Arturo", como ella decía siempre que mencionaba al hijo mayor. Una vecina ignorantona oyó decir a los que leían la prensa que Nemesio, a la sazón bohemio irreductible, había sido nombrado mantenedor de unos juegos florales; y vino con el cuento a doña Juanita: "Dice el periódico de México que Nemesio va a ser el mantenedor de quien sabe quién". "¿Nemesio mantenedor? ¡Mantenedor mi Arturo!" rectificó enérgicamente la señora. A las hermanas, Aurora y Julia, sólo las recuerdo como unas señoritas muy bien vestidas y muy guapas, alta y hermosa la mayor, menudita y graciosa la otra, que venían a visitar de tarde en tarde a la abuelita y a las tías. Mi madre, a estas horas de 94 años corridos, oyendo en radio desde Nuevo Laredo las charlas de García Naranjo, se acuerda de que cuando Nemesio era muy pequeño, una plácida noche lampacense se puso el muchacho a llorar pidiendo una estrella. ¡Quiero una estrella! ¡Quiero una estrella! repetía y repetía con sonora voz de recental, sin que hu-

biera manera de contentarlo, hasta que llegó don Nemesio. ¡Que le bajen una estrella a mi hijo, aquella, la más brillante! ordenó. Y sea por cansancio, por confianza en la promesa o por respeto al padre, la tonada cesó y el niño subiría en sueños a jugar con las constelaciones.

Siendo Nemesio siete años y medio mayor que yo, sólo recuerdo haberlo conocido cuando vino a terminar sus estudios primarios a Lampazos. Era entonces un jovencito de blonda melena y ojos zarcos, que camina abstraído a pasos descompasados y haciendo, a veces, sonar los dedos de una mano sacudiéndola cerca de su oído. Mi hermano Jesús, contemporáneo suyo, solía volver de la escuela refiriendo alguna contestación notable de Nemesio, o que había resuelto fácilmente algún problema de aritmética imposible para los alumnos y difícil hasta para el maestro. Así fue como empezamos a verlo con cierto interés no exento de respeto. Y cuando más tarde apareció fijado en las paredes del pueblo un manifiesto agresivo contra el Gobierno del Estado -cosa inaudita entonces- suscrito por un grupo de estudiantes del Colegio Civil de Monterrey, nos sentimos orgullosos de hallar entre los firmantes a nuestro joven paisano. -Era el mismo "fighter" de Encinal, que decía su antigua maestra de primeras letras-. Y así también, cuando en las lides políticas lo vimos después arriesgarlo todo y perder una posición alcanzada con mil esfuerzos; comprometer su porvenir y el de su familia y hasta el derecho primario de vivir en la Patria, por sostener sus convicciones contra todos los convencionalismos; enton-



Que le bajen una estrella a mi hijo,
— ordenó Don Nemesio García y García —

ces los lampacenses, todos por igual, los que participaban de su credo político -que respetamos siempre por sincero y consecuente- lo mismo que los de credos contrarios, lo acompañamos con el pensamiento y con el corazón en las vicisitudes de su agitada vida. Y lo honramos con la modestia de nuestras posibilidades: lo hicimos socio honorario del Casino de Lampazos (hoy desaparecido) y de la Sociedad Mutualista, "Francisco Naranjo"; a petición de esta misma, el Ayuntamiento puso el nombre de Nemesio García Naranjo a la antigua calle del Comercio; y en un monumento erigido en la plaza principal en honor del fundador y de los benefactores de Lampazos, el nombre del autor de estas Memorias ocupa lugar preferente entre los intelectuales que han dado lustre y fama a este pueblo. El, por su parte, supo corresponder con hidalguía. El hecho de que aparezcan aquí estas líneas de mi torpe pluma, sólo porque son de un lampacense, es el testimonio más elocuente de su devoción por su pueblo de origen.

Después de largo peregrinar, el que soñó de niño con poseer una estrella, en la plenitud de su vida ha tenido la satisfacción de alcanzar muchas: sus triunfos periodísticos y literarios; en la cátedra y en la tribuna; su título de abogado; su curul en la Cámara Federal y su puesto en un Gabinete; pergaminos, diplomas, condecoraciones; un asiento entre los Inmortales y, sobre todo, Angelina, la más inteligente y graciosa de las muchachas lampacenses de su tiempo. Y luego los hijos, y los nietos... ¡Vida intensa, larga y fecunda, ascendiendo a las cum-

bres y bajando a las simas; pero siempre con dignidad y en primera fila, sin torcer el camino, sin claudicar ni rendirse; que llega a la vejez con vigor físico y mental, colmado de honores y rodeado de cariños! ... Pero no anticipemos, que de todas estas cosas hablarán largamente estas Memorias, y vengamos a lo nuestro, al escenario en que García Naranjo vió la primera luz y terminó su primera educación.

oOo

Hay pueblos que no tienen historia o que, si la tienen, es una historia gris, rutinaria y desabrida. Lampazos es distinto. Desde que un fraile español tesonero, valeroso y de ardiente celo apostólico, el benemérito franciscano Diego de Salazar, fundó la Misión original a inmediaciones del Ojo de Agua (desde entonces llamado de San Diego) a fines de 1698, fue esa Misión un puesto avanzado de la civilización en los dominios seculares de los indios bárbaros del Norte. Si en otras regiones del Nuevo Mundo encontraron los conquistadores rudimentos y aún refinamientos de civilizaciones aborígenes presentes o pretéritas, en ésta sólo hallaron barbarie y ferocidad. Más de un siglo después de fundado este pueblo y ya robustecido con el establecimiento de familias criollas y españolas, era frecuentemente atacado por los indios, destruida parte de su riqueza y asesinados o arrastrados al cautiverio algunos de sus habitantes. Todavía en 1861, el Gral. Francisco Naranjo hizo sus últimas campañas contra los Lipanes. De ahí que los lampacenses tuvieran que hallarse prontos a



Aurora, alta y hermosa,
— dice D. Ernesto Zertuche —

la defensa y se mantuvieran permanentemente sobre las armas.

No es, pues, una casualidad que Lampazos haya producido en todas las épocas hombres avezados a la campaña y expertos en la lucha. En estas Memorias hallará el lector mencionados algunos de los más notables; pero hubo muchos más, son esos héroes anónimos que no merecieron un laurel, ni un recuerdo agradecido, ni siquiera un monumento común al Soldado Desconocido. De aquí partieron en 1810 a unirse con los insurgentes del Padre Hidalgo, el capitán de milicias activas Dn. Juan Ignacio Ramón de Burgos y su hermano Buenaventura, a invitación de don Mariano Jiménez, y es de presumirse que no iban solos; aquí maduró don Santiago Vidaurri en 1855 el desconocimiento del gobierno santanista, y levantó don Juan Zuazua sus "Blusas", pie veterano del Ejército Restaurador que tomó la capital del Estado, con lo que Vidaurri vino a ser la figura política y Zuazua la militar más destacadas entre los hombres del Norte de su tiempo, y factores decisivos para el triunfo del plan de Ayutla; aquí reclutó Naranjo sus "Carabineros de Lampazos" con los que se distinguió en Puebla y en Querétaro; y aquí formó el ingeniero Francisco Naranjo el XIX Regimiento Irregular con el que hizo la campaña de Morelos en 1911.

En 1914 un general Quintana, malinterpretando, según se dijo después, una orden del gobierno huertista, prendió fuego al puerto fronterizo de Nuevo Laredo y después vino a Lampazos e intentó quemar también este pueblo, co-

mo hizo después con el de Candela. Los vecinos, encabezados por el Alcalde don Manuel Zuazua, se presentaron ante el jefe militar tratando de disuadirlo de tan criminal intento, y como no lo consiguieran, se pusieron a seguir a los oficiales que habían sido comisionados para trasmitir a los habitantes la orden de abandonar sus hogares porque el pueblo iba a ser entregado a las llamas; y donde aquellos ordenaban ¡Sálganse! don Manuel contraordenaba ¡No se salgan! Y no se salieron ni permitieron que se consumara el atentado.

De Lampazos surgieron también desde 1901 precursores de la Revolución: el ingeniero Naranjo ya citado, César Elpidio Canales, Carlos Zertuche y otros miembros del Club Liberal Antirreeleccionista, y algo después Antonio I. Villarreal; lo que motivó que este pueblo sufriera humillaciones y persecución en la persona de sus hijos, durante la última década del régimen porfirista. Y de 1913 a 1918 vió arruinada su riqueza ganadera para el aprovisionamiento de las fuerzas revolucionarias del noreste; incendiados el templo que fue núcleo y origen de su población y el Colegio del Verbo Encarnado, donde se educaron varias generaciones de damas que imprimieron a la sociedad lampacense un sello de distinción y pulcritud moral característico; incendiado también su teatro que era el centro social y cultural más importante; convertidas en cuarteles sus escuelas y, a pesar de todo, prestó a la Revolución un contingente de sangre de los más copiosos, relativamente a su población.

A fines del siglo pasado, cuando García Naran-



Julia, menudita y graciosa,
— dice el prologista —

jo vino a completar sus estudios primarios, Lampazos era, como él mismo lo describe en este libro, un pueblo de medianos pero suficientes recursos, donde se hacía vida social y se disfrutaba de espectáculos cultos. Dos fuentes importantes de riqueza había, la ganadería y la minería. Los agostaderos del municipio -el más extenso del Estado en aquel tiempo- estaban poblados de ganados mayores y menores que pertenecían a familias lampacenses; de modo que, aunque esas familias acostumbraban enviar sus hijos a donde podían adquirir una educación superior, permanecían ellas mismas adheridas al terruño y, consecuentemente, los rendimientos de la tierra eran derramados o invertidos aquí mismo. Otro tanto puede decirse de la minería, pues entre los vecinos principales se contaban importantes accionistas de las compañías explotadoras, por lo que dividendos y salarios convergían para vigorizar el comercio local. Las haciendas de la Casa Milmo, El Alamo y San Patricio, aunque fincadas en tierras de Coahuila, tenían aquí el asiento de su administración y aprovisionamiento. Y, finalmente, una guarnición federal permanente; una aduana que poco después fue establecida y que se conocía por "del contrarresguardo", con numeroso personal de a pie y de a caballo; y un destacamento del Cuerpo Rural, eran factor importante en el sostenimiento de almacenes mercantiles de solvencia, como los de Graciano Bortoni y Cía. y de don Juan B. Elizondo.

En cuanto al Instituto Felipe Naranjo (hoy Escuela Oficial con el mismo nombre), de au-

las espaciosas, en una de las cuales se efectuaban cómodamente los exámenes públicos anuales, a los que concurrían las familias de los alumnos; era sostenido por el Ayuntamiento -los municipios tenían entonces arbitrios bastantes- y estaba dotado con propiedad: mobiliario suficiente, material didáctico, laboratorios elementales, aparatos gimnásticos y banda de guerra. El autor de esta obra habla con admiración de los profesores Francisco Rodríguez Pérez y Aurelio V. Villarreal, maestros meritísimos por su ciencia, rectitud y dedicación; pero no fueron los únicos de calidad. Por las aulas de nuestra escuela pasaron después don Bernardo M. Garza Treviño, quien organizó con sus alumnos una sociedad escolar y una pequeña biblioteca, iniciándolos en las prácticas democráticas y en el cultivo de la composición y de la oratoria; don Celso Flores Zamora y don José Alvarado -padre este último del inteligente escritor lampacense, licenciado José Alvarado-. Sendas escuelas de Monterrey ostentan hoy los nombres de estos dos educadores inolvidables; don Emigdio Villarreal -padre del doctor Juventino Villarreal Muñoz de Monterrey-. Don Emigdio era también músico, y así pudo servir muchos años en nuestra escuela primaria y en la enseñanza de su arte; don Jonás García, don Cristóbal Cárdenas y otros.

Dos órdenes de sucesos espectaculares tenían lugar periódicamente en Lampazos, los desfiles militares en ocasión de las fiestas patrias, y las ferias populares. Los primeros, por el numeroso personal que desfilaba;. por la imponente mar-

cialidad de la tropa y de los alumnos del Instituto y por la gallardía mexicanísima de los rurales y de la gendarmería montada, que lucían arreos charros. La desproporción entre el número de soldados y la importancia del pueblo era evidente —el autor de este libro explicará a su tiempo el fenómeno—; pero el espectáculo parecía grandioso. Por lo que se refiere a las ferias, las nuestras eran famosas en la región por la población flotante que atraían, que nuestras pequeñas plazas mal podían contener. Los juegos, serenatas y diversiones eran los mismos que en cualquier otro pueblo; pero las apuestas y las altas pilas de monedas que se apretaban sobre los tapetes verdes, impresionaban. Había dinero y los lampacenses gustaban de arriesgarlo. Previamente realizaban sus pastorías gordas y sus esquilmos, y acudían a tentar la suerte en la ruleta, en "la partida" o apostando al alazán.

Tuvimos también una modesta plaza de toros en la que conocimos en los inicios de su carrera taurina, bajo la dirección del célebre "Ojitos", a Rodolfo Gaona, a Lombardini y López, que fueron después diestros famosos. Por nuestro pequeño teatro -uno de los mejores del Estado, después de los de Monterrey- pasaron: la Compañía de Opera Italiana Assali y Sigaldi; la Compañía Infantil de operetas de la que era ya pequeña estrella Esperanza Iris; la de alta comedia española de Elisa de la Masa; y compañías de zarzuela y de dramas de gran aparato como la del viejo lobo español de las candilejas, don Ricardo de la Vega; y nuestras rumbosas fiestas escolares, en las que se reproducían las gestas

gloriosas de la historia patria, como "El Sitio de Cuautla" y "El Asalto a Chapultepec", dramatizadas por el doctor Rafael Garza Cantú, literato neoleonés hoy injustamente olvidado; funcionaban dos templos católicos, y un colegio de religiosas enseñaba música, pintura, idiomas y artes domésticas; además de tres escuelas primarias oficiales. El pueblo, compacto, sin esas grandes lagunas ruinosas que hoy se advierten por todas partes, se extendía de Oriente a Poniente desde la falda del cerro de Lampazos ("la punta" que le dió nombre) hasta la estación ferrocarrilera; y de Norte a Sur desde la Ermita -ya desaparecida- hasta el Ojo de Agua, y una larga cadena de baños de agua corriente cubría parte de la acequia madre.

Ruego a los lectores que no vayan a suponer, por lo que llevo dicho, que creo o pretendo hacer creer que Lampazos fue algo más que un pueblo de mediana importancia. Nuevo León todo, hace 60 años, era uno de los Estados más pobres y peor dotados; y su capital una ciudad como había muchas. Hoy ha conquistado Monterrey un lugar prominente como ciudad y el primero como centro industrial; y hay pueblos que, favorecidos por modernas carreteras, presas y otros medios de progreso, han logrado notoria prosperidad. Sólo he querido hacer notar el duro contraste entre la relativa riqueza de que el nuestro disfrutó en su tiempo, y la solemne pobreza en que hoy se debate. En efecto, toda aquella "pequeña grandeza" se derrumbó lamentablemente, como dice muy bien el autor de este libro. La minería se agotó; los

ranchos ganaderos, cuyos dueños tuvieron que exiliarse durante la Revolución, han pasado a poder de personas que no radican en Lampazos y, naturalemente, los rendimientos de esa industria ya no vienen a vigorizar el comercio local; la agricultura, que nunca pasó de mediana por la escasez de las lluvias, fue languideciendo a medida que se acentuaba el largo período de sequías que todavía estamos padeciendo. La guarnición federal y la aduana desaparecieron y, como remate, la creación del municipio de Anáhuac en tierras de Lampazos, restó al nuestro más de la mitad de su territorio.

Consecuencia obligada de tantos quebrantos ha sido la despoblación, lenta pero continua. Barrios enteros en ruinas y hasta en el centro mismo de la ciudad, casonas solariegas abandonadas. La escasa población actual, pobre en su inmensa mayoría, lucha penosamente con la adversidad o emigra periódicamente para vender el trabajo de sus brazos. Así, las generaciones que fueron testigos de la prosperidad de este pueblo podrán -guardadas las distancias- decir a la juventud actual con los versos eternos de Rodrigo Caro:

"Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa..."

Y, queridos lectores, "con su amable permiso" y para regocijo de ustedes, hago mutis para dejar el sitio a la figura venerable de castellano viejo que ya me pisa los talones. Tiene la palabra Nemesio García Naranjo.

Lampazos de Naranjo, N. L., agosto de 1956.

Introducción

ENFRENTE DE LA POSTERIDAD

— I —

> Considero como una felicidad caballero, el haber encontrado un bizarro y pundonoroso oficial de la guardia real, que haya terminado un asunto que sin su intervención, acaso no habría llegado nunca a su término. A vos, pues, caballero, es a quien habré debido a la tranquilidad de mi vida, y lo que todavía me interesa más, la de la señora de Chateaubriand. Dios mediante, todo lo demás marchará bien y espero que ni vos, ni los accionistas os arrepentiréis algún día, de haber adquirido la propiedad literaria de mis "Memorias".

Como se comprende muy fácilmente, las palabras anteriores fueron escritas por el Vizconde de Chateaubriand. Se encuentran en la carta de gratitud que le dirigió al Teniente Coronel H. L. Delloyes, principal organizador de una sociedad mercantil que se formó para comprar las "Memorias de Ultratumba" y editarlas cuando hubiese pasado a mejor vida el ilustre autor de "El Genio del Cristianismo". El gran romántico del Siglo XIX encontró en el crepúsculo de su existencia a gen-

tes nobles que le compraron su obra póstuma y resolvieron de esta guisa el problema de su vejez.

Yo he sido mucho más afortunado que Chateaubriand, puesto que los nobles patrocinadores de estas Memorias han tenido la gentileza de no reclamar siquiera la propiedad de este modesto trabajo. Se limitaron a proponerme que las escribiera, ofreciéndome una subvención que no tiene precedente en la historia de las letras de México. Yo había dicho en el prólogo de "En Los Nidos de Antaño" lo que sigue: "No soy rico ni tengo el heroísmo de vivir en perpetuo sacrificio como Ben Johnson y Charles Baudelaire, ni puedo desprenderme de mi orgullo, para buscar un Mecenas o a un Lorenzo El Magnífico, los cuales, por cierto, ya no se encuentran en estos miserables tiempos". ¡Con cuánta alegría hago la rectificación debida; y dicha alegría se intensifica al considerar que la mayoría de los protectores de esta obra son gentes de Nuevo León!

La generosidad que han probado tener es tanto más meritoria, cuanto que mi vida humilde (ruidosa a veces, pero siempre de segunda o de tercera fila) no merece la distinción excepcional que ellos le han conferido. Compararla con la de Chateaubriand sería algo que no puede tomarse en serio. En cuanto a los acontecimientos que me ha tocado presenciar, tampoco se pueden parangonar con los que tuvo el privilegio de ver aquel adversario apasionado de la Revolución Francesa. El presenció los tumultos populares que culminaron en el asalto y la captura de la Bastilla, y con eso queda dicho que nadie se puede jactar de haber sido testigo de un fasto más conmovedor y

trascendental. Casi un cuarto de siglo después le tocó encontrarse en un sitio en donde no se veía la batalla de Waterloo, pero sí se escuchaba el estruendo del cañoneo. Así pues, Chateaubriand pudo dar fe del alfa y de la omega del movimiento tempestuoso con que se inició la historia contemporánea.

Para poder rivalizar con él, yo necesitaría haber visto las carabelas de Cristóbal Colón, cuando llegaron a América, o por lo menos, haber sorprendido a Hernán Cortés llorando en la jornada de la Noche Triste. ¡Y no! Los panoramas y los sucesos que se han grabado en mi memoria son mucho más pobres y de menor resonancia. Tuve la oportunidad de asistir en 1910 a las fiestas del Centenario de la Independencia; ví cómo se prendió el incendio revolucionario; fuí testigo de la caída del régimen porfirista, y luego del encumbramiento y el ocaso de don Francisco I. Madero; y finalmente, participé en la lucha tremenda que sostuvo el General Huerta con el Presidente Woodrow Wilson, de los Estados Unidos; y aunque algunas de estas cosas se hallen impregnadas de dramaticidad, resultan insignificantes, al lado del crepúsculo de Luis XVI y del implantamiento del régimen del Terror. Cualquiera de las catástrofes que recuerdo, no resiste la comparación con el derrumbamiento del Aguila Imperial.

Por eso temo que quienes esperen encontrar en el relato de mi vida, escenas impresionantes vayan a sufrir una inevitable desilusión. A pesar de que una propaganda sostenida durante 40 años, presenta a los Ministros del General y Presidente Huerta, como tipos de tragedia; a pesar

de que don Venustiano Carranza y el General Plutarco Elías Calles me obligaron a vivir durante larguísimos años fuera de México, no soy un personaje de Esquilo, ni un villano de la novela romántica, ni siquiera un truhán de la Picaresca española. Me tocó estar en medio del huracán que sopló sobre México hace alrededor de 40 años y eso fue todo. Al inaugurar el Congreso de Angostura, el libertador Bolívar hizo esta patética confesión:

> "No ha sido la época de la República que he presidido una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular; ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizados; ha sido, sí, la inundación de un torrente infernal que ha sumergido a la tierra de Venezuela. Un hombre, ¡y un hombre como yo!, ¿qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones? En medio de ese piélago de angustias, no he sido más que un juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal. Fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos. Atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco".

Ahora bien, si el héroe rutilante de Carabobo y de Junín se consideraba una "débil paja", yo no puedo ser otra cosa que la partícula de la polvareda que se levantó. Sobre estos conceptos que

no entrañan una modestia falsa; sino conciencia de la realidad, comienzo a dictarle mis Memorias a Lupita (así se llama mi secretaria), sin la menor idea de marcarle rumbos a la historia de mi país. Sería insincero si comenzara por decir que soy un anónimo. Nada de eso, pues he logrado ser conocido por la mayoría de mis compatriotas, entre otros motivos, porque la Providencia me permitió sobrevivir a casi todos mis compañeros de generación. El 28 de junio de 1951, en el Teatro Florida, de Monterrey, se me ocurrió pasar lista —aquella lista que se pasaba en 1897— a mis compañeros de clase en el Colegio Civil. Acuña Manuel, Amato José, Barocio Octavio, Berlanga Jesús, Buentello Francisco ... Al llegar a la letra "D" no pude seguir, porque se me formó un nudo en la garganta al considerar que todos los enumerados habían muerto. Y de la misma manera, se han ido de este mundo el ochenta por ciento de mis compañeros de la "siempre erguida", como llamó don Justo Sierra a la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Igualmente ha muerto el 99 por ciento de los diputados a la Legislatura XXV, que fue la última del régimen porfirista; y también se fueron para siempre —¡y desde hace 19 años!— mis camaradas del Cuadrilátero en la tumultuosa Asamblea de 1912 y 1913. Giro la vista en mi derredor y sólo veo sombras; alguien me ha llamado "valor arqueológico", y me ha divertido la calificación y, hasta me ha llenado de orgullo, pues no cualesquiera puede tutear al Arbol de la Noche Triste o a las ruinas de Mitla. Dios ha querido que siga de pie, como uno de los vestigios del pasado, y no ha de faltar algún romántico que me

mire como el último jirón de una bandera que se hizo pedazos, pero que sigue prendido al asta, esto es, pegado tercamente a la vida, porque en compensación de muchas fallas, ha sabido encontrar hasta en la vejez, muchos sortilegios y fascinaciones.

¿Cómo voy a relatar mi viaje por el mundo? Sólo sé decir que para contar las efemérides de mi infancia, quisiera ser un niño, pues ya he perdido la frescura y el candor que se requieren para describir los primeros años. Lo que en labios de una criatura tiene sonoridades y transparencias, en la boca de un viejo resulta artificioso y postizo. En cambio, para confesar mis aventuras políticas y mis campañas periodísticas, preferiría aplazar la redacción de mis Memorias, a fin de que mi criterio se acabe de serenar. Si no fuera porque para cuando se publiquen estos renglones, ya habré pasado de los 70 años —¡y la vida se va fugazmente!— continuaría retrasando la confesión de mi vida. Porque no basta la intención imparcial y verídica: hay que tirar todas las pequeñas vanidades del mundo, y ni los espíritus más altos pueden sentirse orgullosos y seguros de haber conquistado la gracia de la euritmia. Renán le dijo a Palas Atena en la plegaria del Acrópolis: "Para encontrarte, me han sido necesarias investigaciones infinitas. La iniciación que tú conferías con una sonrisa a los atenienses en el momento de nacer, yo la he conquistado a fuerza de reflexiones y pagando el precio de largos esfuerzos".

Si el heresiarca de la vida de Jesús pagó tan caramente la serenidad, ¿cómo esperar que yo la adquiera sin tropezones y sin fracasos? Rubén Da-

río dijo en un endecasílabo luminoso: "Por eso ser sincero es ser potente". Muy bien; pero cuando se plantea concretamente el problema, se encuentran más bemoles que los que se habían previsto. ¿Es acaso una virtud exhibir defectos? Eso depende de la manera en que se exhiban. A los que esconden sus faltas se les llama hipócritas y fariseos; y a los que las colocan en escaparates, descarados, o cuando menos, amorales. Todo depende de no perder el ritmo. Juan Jacobo Rousseau reveló muchas porquerías sin necesidad, creyendo tal vez que con eso conseguía ser creído, en aquellas cosas que más le interesaban. ¡Y no! A los lectores no se les engaña; por más sutileza y astucia que pueda tener el engañador.

Por otra parte el "bovarismo" es un mal que se encuentra mucho más extendido de lo que generalmente se cree, pues las gentes, en su mayoría, se complacen en formar el arquetipo y huyen de sí mismas, para acomodarse al paradigma que han fabricado en su imaginación. Y, así, pensando en lo que se quiere ser, se acaba por olvidar lo que se es en realidad. Por eso abundan los embusteros que acaban por creer en las mentiras que pusieron en circulación. Tarea inútil, porque la verdad, aunque se la envuelva en nubes, acaba por imponerse en forma convincente y definitiva Se dice con frecuencia: hay que ser sinceros; pero lo que no suele decirse es que la sinceridad debe comenzar por el análisis de nosotros mismos.

Por eso, cuando se mira para adentro, el primer impulso es el de esconder aquello que pueda perjudicarnos. ¿Incurriré en esta puerilidad? Eso es lo que quisiera eludir y, por lo mismo, le pido a

Dios el valor que se necesite para tirar las mezquindades y pequeñeces que sin duda sigo teniendo, para presentar el panorama de los últimos 50 años, con la mayor verdad posible. Claro está que no aspiro a la verdad con "V" mayúscula, porque soy humano, y, por lo mismo, por más empeño que ponga en depurarme, siempre me quedarán algunos prejuicios y parcialidades, de los que no se escapan ni los espíritus superiores.

Como no pretendo engañarme, advierto que no ando en busca de la frialdad del hielo, ni de la sequedad del desierto, ni de la rigidez de la muerte. Jamás he creído que la verdad se obtenga con la estrangulación del sentimiento, ni que la historia se haga con números inanimados. Nací apasionado, enfático y vehemente; y si procurara no serlo, sentiría la falsificación de mí mismo. Por eso no voy a tapar el cráter por donde mi espíritu se desborda, aunque sí voy a procurar que las erupciones no sean de injusticias. Probablemente mi aspiración es absurda, porque deseo la serenidad que no es antitética de la pasión y el equilibrio que no es antagónico del fuego. Quiero conservar el fuego y la pasión, pues sin ellos mi corazón dejaría de latir y mi carne se convertiría en piedra.

Finalmente, debo aclarar que aunque escribo para la posteridad, no me he muerto todavía y, por por consiguiente, espero leer con interés las críticas que provoquen mis confesiones. No les contestaré a mis refutadores, aunque sí me encuentro listo para aclarar todos los hechos que sean puestos en duda. Nada de polémicas; pero sí la disposición de confrontar los balances. Lo único que me preocupa es la corrección de la contabilidad.

El Vizconde de Chateaubriand anunció que iba a escribir sobre su propio féretro, una expresión literaria muy para el gusto romántico del Siglo XIX. Tal vez por eso se preparó la publicación de sus Memorias para después de su muerte. Si yo prometiera lo mismo, ya me figuro la sonrisa burlona que se dibujaría en el rostro de mis lectores. Pero no, no pienso cortar mi vida, ni mucho menos encerrarme en el Convento de Yuste, para ver, como Carlos V, detrás de una reja, la pompa de mis propios funerales.

¿AUTORRETRATO?

Como trato de libertarme de orgullos pueriles, no voy a pintar mi efigie con las luces apropiadas para producir un buen efecto. Recuerdo que una vez, comparando las figuras gallardas de Rafael y de Velásquez, de Rubens y de Van Dyck, con las de Bach, Hayden, Beethoven y Wagner, le pregunté a Francisco Zubieta, un admirable dibujante que se destacó con alto relieve en la primera década de este siglo: ¿A qué se debe que los grandes artistas del pincel fueron muy bien parecidos, en tanto que los genios de la música, con excepción de Mozart y algún otro, fueron muy feos? —¡Cómo por qué! —me contestó Zubieta en tono zumbón—: todo pintor, al autorretratarse, desvanece las líneas innobles que afean su rostro, y en cambio, hace resaltar los perfiles que lo embellecen. Y agregó burlonamnte: —Si Beethoven hubiera sido pintor, tendríamos de él un retrato que podría rivalizar con el mismo Apolo; y en cambio, si Rembrandt hubiera sido músico, algún otro se habría encargado de retratarlo, y puede usted tener la seguridad de que nos parecería tan feo como Quasimodo.

Yo me reí de aquella "puntada", pero él detuvo mi hilaridad diciéndome que hablaba en serio. —Soy caricaturista —añadió en tono grave— y sin

destruir el parecido, puedo presentar las facciones de las madonas de Rafael con trazos grotescos y hasta repugnantes. ¿No conoce usted la caricatura que hizo Blix de la Gioconda de Leonardo da Vinci? Pues véala y se convencerá de lo fácil que es ridiculizar hasta los rasgos de los modelos clásicos. Después de fundamentar su tesis con seguridad y aplomo, me dijo: —Vea usted lo que puedo hacer en favor de mí mismo, que estoy muy lejos de ser un Adonís. Y sobre un papel trazó las líneas principales de su cara, presentándola mucho mejor de lo que realmente era. Conste que en aquellos tiempos, Diego Rivera no había pintado su autorretrato, en el cual nada hizo por embellecerse. En justicia, no tenía derecho para ello pues tras de haber afeado el rostro de mujeres hermosas, habría sido imperdonable que se presentara como querubín.

Yo tampoco voy a incurrir en la cursilería de pintarme como un angelito celestial. En realidad nunca me ha asaltado la ocurrencia vanidosa de autorretratarme; y en el caso de que hubiera tenido tan mal pensamiento, se me habría desvanecido al leer los siguientes renglones:

"Este que véis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; el color vivo, antes blanco que moreno;

algo cargado de espaldas y no muy ligero, de pies... etc.".

Así se pintó a sí mismo Don Miguel de Cervantes Saavedra, en el prólogo de las "Novelas Ejemplares", y para completar su retrato, añadió estas palabras, tan donosas como envidiables:

"Fue soldado muchos años y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla de Lepanto la mano izquierda, de un arcabuzazo; herida que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta acción que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de feliz memoria".

Comparando esta noble imagen con la que miro todas las mañanas en un espejo de cristal, para afeitarme, y en mi propia conciencia, para poner en orden mis cuentas morales, encuentro que sólo me parezco al ilustre autor del Quijote en las barbas de plata que fueron de oro y en los dientes que también son seis los míos, aunque remendados y completados por el doctor Fernando Todd con tanta habilidad, que mi boca produce la impresión de tener una dentadura completa, aunque muy deteriorada en la fachada principal, o sea en los cuatro incisivos de la mandíbula superior. Tienen ya más picaduras que San Sebastián y amarillean lívidamente como los cuadros del Greco, pero el doctor me ha dicho que conserve estas ruinas de mi dentadura, el mayor tiempo que me sea posible.

Cervantes tenía cara de águila, mientras que yo, al decir de mis compañeros de escuela, me pa-

rezco un poco a los gatos, lo cual no da base para nutrir jactancias ni presunciones. El tenía la boca pequeña, lo que no le impidió hablar nuestro idioma mejor que nadie; la mía es grande y tal vez por eso, he sido un exuberante hablador. Y si de lo físico pasamos a lo moral, se acentúa la diferencia con gran desventaja para mí, pues nunca tuve la gloria de ser soldado, aunque en la Escuela Primaria de Lampazos de Naranjo, aprendí los primeros rudimentos de la instrucción militar que completé luego en el Colegio Civil de Monterrey, donde llegué a lucir en mis kepís las dos espiguillas doradas de Teniente. Todo esto es tan poco (pues cualquier conscripto me supera) que resulta grotesco recordarlo cuando se habla de la participación heroica de Cervantes en la Batalla de Lepanto o de su cautiverio dramático en Argel.

Pero como me encuentro en el plano de hacer una confesión general, debo referir cómo, en 1905 y en 1914, me encontré dentro de los preceptos rígidos de la Ordenanza Militar. En 1905, por recomendación de don Rosendo Pineda, fuí nombrado escribiente del Departamento de Marina de la Secretaría de Guerra. Don Rosendo me consiguió aquel empleo, para que yo pudiera seguir mis estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, pues mi padre había muerto en el año anterior y se había suspendido la mesada modesta que me permitía vivir en la ciudad de México. Ahora bien, como todos los empleados del Ministerio de Guerra formaban parte del Ejército, se me notificó que mi equivalencia era la de Subteniente de Marina. Yo quedé en éxtasis, y aunque en aquel

entonces no me había embarcado, ni siquiera había pisado la cubierta de una nave, llegué a embriagarme con la ilusión de que podía llegar a ser algún día en México, algo parecido de lo que era Pierre Loti en Francia: ¡marino y hombre de letras! Qué bonito suena, ¿verdad? Sin embargo, se me podía aplicar un epigrama por el estilo del que le dedicó Quevedo a Don Juan Pérez de Montalván, pues despojando mi empleo de la equivalencia sonora (Subteniente de la Marina de Guerra), quedaba reducido a escribiente humilde de un Ministerio.

Si lo de 1905 me halagó inmensamente, lo de 1914 me produjo mortificación, una mortificación angustiosa que no dejó de molestarme durante muchos años. Sucedió que el Presidente Huerta quiso militarizar su Gobierno y les reconoció a todos los servidores de la Administración grados de acuerdo con su jerarquía política; y como yo era Ministro de Instrucción Pública, ordenó que se me extendiera el despacho de General de Brigada. Cuando aquel documento llegó a mis manos, pasé a ver al Presidente para manifestarle que como yo había recibido algo de instrucción militar, podía desempeñar en el Ejército las funciones de Teniente, y en caso de urgencia, las de capitán; pero que de ningún modo podía aceptar el generalato. El Gral. Huerta frunció el entrecejo, y me dijo que un Ministro no podía tener otro grado que el de General. Mientras los dos discutíamos el asunto, dos generales auténticos, esperaban que yo acabara de hablar con el Presidente, para acercarse a él y tratarle algún asunto del servicio. El general

Huerta les hizo una señal para que se acercaran. Y señalándome, les dijo en tono que fluctuaba entre el resentimiento y la admonición:

-Aquí tienen ustedes un caso singular: el señor Ministro se avergüenza de ser general.

La Providencia me inspiró en aquel momento y pude contestarle:

-Perdóneme, señor Presidente; de lo que me avergüenzo es de no serlo.

Los generales se rieron y Huerta, que era muy ágil para eludir las cuestiones espinosas, les dijo que Don Benito Juárez había hecho generales a los gobernadores de los Estados, y en seguida, cambió de conversación.

Por todo lo anterior, a pesar de que aprendí a mandar la sección de una compañía en el Colegio Civil; a pesar de que en 1905 estuve dentro de la jurisdicción militar; a pesar del generalato postizo en tiempos del general Huerta; a pesar de que los clarines de la Escuela Nacional Preparatoria me saludaban con llamadas de honor, cuando iba a dar mi clase de Historia de México; a pesar de todo eso, nunca fuí soldado, ni estuve cautivo en campo enemigo, ni mucho menos tuve la gloria de perder un brazo en la batalla de Lepanto.

La conclusión es obvia; el creador del Quijote me supera inmensamente en el terreno físico y más aún en el moral. Y en el terreno artístico, ni para qué hablar, pues cualquier intento de paralelo sería tan ridículo como comparar la pavesa insignificante que salta de un tizón, con las estrellas perennes. Y conste que no subrayo el contraste en un alarde de modes-

tia falsa, sino para que mis lectores adviertan la dificultad de hacer la historia de mi vida.

¡Si, cuando menos, fuese yo un hombre original y pintoresco, uno de esos hombres que se singularizan por un carácter de excepción que se sale de la rutina monótona en que vive la sociedad! ¡Pero no! Fuera de los cambios bruscos que me fueron impuestos por el triunfo revolucionario de 1914, mi existencia se ha deslizado suavemente y sin complicaciones teatrales. No ha habido "finales de acto" que ponen en tensión los nervios de los espectadores. No soy un héroe de novela, cuyos defectos seductores contribuyen también a formarle una aureola. Mis fallas no inspiran leyendas ni seducen a la fantasía. No he matado a ningún prójimo, como Salvador Díaz Mirón, ni he dilapidado un caudal de millones, como Jesús E. Valenzuela, ni he tenido deudas fantásticas como Emeterio de la Garza, ni he sido un dipsómano como Edgar Allan Poe, ni he disfrutado de un idilio morboso con una actriz de genio, como Gabriel d'Annunzio, ni me han internado en un manicomio como a Guy de Maupassant, ni voy a suicidarme como Mariano José de Larra o Manuel Acuña. Mis culpas han sido las de Pedro, las de Juan, las de cualquier pecador anónimo, que no constituye ningún problema para el consultor espiritual.

Lo único que me diferencia, no sólo de la generalidad de los mortales, sino también de los políticos militantes, es que fuí obligado a vivir fuera de México durante larguísimos años. Don Venustiano Carranza me recetó un exilio que se

prolongó durante todo su régimen y que alargué, como medida precautoria, durante el interinato de Don Adolfo de la Huerta y la primera mitad del gobierno del general Obregón. En total, sufrí nueve años de destierro. A este ostracismo, hay que agregar otro de la misma duración que me impuso el general Calles en 1926. Por último, debo añadir diez años más que no pertenecen a mi cuenta particular, sino a la de mi padre que, en 1886, desilusionado por el giro que tomó la política de Nuevo León, resolvió irse a vivir a los Estados Unidos. En total, viví fuera de México durante 28 años, y creo que con la excepción del General Leonardo Márquez, el doctor Aureliano Urrutia y el licenciado Rodolfo Reyes, ningún otro mexicano puede jactarse de un récord tan largo de destierros.

¿Por qué se fue más riguroso conmigo que con mis compañeros de "Cuadrilátero" y los demás derrotados de 1914? La respuesta es obvia: a fines de 1912 y a principios de 1913, publiqué en mi diario "La Tribuna" dos artículos intitulados "Galería de Traidores" y "Aguila que Cae", que fueron considerados como subversivos por los revolucionarios que sucedieron al general Huerta en el ejercicio del poder. Don Venustiano debe haber compartido el mismo credo y por eso me cerró las puertas del país. El General Calles pensó probablemente que mi pluma era peligrosa y me aplicó la misma sanción. ¡Como si los soldados que se insubordinan necesitaran de escritores que los empujaran a la rebelión!

Obregón, que era más inteligente, me dejó en-

trar en el país, seguro de que no le podía causar daño, como en efecto, no se lo causé. Portes Gil y Ortiz Rubio no revocaron las órdenes que había dado Calles y, por consiguiente, durante sus gobiernos tuve cerradas las puertas de México. En cambio, el Presidente Abelardo L. Rodríguez y su Ministro de Gobernación, Juan C. Cabral, levantaron la prohibición y pude volver a mi tierra. El Presidente Cárdenas, con mucho menos cultura, pero con intuición más clara que sus antecesores, no sólo me dejó vivir en paz, sino que no opuso la menor objeción a la publicación de mis artículos periodísticos que criticaban los actos de su Gobierno.

Comentando esta liberalidad con su ex Secretario particular, licenciado Agustín Leñero, le conté una anécdota que pinta de cuerpo entero a Federico el Grande. En un día de tantos, salió el Rey a hacer un paseo matinal por las calles de Berlín y le llamó la atención un cartel fijado en una esquina. Se detuvo a leerlo con mucho cuidado, y al terminar la lectura, procedió a continuar su paseo. Como aquel cartel era de oposición, uno de los cortesanos que lo acompañaban, se permitió preguntar al monarca si había leído bien el documento. -Sí contestó secamente Federico- -¿Y no piensa hacer nada Vuestra Majestad? -No -respondió el Rey-; y luego agregó muy sutilmente: El pueblo de Prusia y yo hemos concertado un pacto, conforme al cual él puede decir lo que guste y yo puedo hacer todo lo que quiero. Y esa misma filosofía fue la del Presidente Lázaro Cárdenas: los periodistas dijimos todo lo que se nos

ocurrió y él hizo todo lo que le dió su regalada gana. Se rió el licenciado Leñero, y yo agregué esta apostilla: Esto, lo habría entendido el General Obregón, pero no don Venustiano Carranza ni el General Calles.

Por lo que a mí concierne, los destierros, aunque largos, no alteraron esencialmente el curso de mi vida. Se me ocurre comparar dicho curso con un río que al llegar a determinado sitio, tiene que brincar para seguir su carrera en un plano inferior. Mi existencia saltó en 1914, y volvió a saltar en 1926; pero después de las dos cataratas, el río continuó avanzando con la misma regularidad.

EN EL BANQUILLO

Como un gran número de mis lectores va a buscar en estas Memorias, las disculpas que suponen que voy a presentar por haber seguido una trayectoria opuesta a la Revolución, juzgo como un deber desengañarlos desde luego, porque no pienso en disculparme. Tampoco voy a jactarme de haber ido contra la corriente, pues antes de preocuparme por que me absuelvan o me condenen, me interesa que mis compatriotas me entiendan. Mi actitud no es de reto ni de sumisión. Trato únicamente de encontrar justicia en el proceso que se inició hace 40 años, y que no se ha tramitado con equidad.

Por supuesto que no se me oculta que después de toda lucha, los vencidos se tienen que aguantar el fallo de los vencedores. Los griegos ganaron las guerras médicas y ellos escribieron la historia. Y lo mismo pasó con los romanos que frangollaron a su antojo la historia de Aníbal. Pero....¿qué más? Hace apenas siete años que terminó la Segunda Guerra Mundial, y aún nos estremecemos de horror al recordar el jurado ignominioso de Nuremberg. El magistrado Jackson, de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, no tuvo empacho en convertirse en Fiscal de un proceso construído sobre

la monstruosidad de que se podía ser juez y parte, al mismo tiempo. Y si eso hizo un varón educado en las disciplinas jurídicas, ¿qué no harán los banderizos acostumbrados a imponer su albedrío brutal?

Ya me imagino que los procuradores de la Revolución, al verme sentado en el banquillo de los reos, tratarán de abrumarme con las siguientes preguntas, que son las que se me han hecho durante los últimos 30 años:

1.-¿Por qué te vinculaste con el envejecido régimen del General Díaz, cuando los 26 años que tenías en 1909, debieron haberte empujado hacia un anhelo de renovación?

2.-¿Por qué asumiste en la tribuna del Congreso Federal y en la prensa, una actitud franca de oposición contra el gobierno que presidió don Francisco I. Madero?

3.-¿Por qué aceptaste la Cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes en el Régimen del General Victoriano Huerta?

4.-¿Por qué, después de haber sido derrotado, seguiste atacando a la Revolución y a los revolucionarios durante tus años de destierro?

Ya me ocuparé de ir respondiendo detalladamente a todas las interrogaciones, a medida que vaya relatando los acontecimientos que se desenvolvieron en México, a partir del año de 1909. No lo haré en forma de alegato, porque sé que el veredicto de la posteridad no se consigue con argumentaciones sutiles. Delante del futuro, la habilidad es un estorbo y no un auxiliar. Por eso mis Memorias se escribirán en forma de confesión, ni

arrogante ni achicada: ni doblo la rodilla para que se me perdone, ni pico la cresta para resucitar pasiones que se han ido amortiguando. Mi propósito es el de que mis lectores encuentren en mi vida, cuando menos en sus líneas esenciales, esa lógica relativa que marca sobre todos los actos el sello inevitable.

A reserva de que mis relatos contesten las preguntas anteriores, voy a decir desde ahora que me basta contestar la primera pregunta para que queden contestadas igualmente las otras tres interrogaciones. En efecto, mi vida y mi destino dependieron de la actitud que asumí en 1909.

En dicho año, los anhelos de renovación que comenzaron a manifestarse no me inspiraron entusiasmo ni brío, porque chocaban con los antecedentes de mi vida. El pueblo no comenzó lanzando mueras al Presidente Díaz, sino gritando: ¡Viva el General Reyes! Y allí fue donde me resultó imposible coincidir con las corrientes populares. ¿Por qué? Sencillamente porque mis tradiciones de familia me obligaban a estar al otro lado de la barricada.

En los primeros meses de 1909, no había antiporfirismo confesado, aunque es obvio que ya se sentía la fatiga popular producida por un régimen que se había prolongado con exceso. Recordemos la postura que guardaban en el primer semestre del citado año don Francisco I. Madero y don Venustiano Carranza, que poco tiempo después se convirtieron en abanderados del disgusto nacional. El primero estaba conforme con que el anciano gobernante continuara en la Presidencia hasta su muerte. Así me lo confesó personalmente en múl-

tiples ocasiones (pues como lo ha dicho recientemente en artículo periodístico don Francisco de P. Sentíes, me hacía la confidencia de sus aspiraciones e ideales), y si no se me quiere creer, allí está su libro "La Sucesión Presidencial 1910", por el que se ve que lo único que reclamaba era que el pueblo de México eligiera al Vicepresidente de la República. Si Madero no era antiporfirista, menos aún lo era don Venustiano Carranza que había sido Senador durante 16 años, en los cuales jamás votó negativamente contra las iniciativas de Ley del Poder Ejecutivo. Además, durante todo el primer semestre de 1909, el señor Carranza figuró como candidato oficial, es decir, candidato de don Porfirio, a la gubernatura de Coahuila.

Como Madero lo preveía,la lucha se planteó en derredor de la Vicepresidencia. La agitación popular comenzó con la fundación de clubes reyistas, primero, en la ciudad de México y luego en el resto del país, especialmente en el Estado de Jalisco. Aquello no me podía gustar, porque motivos sentimentales y de tradición familiar me obligaban a estar en contra del Gobernador de Nuevo León. Mi padre había sido su adversario, y por no simpatizar con él, había muerto en el destierro. Además, durante un cuarto de siglo, los Naranjos habían visto a los Reyes con la misma rivalidad resentida con que los Montescos de Verona habían mirado a los Capuletos. Cualquiera podía ser reyista (toda la República lo fue) menos nosotros, pues lo que para el pueblo de México era una esperanza de renovación, para los nuevoleoneses, y especialmente para los Naranjos, era una amenaza de continuidad y estancamiento.

Así pues, me fuí al bando contrario, o sea, al que sostenía la candidatura de don Ramón Corral, a quien sólo conocía de vista. Después, cuando tuve la oportunidad de tratar y conocer al entonces Ministro de Gobernación, me convencí de que tenía todas las capacidades para conducir los destinos de México; pero tengo que confesar que mi primer impulso hacia él no fue razonado sino sentimental. Yo me daba cuenta exacta de que los llamados "científicos" eran antipáticos a la nación; pero para los oposicionistas de Nuevo León —entre los cuales me contaba—, resultaban los aliados lógicos que nos podían ayudar a poner fin a lo que, en tono apasionado y colérico, llamábamos "despotismo regional".

Concretando, no creo haber incurrido en pecado grave por no haber sido antiporfirista en 1909, ya que en aquel tiempo, tampoco lo eran aquellos que dos años después acaudillaban la Revolución. Los que hoy son llamados "Precursores" de la Revolución, fueron reyistas, hace 43 años. De todas las figuras abominables de la historia, una de las que más me repugnan es la del príncipe Felipe de Orleans, que desconoció el nombre de sus antepasados y tomó el de "Egalité", para halagar las pasiones del populacho. Yo no podía tomarlo como paradigma, porque lo que él exhibía como prueba de su devoción a las muchedumbres, era en realidad una traición aureolada de cobardía. Por eso, aunque todo México aclamara al general Reyes, mi deber y mi decoro se encontraban en el bando opuesto.

El General Bernardo Reyes, al ver el movimiento popular que estallaba en su favor, estuvo

esperando durante varios meses que el General Díaz lo aceptara como un puente entre el Gobierno y los clamores cada vez más exigentes de la oposición; pero los dictadores nunca transigen, por la sencilla razón de que cualquiera componenda significaría su derrota. Así pues, don Porfirio persistió en su propósito de apoyar la candidatura de don Ramón Corral. En esas circunstancias, el Gobernador de Nuevo León se vió en la siguiente disyuntiva: someterse o erguirse en actitud de reto. Optó por lo primero, no obstante de que sus partidarios y amigos hicieron lo posible por empujarlo a la rebelión. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal? Yo siempre he sostenido que hizo bien, porque no podía ni debía desconocer su pasado de vinculación con la Dictadura. Ligado militarmente con el General Díaz durante 33 años y políticamente durante un cuarto de siglo, cualquier rompimiento podía significar la contradicción de toda su existencia. Consiguientemente, prefirió el sacrificio de su personalidad.

Con aquel sacrificio, la nación quedó desconcertada y confusa. El pueblo había seguido con entusiasmo la candidatura del General Reyes porque el cuarto de siglo que había estado en Nuevo León, era una prueba patente de que sabía gobernar. ¿Y Madero? Era una promesa de renovación; pero la mejor prueba de que no inspiraba confianza, se tiene en que no lo siguieron los hombres inteligentes que habían roto lanzas con los "científicos" como Manuel Calero, Diódoro Batalla, Jesús Urueta, etc., etc. De cualquier modo, Madero, seguido por un puñado de creyentes —¡un puñado nada más!— continuaba fundando clubes

antirreleccionistas. Yo ya me había embarcado en la aventura corralista y tenía que ser consecuente con mi primera actitud. Eso de entrar en una empresa para abandonarla, no cuadraba con mi concepto de la dignidad y del honor. Por lo mismo, lo único decoroso y digno era seguir la misma ruta. Por otra parte, don Ramón Corral me había conquistado con su serenidad y su templanza. Y resolví correr la aventura hasta el final. De esta guisa la lucha que se había iniciado contra el General Reyes y los reyistas, continuó, contra Madero y los maderistas. En política, se sabe por dónde se entra, pero no por dónde se sigue ni por dónde se va a salir. En vista de lo expuesto, yo fuí íntegramente responsable de mi primera resolución; pero después fuí arrastrado por los acontecimientos.

Los párrafos anteriores explican por qué no pude ser reyista y por qué, en final de cuentas, resulté antimaderista. ¡La débil paja de que hablaba el Libertador Bolívar!

Sería obtusamente insincero si tratara de convencer a mis lectores de que mi actitud de 1909 fue dictada únicamente por la pasión antirreyista y el Ideal. También hubo mucho de ambición egoísta, del afán de acomodarme dentro de un régimen que, aunque se estaba cayendo, carcomido por la vejez, producía la impresión de ser inconmovible. La política se gobierna por intereses, y lo único que se puede hacer para ennoblecerla es que dichos intereses no se coloquen arriba del espíritu. Con esta limitación, sin la cual viene la decadencia, todos los hombres públicos andan en busca de algo concreto, algo que los beneficie

individualmente, aunque la ambición deje de ser lícita, cuando se sacrifican a ella los intereses del pueblo. Así pues, todos somos combinaciones de Quijotes y de Sanchos, y yo no fuí una excepción de la regla. No me toca a mí decir cuál de los dos tipos cervantinos prevaleció en mi naturaleza, pero sí me atrevo a sostener que nunca me ha tentado el diablo con el dinero. Me tentó, sí, con la vanidad de un prestigio literario, con la ilusión de llegar a la tribuna del Congreso, en donde creía encontrar la ocasión de conquistar en plena juventud un renombre nacional. En síntesis, combatí ardorosamente en 1909 y en 1910, por los motivos expuestos y, además, porque ambicionaba ser Diputado al Congreso de la Unión.

Y fuí diputado federal a la edad de 27 años, en un régimen que casi nunca admitía a los adolescentes. Con excepción de Pablo Prida, hijo de don Ramón, fuí el miembro de menos años, en la última legislatura porfirista. Hice el balance de los servicios que había prestado y de la recompensa que acababa de recibir, y me pareció que el corte de caja me era favorable. Y me decidí a servir con lealtad al gobierno porfirista, por la prominencia que me había dado cuando apenas me iniciaba en la vida pública. No adivinaba, no podía adivinar entonces que al entrar en el Congreso, me había embarcado en la canoa trágica de Flegyas, que conduce a las moradas infernales.

Ese destino tremendo no se advirtió en el primer período de sesiones, porque el Congreso porfirista era una balsa de aceite. Después de pasarse lista, se leían las iniciativas del Poder Ejecutivo, una que otra comunicación de escasa tras-

cendencia, y tras de tramitarse rutinariamente los asuntos que habían quedado pendientes, se levantaba la sesión. El Congreso estaba integrado por una minoría de hombres superiores, como don Francisco Bulnes, don Pablo Macedo, don Rosendo Pineda, don Emilio Rabasa, don Manuel Flores, etc., y una gran mayoría que se limitaba a hacer acto de presencia y luego a votar de acuerdo con las comisiones dictaminadoras. Esta combinación era ideal para la dictadura, porque le permitía en cualquier momento darle a aquella asamblea el aspecto de un Parlamento superior. Cuando en 1901 se reunió en México la Segunda Conferncia Panamericana, se presentó una iniciativa que propendía a establecer la libertad de profesiones, y eso dio motivo para que don Pablo Macedo, don Antonio Ramos Pedrueza y algunos otros diputados pronunciaran discursos elocuentes. Los delegados de la América del Sur, al presenciar aquellos debates, quedaron convencidos de que el Poder Legislativo era de altísima calidad. Pero la minoría intelectual no ejercía la más leve influencia sobre la mayoría rutinaria. Por lo que, en el caso de que un espíritu rebelde como Bulnes —por ejemplo— se hubiera atrevido a hacer una proposición audaz y sensacional, no se le habría hecho el menor caso.

Por este motivo, las sesiones eran aburridas y monótonas. En cambio, las reuniones informales que se efectuaban en la Secretaría eran interesantísimas. Asistían a ellas, don Rosendo Pineda, don Manuel Calero, don Manuel Flores y algunos más de perfiles luminosos. Como yo fuí electo prosecretario, tuve el privilegio de escucharlos en la

intimidad y darme cuenta de que eran hombres de calidad. Las conversaciones sabrosísimas que sostenían, eran cátedras elocuentes para un muchacho como yo, que sólo tenía año y medio de haber terminado sus estudios de abogado.

De pronto, surgió un escándalo: el que hizo Salvador Díaz Mirón al disparar su pistola contra el diputado Juan Chapital; luego, el 18 de noviembre, la noticia sensacional de que Aquiles Serdán, parapetado en su casa, combatía con la policía de Puebla, y con los soldados que mandaba el Coronel Gaudencio de la Llave; 13 días después, otorgaban su protesta constitucional como Presidente y Vicepresidente, el General Díaz y don Ramón Corral. Yo no intervine para nada en ninguno de estos sucesos trascendentales. Como prosecretario que era, me limitaba a pasar lista y a recoger votaciones nominales. En síntesis, durante varios meses, sólo fuí una figura de escaparate.

LA BALADA DE LOS OSOS

Ahora paso a refirirme a la pregunta peliaguda y trascendental: ¿Por qué fuí Ministro del General Huerta? Voy a tocar este punto lo más concisamente posible, porque proyecto dedicar a mi vinculación con aquel gobernante, un volumen entero de estas Memorias. Fueron Ministros del Presidente Huerta, las siguientes personas: de Relaciones Exteriores, don Francisco L. de la Barra, don Federico Gamboa, don Querido Moheno y don José López Portillo Rojas; de Gobernación, don Alberto García Granados, don Aureliano Urrutia, don Manuel Garza Aldape y don Ignacio Alcocer; de Justicia, don Rodolfo Reyes, don Adolfo de la Lama y don Enrique Gorostieta; de Fomento e Industria, don Alberto Robles Gil, don Manuel Garza Aldape, don Eduardo Tamariz y don Carlos Rincón Gallardo; de Comunicaciones y Obras Públicas, don David de la Fuente y don José María Lozano; de Hacienda, don Toribio Esquivel Obregón, don Enrique Gorostieta y don Adolfo de la Lama; de Guerra y Marina, don Manuel Mondragón y don Aurelio Blanquet; y finalmente, desfilamos por el Ministerio de Educación Pública y Bellas Artes, don Jorge Vera Estañol, don Manuel Garza Aldape, don José María Lozano y el autor de estas Memorias.

Como el General Huerta solamente duró en la Presidencia 17 meses, se infiere que sus Ministros pasaron fugazmente por el Gabinete. Hubo algunos como Rincón Gallardo y Botello, que sólo ocuparon sus puestos cinco días. En cambio, Blanquet permaneció en la Secretaría de Guerra un poco más de un año; y Gorostieta y yo, desempeñamos nuestras funciones, alderredor de 10 meses. De los Ministros que sucedimos al Gabinete de la Ciudadela, los tres últimos que cito, fuimos los únicos que acompañamos al general Huerta hasta el final.

Al recordar a los caballeros enumerados, me mortifica que mi nombre se mezcle con los de ellos, pues eso me cohibe para proclamar que con excepción de los titanes que rodearon a don Benito Juárez, nunca se había visto ni se ha vuelto a ver en la política mexicana, una selección tan refinada y superior. ¿Cómo me voy a arrepentir de haber trabajado junto a Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas, José María Lozano, Querido Moheno, Manuel Garza Aldape, Enrique Gorostieta y Eduardo Tamariz? No coincidí en el Gabinete con don Alberto García Granados, ni con don Toribio Esquivel Obregón ni con don Jorge Vera Estañol, ni con don Alberto Robles Gil, ni con don Francisco L. de la Barca; pero el hecho de que ellos hubieran aceptado la responsabilidad de colaborar con el régimen que emanó de la Revolución de 1913, significó para mí, que aquella tarea no podía ser, no digamos criminal, pero ni siquiera de ética dudosa. La mejor prueba de que el anatema que cayó sobre los Ministros del General Huerta, fue postizo, se tiene en que la sociedad mexicana no

confirmó el veredicto de los revolucionarios. Nos excomulgaron los gobiernos, a partir de 1914, pero nunca sentimos la asfixiante agonía que debe atormentar a los que son maldecidos por el pueblo. Cuando José María Lozano, después de 7 años de destierro, se presentó ante el público de México para hacer el panegírico de don Rafael Reyes Spíndola —¡el periodista por antonomasia de la Dictadura!— fue recibido con una ovación entusiasta y atronadora. A mí también, cuando volví a Monterrey en 1923, casi no podía dar un paso, porque en los andenes de la estación ferrocarrilera, se habían reunido miles de gentes que me estrechaban la mano, más aún, que me abrazaban con entrañable afecto. ¡Y eso que durante mi largo destierro, no había dejado pasar una semana sin lanzar invectivas contra los personajes más destacados y más poderosos de la Revolución!.

Se puede contestar a lo anterior que en los dos casos citados, se trataba de muchedumbres fácilmente impresionables por los oradores; pero voy a citar otros casos que no dejan lugar a la más leve duda. Después de haber sido Ministro del General Huerta, el licenciado José López Portillo y Rojas fue designado Director de la Academia Correspondiente de la Real Española, por los miembros más distinguidos de esta alta corporación. Y cuando murió el autor de "La Parcela", lo sustituyó en sus funciones don Federico Gamboa, que también fue Ministro del General Huerta.

En la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación ha pasado algo semejante, pues un Ministro del Presidente Huerta, don Toribio Esquivel

Obregón, fue el Director hasta el día de su muerte. Y todavía se puede agregar un hecho más elocuente: la noble institución creó la medalla "Peña y Peña" para premiar a los abogados que se distinguieran por su sabiduría jurídica y por su devoción al Derecho. Pues bien, hasta hoy, sólo cuatro abogados han merecido la alta distinción: don Manuel Gómez Morín, don Toribio Esquivel Obregón, don Antonio Pérez Verdía y don Rodolfo Reyes; y de esos cuatro, dos (Esquivel Obregón y Reyes) fueron Ministros del General Huerta.

Así pues, aunque la Revolución diga y vuelva a decir que fue un crimen haber formado parte del Gabinete del Dictador Militar, ni la intelectualidad ni el pueblo de México han tragado semejante infundio. Por eso, nunca me he preocupado por tener cerradas ante mí, las puertas de la vida oficial. Algunos huertistas y felicistas querían chamba del gobierno y renegaron de su pasado. ¡Allá ellos! Yo nunca quise chamba y por consiguiente, no me ví en la situación patética de tener que traicionarme a mí mismo.

Así pues, a la pregunta ¿por qué aceptaste la Cartera de Instrucción Pública en el Gabinete del General Huerta? contesto sin vacilar: porque en septiembre de 1913, la habría aceptado sin vacilar, el 99 por ciento de la intelectualidad mexicana. Unas cuantas semanas antes de que me fuera ofrecido el alto puesto, el Presidente Huerta le ofreció el Ministerio de Gobernación al licenciado Francisco Escudero, quien no solamente lo aceptó, sino que se tomó el trabajo de formular un programa político. ¡Y era entonces, por haberse ausentado

del país, el licenciado Luis Cabrera, el más destacado del grupo renovador, es decir, el líder de los diputados maderistas!

El General Huerta no pudo cumplir aquel ofrecimiento, desde luego, porque aún estaba ligado por el Pacto de la Ciudadela. Escudero juzgó que el Presidente le había dado "atole con el dedo", y fue entonces, sólo hasta entonces, cuando fue a ofrecerle sus servicios a don Venustiano Carranza, en el campo de la Revolución.

Pero... ¿qué más? El golpe de Estado se dio el 18 de febrero de 1913, y casi todos los diputados maderistas consintieron en legalizar dicho golpe. ¿Y los gobernadores? Unicamente dos, el de Coahuila y el de Sonora, contestaron con la rebelión. No se sabe lo que habría hecho don Abraham González en Chihuahua, porque fue aprehendido y asesinado. El de Nuevo León, don Viviano L. Villarreal se separó dignamente de su puesto, cosa obligada porque su hijo político, don Gustavo A. Madero, había sido también asesinado. ¿Y los demás? Unos se plegaron con la esperanza de aprovechar la primera circunstancia, para seguir manteniendo en alto, la bandera de la Revolución; otros se sometieron incondicionalmente y siguieron en sus puestos, hasta que el General Huerta los obligó a presentar sus renuncias. Un Gobernador de cuyo nombre no quisiera acordarme, no se conformó con acomodarse a la nueva situación, sino que además, felicitó en mensaje memorable, al derrocador de Madero.

Ahora bien, si los propios maderistas se aprestaron a seguir en el régimen de Huerta, ¿por qué

se arma tanta alharaca, contra aquellos que sin tener compromisos con el gobierno derrumbado, resolvieron ayudar al General Huerta (no a matar a Madero ni a Pino Suárez) sino a enderezar la situación?.

Todo lo expuesto es de comprobación facilísima y quien se tome la molestia de consultar a la prensa de hace 39 años, verá fácilmente como los hombres públicos de entonces consideraban un honor que Huerta se acordase de ellos y les hiciera alguna consulta sobre asuntos de administración. Yo ví en las antesalas del Palacio Nacional a muchas personas que se acercaban al Gobierno en actitud zalamera, y luego, al triunfo de la Revolución, se dedicaron a cubrir de oprobio, al gobernante caído. No cito los nombres porque este libro no tiene por objeto denunciar miserias, sino llevar a las nuevas generaciones, y sobre todo a las que habrán de venir, la comprensión hacia un grupo de luchadores que fueron derrotados principalmente porque no quisieron admitir la intromisión de Woodrow Wilson en la política interior de México. El fariseo de la Casa Blanca le declaró la guerra al General Huerta, y cuando se convenció de que el Presidente indio no caía con sus anatemas retóricos, se quitó el antifaz y ordenó que fuese tomado por asalto el Puerto de Veracruz.

Hoy se quejan los norteamericanos de que el gobierno comunista de China aprovisione a los adversarios de la O.N.U. en Corea. Toda la Manchuria es un campo en donde se preparan las invasiones que habrán de matar yanquis en la península asiática. Pues bien, lo que hace ahora el

general Mao Tse Tung en el Extremo Oriente, es exactamente igual a lo que hizo Wilson en México en 1914. Todo se paga en este mundo: cayeron muchos soldados federales hace 38 años; pero no tantos como los soldados de Estados Unidos que han muerto en Corea, a partir de junio de 1950.

Yo sé perfectamente que a pesar de todo lo que digo, no va a cambiar el criterio de los que mandan actualmente en México; sé que mis Memorias no van a tener la menor influencia en quienes tienen la sartén por el mango. En el discurso que pronuncié en homenaje a don Toribio Esquivel Obregón con motivo de su cincuentenario de abogado, recordé una balada lírica del gran dramaturgo noruego Enrique Ibsen, en la que describe el procedimiento que siguen los amansadores de fieras para enseñar a bailar a los osos. Cuenta el ilustre autor de "Los Espectros", que se coloca al plantígrado sobre una caldera invertida y se le sujeta con una cadena muy corta a fin de que no se pueda bajar de allí. Enseguida se enciende una fogata debajo de la caldera, mientras un organillo empieza a tocar una canción. El oso, al sentir el piso que se calienta, comienza a levantar las patas y maquinalmente, las mueve al mismo compás de la música del organillo. Cuando la caldera adquiere una temperatura ardiente, el pobre animal brinca desesperado, pero sin que sus movimientos dejen de coincidir con la melodía. Al terminar este acto —dice Ibsen— ya el oso quedó amaestrado para bailar durante toda su vida. al son de aquella tonada. En donde quiera que se encuentre, lo mismo en la pista de un circo que en

la amplitud de una plaza, igual sobre la yerba fresca que sobre una capa de nieve helada, cada vez que el oso escuche la canción, recordará la caldera ardiendo y saltará rítmicamente para escapar del tormento imaginario de la lumbre.

Pues bien, a semejanza de los osos amaestrados, abundan las gentes que por haber oído música sobre terreno cálido, aprenden a bailar al son de una tonada. El gran escritor italiano Antonio Fogazzaro, citando la poesía ibseniana, cuenta que en cierta ocasión en que dirigía la palabra a un auditorio de Milán, le bastó mencionar la Biblia para advertir que un grupo de espectadores daba un brinco espiritual por el estilo de los saltos que menciona el dramaturgo noruego. Y, cuenta igualmente que al referirse a Darwin, otro grupo de espectadores también saltó. No bailaban en derredor de una idea, sino de una palabra sonora que les recordaba la tortura de los pies. Y así —concluye Fogazzaro— hay osos izquierdistas y osos derechistas sin importarles lo que son el izquierdismo ni el derechismo: brincan furiosamente al son de "La Cucaracha" o "El Pagaré", porque oyeron estas canciones cuando pisaban la caldera que se calentó.

De todas las palabras cabalísticas que desde 1914 provocan reacciones epilépiticas ninguna puede competir con el nombre de Victoriano Huerta. Basta que se pronuncie, para que los revolucionarios y los que fingen serlo —que son mucho más celosos e impulsivos—, sientan deseos de bailar y tomen actitudes frenéticas y amenazadoras; y son inútiles las razones que se esgriman para

desvanecer errores: los osos danzarán siempre al oír la vieja charanga que rige maquinalmente todos sus movimientos.

Se admite por ejemplo, como verdad revelada, que el General Huerta vivía siempre con el cerebro entenebrecido por el alcohol, es decir que siempre estaba en el tercer período de la embriaguez; pero no se procura averiguar por qué el General Bernardo Reyes que no probaba el vino, le encomendó la campaña pacificadora de Quintana Roo a principios de este siglo. Tampoco se explica por qué el General Porfirio Díaz, que era austero y hasta puritano, le entregó en 1911, el mando de las tropas federales del Estado de Morelos. Tanto el héroe del Dos de Abril como el General Reyes conocían a fondo, a todos los Jefes del Ejército y cuando le encomendaban una comisión a alguno de ellos, era porque antes habían medido sus capacidades.

Probablemente los revolucionarios desdeñan y pasan por alto lo que hacía el General Díaz; pero ¿por qué no tratan de dilucidar los motivos que tuvo el Presidente Madero para nombrar a Huerta, Jefe de las Operaciones Militares en contra de la insurrección de Pascual Orozco, en 1912? El derrocador de la Dictadura no tenía compromisos con don Victoriano, carecía de motivos para otorgarle distinciones y favores. Entonces, ¿por qué lo llamó para confiarle una campaña de la cual dependía la suerte de su gobierno? En efecto, después de que el General Orozco le arrojó el guante al maderismo, y derrotó en Rellano, la columna mandada por el General González Salas,

todo México sintió la impresión de que el régimen se estaba desmoronando. El suicidio del ex Ministro de Guerra, en el campo de batalla fue el signo más elocuente de la gravedad de aquel momento histórico. El Presidente Madero debe haber consultado con su nuevo Ministro de Guerra, General Angel García Peña que había sido compañero del estudiante Victoriano Huerta en el Colegio Militar de Chapultepec; y de aquella consulta, emanó el acuerdo de poner en manos de este General, la formación de la columna expedicionaria que se debía organizar para vencer la insurrección orozquista. Y Huerta, en menos de dos meses, organizó la División del Norte y en tres batallas sucesivas (Conejos, Rellano y Bachimba), aplastó la revolución que parecía invencible y pacificó el Estado de Chihuahua.

Los que sostienen que el General Huerta estaba siempre borracho, deberían hacerse esta consideración: ¿por qué tres hombres que en nada se parecían, don Porfirio Díaz, don Bernardo Reyes y don Francisco I. Madero, coincidieron en encomendarle comisiones de capital importancia? ¿Por qué se apoyaron en quien siempre estaba intoxicado por el alcohol? Como estas preguntas, se pueden formular muchas otras; pero los osos no preguntan: se limitan a bailar. ¡Qué sigan bailando todo lo que gusten, pues el autor de estas líneas no tiene el menor interés en que se suspenda el baile!

La mejor respuesta a la pregunta ¿por qué serviste a Huerta? la dió el licenciado Manuel García Núñez durante el interinato del Presiden-

te don Adolfo de la Huerta. Alguien se enteró de que había desempeñado un puesto en la Judicatura, en 1913 y 1914, y lanzó sobre él la consiguiente acusación. Y Manuel, con la gracia y la donosura que lo caracterizan, contestó: "Yo no serví a Huerta, sino todo lo contrario, Huerta fue el que me sirvió a mí". Y se pueden contar por miles, los que pueden decir en serio, lo que el licenciado García Núñez dijo con sutil ironía.

LOS DESAHOGOS DEL DESTERRADO

I

Y ahora paso a contestar la última pregunta, esto es, a explicar en forma somera -pues lo haré más detalladamente en los próximos capítulos- mi actitud arrogante y rebelde contra la Revolución, y muy especialmente contra don Venustiano Carranza y el General Plutarco Elías Calles. Claro está que no tengo ningún inconveniente en admitir que mis cóleras cívicas me llevaron a la exageración, sobre todo contra el Primer Jefe del movimiento constitucionalista; ¿pero quién no pierde la ponderación y el equilibrio, cuando se le obliga a salir del territorio nacional? Los revolucionarios fusilaron a don Alberto García Granados y habrían fusilado a cualquier otro ex-miembro del Gabinete del General Huerta; y en esas circunstancias creí y sigo creyendo, que al contestar los golpes, ejercía el derecho de legítima defensa. En México, se nos injuriaba, calumniaba y lo menos que podíamos hacer era atacar al régimen que nos había cerrado las puertas de la Patria.

¿Que en algunas otras ocasiones fuí apasionado e injusto? Por supuesto que sí; pero que, ¿acaso daba el gobierno carrancista, lecciones de ponderación y de mesura, con las brutalidades y

excesos de la era preconstitucional? Mi reacción contra las persecuciones era humana, más todavía era biológica. Ahora, el que escribe con ira, tiene que excederse hasta caer en el error; pero en el fondo cada artículo mío entrañaba una protesta vibrante contra una evidente injusticia. Todos los que se sirvan leer los libros de "Napoleón el Pequeño", y "Los Castigos", tienen que advertir que Víctor Hugo se salió constantemente del equilibrio, de la ecuanimidad y la justicia; pero están obligados a reconocer que Napoleón III y sus sicofantes lo obligaron a perder la serenidad. Por eso, como solía decir José María Lozano, "ni me arrepiento ni me enmiendo". Claro está que no sostengo los errores que entonces cometí; pero sí sostengo que tenía el derecho de asumir una actitud de agresividad. Por eso es que nunca he rendido excusas ni presentado satisfacciones. Preferí prolongar el destierro a volver a México, mediante componendas que habrían equivalido a la negación de mí mismo.

Han pasado los años, la sangre ha dejado de hervir, y ya mi estilo no puede describir con el fuego de hace un tercio de siglo, las amarguras del ostracismo. Así pues para que mis lectores de hogaño se puedan dar cuenta de la indignación y del resentimiento que ponían todos mis nervios en tensión y tirantez, lo indicado es reproducir mis expresiones apasionadas de entonces.

En un discurso que pronuncié en la ciudad de "El Paso, Texas", el 4 de enero de 1920, se leen estos párrafos que expresaban el sentir de todos los desterrados:

"Un poco de menos altivez y estaríamos en México. Los emigrados que han regresado, nos indican tácitamente que todos podríamos hacerlo si pagásemos el precio moral de la repatriación: lo único que se requiere es olvidar la justicia, romper las convicciones, abatir el orgullo, desandar lo andado. No lo hemos hecho y ese es nuestro triunfo; nos ha costado los mejores años de nuestra vida y esa es nuestra ofrenda; estamos en aptitud de continuar la lucha y esa es nuestra fiesta.

"Allá detrás del río Bravo, se encuentra la más bella de las Patrias, tierra de promisión, y de leyenda, de heroísmos y de fantasías que cautiva a todos los que tienen el encanto de contemplarla. Allá la pobreza es más grata que la opulencia en cualquier otra parte del mundo, porque el cerebro no vive con la zozobra infernal de consumirse para sostenerse y la imaginación -hada milagrosa que levanta y perfuma la vida- tiene tiempo de recrearse en esas cosas espléndidas con que se decora la Naturaleza para levantar el pensamiento de la tierra: cielos claros de ensueño, campos ubérrimos que exaltan la vida; crepúsculos que sugieren despertamientos espirituales; lunas románticas que protegen amores; volcanes patinados de oro que fingen vastos incensarios consumiéndose en una ofrenda inmensa . . .

"Allá, las festividades pintorescas de nuestro pueblo, las verbenas animadas de los días religiosos, el estruendo heroico de las conmemoraciones cívicas; allá las campanas que, aunque son de bronce, vibran como si fuesen de

plata y de cristal; y convidan con sus dobles melancólicos al éxtasis y a la contemplación; allá, los cantos regionales del terruño, las coplas anónimas de la multitud en donde se traduce el sentimiento inagotable de una raza que se queja con melodías; allá, la vida equilibrada, armoniosa, apuntalada por ilusiones y creencias, y sostenida por el trabajo alegre, bienhechor, fecundo como las flores y rutilante como los astros; trabajo reconfortante, cuyas frescuras de madrugada, hemos podido apreciar al compararlas con las fatigas brumosas del destierro, que nos esclavizan como un yugo, que nos atormentan como una maldición y que convierten la vida en algo tan doloroso como un leño húmedo que se va consumiendo poco a poco entre humaredas grises, sin producir jamás la llama que ilumina...

"Todas las cosas gratas que nos pertenecieron las podríamos tener si consintiéramos en recibirlas como una dádiva y no exigirlas como un derecho. En cambio, ¿cuál ha sido nuestra vida en estos cinco años? Preguntádselo a vuestras cabelleras que se han blanqueado, a vuestras frentes surcadas de arrugas, a vuestras espaldas que se han encogido y a vuestras pupilas que se han cubierto de sombras. Preguntádselo a los banquillos en donde nos hemos sentado; a las rejas de las prisiones en donde muchos de nuestros compatriotas suspiran por la libertad; y preguntádselo por fin a las tumbas de hierro de Porfirio Díaz, de Gerónimo Treviño, de Huerta, de Orozco, de Bravo y de tantos otros que cayeron para no levantarse más, como podemos

caer también nosotros, sin recibir en el último momento la caricia maternal de la Patria. Todas esas cosas tristes os dirán lo que nos cuesta el destierro y por ellas podréis medir la ofrenda del dolor que hoy hacemos y el voto de prolongar el sacrificio indefinidamente. Allá detrás del río Bravo, está lo que constituye para nosotros un paraíso; pero nuestro propósito es seguir aquí, aquí hasta el último instante, amasando con lágrimas de nuestras noches tristes, la Otumba del porvenir!"...

Cuatro semanas después pronuncié en Laredo un discurso cuyas cláusulas fueron mucho más apasionadas y vibrantes que las que arriba quedan transcritas. Aquel momento no era el de la serenidad ni la templanza y sería yo un hipócrita si tratara de ponerme la piel de oveja. Nada de eso: a los que me acusan por este capítulo de mi vida, contesto con el dolor que torturaba a miles de gentes a quienes se obligaba a vivir fuera del terruño que habían heredado de sus mayores. Nos indignaba la injusticia que nos golpeaba; pero nuestra indignación crecía al considerar que el gobierno de Washington, o para hablar más propiamente, de Woodrow Wilson fuera el principal causante de nuestro infortunio.

¿Qué fue lo que dije en Laredo? Eso merece exponerse y comentarse en capítulo especial.

LOS DESAHOGOS DEL DESTERRADO

II

En mi confesión anterior dije que mi requisitoria de "El Paso", 4 de enero de 1920 se había quedado desteñida, frente a la que pronuncié en Laredo, Texas, el 2 de febrero siguiente, y allí van como muestra, algunos párrafos de la segunda pieza tribunicia:

"Hace 6 años presenciamos pavoridos el temblor trepidatorio, no de la Patria material que hoy ruge con brutales sacudidas, sino de la otra Patria, la gran Patria moral que se liga en el pasado con la tradición y en el futuro con la esperanza, esa Patria adorable que tiene dos fronteras sagradas: una trazada con las tumbas de nuestros padres y la otra dibujada con las cunas de nuestros hijos...

"Y si es triste mirar como se desbarata la configuración física de un país es más triste, aún asistir al derrumbamiento de su configuración moral; si es terrible contemplar como se bambolean y se desmoronan las cordilleras, es más terrible aún presenciar como naufragan las epopeyas y se hunden las instituciones; si es pavoroso el espectáculo de un río que se tuerce, de un bosque que se incendia, de un nuevo volcán que abre sus fauces en una cumbre, es

mucho más impresionante ver la fe de un pueblo convertida en añicos, las tradiciones heroicas calcinadas por vergüenzas evidentes, el carácter nacional sepultado bajo lavas de odio y cien años de trabajo noble y fecundo, disueltos en rencores criminales y en estériles venganzas . . . !

"Agregad a esta tragedia -que fue nuestra tragedia- seis años de destierro infame y comprenderéis por qué digo que nuestra ofrenda es fraternal y se tributa desde una cima de dolor. Seis años de perpetua nostalgia, de vida provisional, dependiente siempre de los vaivenes de la hora, sin sentir durante un solo minuto la impresión de la estabilidad... Llevamos la Patria dentro del alma y no podemos desprendernos de sus raíces y por eso nuestro único consuelo en estos años desventurados, ha sido desafiar el símbolo bíblico que amenaza convertir en sal a quienes miran constantemente hacia el pasado. ¡Ah, si olvidásemos nuestro abolengo y renegásemos de nuestros abuelos, más rápida sería nuestra petrificación!.

"Hay razas que tienen el don del olvido: el norteamericano del Este, por ejemplo, cuando sale rumbo al Far West, se despide para siempre de las tierras que lo vieron nacer. En campos vírgenes, planta su tienda y ante la visión tranquila de nuevos horizontes, liquida los recuerdos de su hogar y su niñez y pone los cimientos firmes de una nueva vida. Madre, hermanos, terruño, todo queda sepultado en la memoria. ¡El pasado! ¿Y para qué? se rompe de un tajo para entregar la existencia a los misterios del porvenir!.

"Nosotros somos distintos: la leyenda Patria satura por completo a nuestras almas y vivimos encadenados a las tumbas de nuestros mayores. Podrá haber cielos hermosos en el extranjero; pero no los miramos. Podrá haber excelsitudes; pero no las sentimas. Las cosas más bellas de la Naturaleza sólo hieren nuestras retinas para evocarnos las que perdimos. Y entonces exclamamos como Lammenais: "Estas flores son bellas, pero no son las de mi tierra; no me dicen nada. Este arroyuelo corre suavemente en la llanura, pero su murmullo no es el que oí en la infancia; no trae a mi alma ningún recuerdo. Estos cantos son dulces, pero las alegrías y tristezas que despiertan no son mis tristezas ni mis alegrías; el desterrado donde quiera se encuentra solo".

"Sí, el exilio ha sido una tragedia inmensa que nos ha paralizado. Hay árboles que fácilmente se pueden trasplantar a cualquier región en donde vuelven a germinar y a florecer, y más todavía, hay ramas de árbol que con vitalidad estupenda desprenden raíces nuevas al sentir el contacto de la tierra. Nuestras almas no son como esos árboles ni como esas ramas, pues sus raíces se encuentran en México y fuera de México languidecen constantemente hasta llegar a la muerte. Por eso nos explicamos que Dante, que forjó los tercetos implacables de su infierno, para castigar ofensas y vengar ultrajes, cuando quiso llorar sus nostalgias, no encontró más que estas palabras desoladas:

"¿Pueblo mío qué te he hecho?".

Así sentía yo en 1920 y por lo mismo, pa-

rece lógico que reaccionara con catilinarias ardientes. Tenía y sigo teniendo la convicción de que todo el daño que le pudiera causar al régimen carrancista era insignificante comparado con el perjuicio que yo había recibido. Mi primer destierro me golpeó en el mejor capítulo de mi vida, es decir cuando yo apenas tenía 31 años de edad. Se perdieron los tiempos mejores para constituir un patrimonio que garantizara la tranquilidad de mi familia que apenas acababa de formar. Por lo mismo, me lancé a pegarle duro al régimen que me había pegado.

¿Transacción? En primer lugar, yo no la buscaba; y en segundo lugar, todo México sabe que don Venustiano no era de los que transigían. En este particular, voy a referir un episodio que pone de relieve como el Primer Jefe contagió su intransigencia a todos sus partidarios. En los primeros días del exilio, un grupo de emigrados convocó a una Asamblea que se debía reunir en San Antonio, Texas, para discutir la manera de enderezar la marcha del país. La situación era caótica. En la Convención de Aguascalientes, Pancho Villa se había insubordinado contra Carranza, y los zapatistas habían secundado la rebelión, por lo que, el terrible guerrillero durangueño dominaba el Norte, el Atila del Sur ocupaba la ciudad de México, mientras que don Venustiano esperaba pacientemente en Veracruz, seguro de ganarles la partida a sus adversarios.

La Asamblea se reunió en San Antonio, bajo la Presidencia de don Federico Gamboa, y concurrieron el Coronel Ismael Zúñiga, el General

Medina Barrón, los licenciados Francisco Elguero y Querido Moheno y algunos otros personajes de relieve. Se resolvió enviar un mensaje a todos los caudillos que operaban en México, convidándolos a la reconciliación y a la paz. Y cosa curiosa: los destinatarios del mensaje, que se mataban los unos a los otros, coincidieron en el hecho de contestarles a los asambleistas de San Antonio, con un chubasco de injurias.

Pero no es eso lo que me importa relatar, sino algo que ocurrió en la referida Asamblea, y que me contó José A. Montemayor, unas cuantas semanas después, cuando regresé de Guatemala, donde yo me encontraba mientras sucedieron estas cosas. Me dijo José que Moheno había subido a la tribuna y que había hecho llorar a todos sus oyentes. El hecho no me extrañó porque Moheno, estaba acostumbrado a hacer lo mismo en el Salón de Jurados; pero lo que sí me maravilló fue que Montemayor añadiera que entre los concurrentes había algunos carrancistas que se habían derretido en llanto. ¿También los carrancistas lloraron? pregunté sorprendido. Y José Montemayor, señalando con el índice de su mano derecha, el ojo del mismo lado, me dijo "yo los ví, y por cierto que, al salir, uno de ellos al secarse los ojos con el pañuelo, exclamó: ¡Bueno, pues con lágrimas y todo se los va a llevar . . . el demonio!"

Poco tiempo después le conté a Moheno lo anterior y estuvo a punto de desmayarse con la hilaridad que le provocó el relato. Comenzó por una carcajada sonora, que se prolongó en tal forma, que acabó por preocuparme. Lo sacudí pa-

ra detener la risa, y en efecto, se calmó un poco, para decir: "¡Y todavía hay mentecatos que hablan del poder de la oratoria!" Y estalló en otra carcajada, que parecía interminable.

Ya mis lectores deben haber sospechado que cuando los carrancistas decían que nos iba a llevar "el demonio", el destierro que nos señalaban era todavía peor. Yo he acudido a un eufemismo, por pudor, pues la expresión que me trasladó José A. Montemayor fue de las que no se admiten en la imprenta. De cualquier modo, se ve que los revolucionarios de de 1915, no se detenían ni ante sus propias lágrimas, menos aun ante la sindérisis ni ante la justicia.

Frente a tamaña intransigencia, resolví esgrimir una intransigencia mayor, con lo que conseguí despertar muchos odios, pero ni una sola partícula de desprecio. Fundé en San Antonio "La Revista Mexicana", que se publicaba todos los domingos y me di el gusto que sienten los jugadores de "póker" que ante la apuesta con que los amenaza su contrincante, "revidan" con una apuesta mayor. ¡Van diez! ¡Y diez más! Y así "revidando" y respondiendo las persecuciones con filípicas, me pasé mi prolongadísimo destierro. Si no hubiera tenido esos desahogos, hubiera muerto de melancolía.

Naturalmente, pasaron los años, cicatrizaron las heridas, me hice viejo y estas Memorias no van a tener un tono beligerante. No trato de disculpar mi vida, pero sí de explicarla. Estoy de acuerdo en que la Ley del Talión es cruel, pero es humana, profundamente humana. He come-

tido errores, y sería una puerilidad que tratara de ocultarlos; me he equivocado en infinidad de apreciaciones y sería un disparate negarlo; pero al presentarme en calidad de reo, ante la historia, no siento el más leve temor de que la posteridad me condene por haber vilipendiado a los que me estropearon la existencia con 18 años de destierro.

Lo dije en una conferencia que pronuncié en El Paso, Texas, y que provocó una réplica de los cónsules callistas de entonces.

'El destierro es siempre fecundo: en el destierro forjó Dante los tercetos implacables de su Infierno; en el destierro compuso Víctor Hugo la música orquestal de su "Leyenda de los Siglos"; en el destierro pulimentaron sus espíritus, el marmóreo Arístides y el broncíneo Escipión el Africano; en el destierro escribieron sus mejores obras. Hugo Fóscolo y Lammenais, la Baronesa de Stael y José Mazzini; en el destierro prepararon Alberdi y Sarmiento la cruzada contra el tirano Rosas y la resurrección de la República Argentina".

Y lo que dije entonces, dicho quedó".

LAS LIMITACIONES DEL PUDOR

Hace alderredor de 20 años que teniendo frente a mí, un capítulo de las Memorias del General Marcelo Caraveo, publicado simultáneamente en "La Prensa" de San Antonio y en "La Opinión" de los Angeles, California, me permití hacer las siguientes consideraciones:

"Estas (las Memorias), han de contener la verdad, toda la verdad aún aquella que haga daño a la reputación de otras gentes. El que escribe Memorias, debe considerar que ya no forma parte de este mundo, y por lo mismo, no tiene amigos, ni enemigos, ni admiradores, ni compatriotas, ni nada. Chateaubriand le dió a sus confidencias el nombre de "Memorias de Ultratumba", y estuvo acertado, porque para hablarle a la posteridad, la mejor tribuna es la sepultura.

"Enfrente de la vida tienen un gran significado las palabras "conveniencia", ponderación", "respeto", "dignidad", "Buenas maneras", "consideración social". Delante de la muerte, todos estos conceptos no son sino estorbos que impiden la manifestación completa de la verdad. Solamente los que se colocan arriba de la generación actual, tienen el derecho de hablarle a las futuras generaciones.

"¿Se encuentra en esas circunstancias el Ge-

neral Caraveo? Yo creo que no. Desde luego, aún no ha cumplido los 50 años de edad, y por lo mismo, no es creíble que haya cancelado sus ambiciones. Lo más probable es que se cuide de que sus "Memorias" no lastimen a otros personajes, y por tal razón, sus confidencias corren el riesgo de ser triviales y tediosas. Casi tengo la seguridad de que su importancia histórica va a ser muy pobre, porque no siempre recuerda las cosas vivas que se deben recordar".

Una vez que he formulado esta apreciación, procuré encontrar en las referidas "Memorias", revelaciones graves y no ví satisfecha mi curiosidad. El ejemplar de "La Prensa" que cayó en mis manos, traía el capítulo que el General Caraveo dedicó a la batalla de Ocotlán que podía dar base a confesiones sensacionales, ya que sobre esa acción de guerra han circulado muchísimos rumores. Se ha dicho, por ejemplo, que el General Estrada perdió la batalla por una traición que se le cuelga a un General apellidado Anzaldo.

¿Qué hay de cierto en esta acusación? ¿Tiene algún fundamento o se trata de una infame calumnia?

Los enemigos del General Obregón han propalado la noticia de que el general Francisco Serrano, mediante una cantidad respetable de dinero, consiguió que el referido Anzaldo volviera sus armas contra los pronunciados, en el momento decisivo. ¿Qué fundamento tuvo este rumor? ¿Tiene algún cimiento sólido, o se trata de un infundio que tuvo por objeto dañar el prestigio militar de Obregón? El General Caraveo no dice una palabra sobre el delicado asunto y hasta produce la

impresión de no haber oído hablar del caso. Y llama la atención que nada sepa, o que en caso de saberlo, prefiera no hacer referencia alguna. Todo México oyó hablar de aquella venta —real o supuesta— de la dignidad y el honor.

Comentando este silencio yo me tomé la libertad de publicar las siguientes apostillas:

"Lo probable es que el General Caraveo esté enterado y guarde silencio por discreción. Allí está lo malo: en la discreción. Esta es una virtud insuperable para gobernar a un pueblo, para estar bien con la sociedad, para cumplir una misión delicada, para guardar un secreto de Estado; pero... ¡no para hacer historia! ¡Los historiadores, por lo contrario, tan pronto como se ocupan de su personalidad, tratan de sorprender sus secretos, de descubrir sus llagas, de revelar sus pequeñeces, de sacar a luz todas sus debilidades y sus defectos. El hombre, en sociedad, debe presentarse irreprochablemente vestido: jaquette en las ceremonias matinales, traje de deporte en los campos, casaca en las veladas nocturnas....En la historia, no hay más que una manera de entrar y es desnudo.

"Y la indiscreción que es el más intolerable de los defectos, que pueda tener el hombre, en un salón, para la posteridad resulta la más valiosa de las virtudes. Yo todavía no pienso en la muerte, y por eso no se me ha ocurrido escribir Memorias; pero si algún día las llego a escribir, procuraré ser leal, no con las personas de mi tiempo sino con las gentes del porvenir".

Habiendo escrito lo anterior en 1931, quedé comprometido a no abstenerme de comentar aque-

llas situaciones delicadas que todo hombre público evade para no incurrir en responsabilidad. Considero como un deber, la falta de tacto, la ausencia de tino, la circunspección y la mesura que tan preciados son en la vida social. No puedo hacerme el distraído, después de haber criticado la probable inhibición del General Caraveo.

Por consiguiente, creo que estoy obligado a desprenderme de todos los ropajes que imponen el buen gusto y las buenas maneras, a renunciar a todas las simulaciones que prescribe la cortesía, a hacer a un lado, no los Diez Mandamientos de la Ley de Dios, pero sí los diez mil mandamientos que observan las gentes educadas de este mundo. Todavía no he muerto, pero voy a proceder como si ya estuviera enterrado. Nada de antifaces que encubran rasgos esenciales de la fisonomía de mi época, ni mucho menos de mi propia fisonomía; nada de palabras habilidosas que se presten a dobles interpretaciones; nada de concesiones a la época unilateral en que vivimos, pues escribo con la ilusión de que algo de esta obra, aunque sea muy poco, llegue a una posteridad más serena y con espíritu más amplio y justiciero

Voy pues a desnudar mi espíritu, aunque hago desde luego la advertencia de que también para tirar la ropa debe haber algunas limitaciones, pues cuando no se observan, la franqueza se convierte en grosería y la sinceridad en cinismo. En vez de tomar como paradigma a Juan Jacobo, prefiero acomodarme al estupendo discurso que sobre la Edad de oro, le dirigió don Quijote de la Mancha a los cabreros:

"Entonces sí que andaban las simples y her-

mosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que era menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretegidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado".

Ahora bien, de la misma manera que el pudor exige que se cubra algo del cuerpo, también la dignidad y el decoro recomiendan desechar los chismes sin trascendencia, las murmuraciones vacías, la basura que no contribuye en ningún modo a clarear las sombras de la historia. Desde hace 50 años, he venido escribiendo todo lo que sentía, y por lo mismo, es muy poco lo que se se me ha quedado adentro: esto irá saliendo en el curso de las siguientes páginas, y desde luego prometo no envolverlo en la "púrpura de Tiro", "ni en la "martirizada seda" a que aludía don Miguel de Cervantes Saavedra. Pero eso sí, se utilizarán los lampazos y las yedras para no ofender la limpieza. En resumen, voy a ser sincero, pero por respeto a mis lectores y a mí mismo, no llevaré la sinceridad más allá de lo que reclama el esclarecimiento de los hechos.

Y basta ya de introducción, llegó pues el momento de terminar estas explicaciones preliminares, doblar la hoja y comenzar el relato de mi vida.

Los Primeros Años

MI LLEGADA AL MUNDO

Don Miguel de Unamuno comienza sus "Recuerdos de Niñez y Mocedad" con esta increíble perogrullada: "Yo no me acuerdo de haber nacido". Agrega en seguida que tiene conocimiento de su natalicio "por tradición y documentos fehacientes" y que aunque se trata del acto más importante de su vida, se tiene que apoyar en el testimonio ajeno. Yo no soy filósofo y por lo mismo, al hablar de mi nacimiento, me limito a decir que me lo contaron.

A mediados de 1928, mi esposa y yo fuimos invitados a comer por la señora Carmen Romero Rubio de Díaz, en su residencia de la Avenida Víctor Hugo, en la ciudad de París. La conversación de sobremesa, como en otras veces anteriores, giró en derredor de asuntos mexicanos. Pasando de un tema a otro, comenzamos a hablar del general Jerónimo Treviño y la viuda del general Díaz, me dijo que había sido su compadre, porque su marido y ella le habían bautizado a un hijo al pasar por Monterrey, después de un viaje que habían hecho a los Estados Unidos. Y añadió doña

Carmen: —Esto debe haber sido a principios de 1883. Y yo me permití precisarle su recuerdo:

—El general Díaz y usted cruzaron la línea divisoria el 8 de marzo de 1883, a las nueve de la mañana; media hora después se movió el convoy ferrocarrilero y llegaron a Lampazos un poco después de medio día. Allí los esperaban los generales Francisco Naranjo y Jerónimo Treviño, y el primero los invitó a comer a su casa. Dos horas después, reanudaron el viaje para llegar a Monterrey con la puesta del sol.

La señora Díaz me miró asombrada, y como todo lo que yo le contaba, había sucedido, me preguntó con vivo interés: ¿Es posible que usted conozca hasta en sus más nimios detalles, la historia de mi marido?

—No, señora —le contesté riendo—. Al estudiar la personalidad de su esposo, he buscado los episodios heroicos y los actos de estadista que pueden servirme para dibujar su figura; pero aquel viaje de Laredo a Monterrey no tiene la menor importancia, porque no delínea un perfil ni acentúa un color en la fisonomía porfirista. Si conservo el episodio en mi memoria es porque ese día comenzó la historia de mi vida. Y permítame que con todo respeto le diga que su llegada a Lampazos, produjo un trastorno, por fortuna sin trascendencia, en el hogar tranquilo de mis padres. Y mientras Carmelita y los demás comensales me interrogaban con pupilas curiosas, sobre la relación que podía existir entre su paso por la tierra de los Zuazuas y los Naranjos y mi nacimiento, yo les hablé más o menos, de esta manera:



DOÑA CARMEN ROMERO RUBIO DE DIAZ,
— a los 19 años de edad —

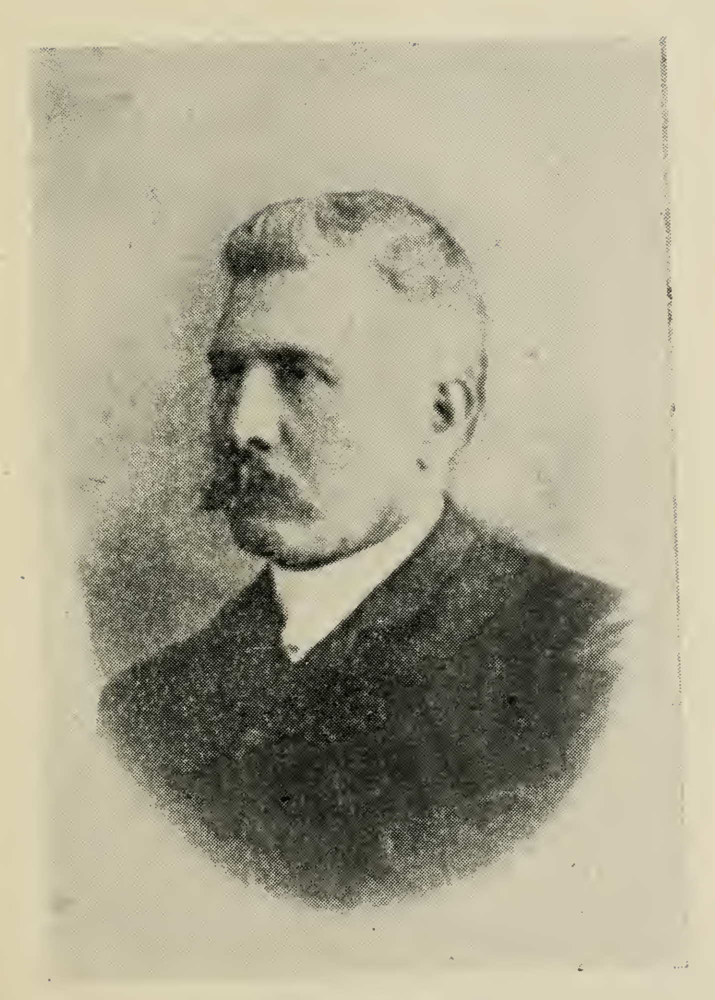
"Unos cuantos días antes, o sea en la última semana de febrero, el Presidente Municipal de Lampazos, recibió una carta del general Francisco Naranjo —Ministro de Guerra en el Gobierno del Presidente Manuel González— en la que le recomendaba que estuviese atento al movimiento de los trenes, porque iba a pasar, en la primera semana de marzo el General Porfirio Díaz, y él deseaba que su pueblo acudiese a la estación ferrocarrilera y le manifestase al ilustre viajero su adhesión y su simpatía.

Don Nemesio García y García —así se llamaba el Alcalde— reunió al Cabildo y les mostró a los regidores, la carta que acababa de recibir y todos estuvieron de acuerdo en ir a saludar a don Porfirio, y de ser posible, detenerlo por unas cuantas horas en Lampazos. La noticia circuló rápidamente por la población y todos los ciudadanos se aprestaron a rendir al ex-Presidente un cordial homenaje. Se preparó lo que siempre se prepara en estas ocasiones: llevar a los niños de las escuelas con banderitas de colores, y saludar la llegada del personaje con una marcha triunfal y los vítores de la multitud. Y claro está, las salvas de cohetes iban a contribuir para que fuera más ruidosa la recepción.

Don Nemesio se puso en contacto con el Presidente Municipal de Nuevo Laredo, que prometió avisarle oportunamente tan pronto como el Héroe del Dos de Abril pisase otra vez el territorio nacional. Este aviso llegó por telégrafo el 8 de marzo, e inmediatamente comenzó la romería de lampacenses a la estación. El alboroto del pueblo se intensificó a las diez de la mañana, porque llegaron

del sur en tren especial, los generales Francisco Naranjo y Jerónimo Treviño. El primero quiso estrechar la mano del distinguido visitante, en su tierra natal, y el segundo quiso unirse a su futuro compadre, a la mitad del camino, para tener el gusto de llevarlo a Monterrey. Aquél era un día de fiesta porque las gentes estaban ansiosas por conocer al caudillo que había presidido los destinos de México desde 1876 hasta 1880, y que tenía grandes probabilidades de volverlos a presidir desde 1884 hasta 1888.

De pronto, surgió un contratiempo, no para el pueblo, pero sí para el Alcalde. En efecto, mientras don Nemesio dictaba las órdenes para que la recepción resultase más lucida, llegó a la estación su hermano político —mi tío Antonio Naranjo— quien le dijo con voz angustiada: Juanita se ha puesto enferma. —Mi padre sabía mejor que nadie, que su mujer se encontraba en el noveno mes de la gravidez, y por lo mismo, contestó: Allá voy inmediatamente. —No es necesario, —le respondió mi tío Antonio— porque antes de venir a avisarle (los cuñados de don Nemesio no lo tuteaban) fuí a participar al doctor Fernández. Ya para este momento se habían enterado de la novedad, tanto los generales Naranjo y Treviño, como mi abuelo materno, el entonces diputado federal, don Felipe Naranjo. Los tres trataron de disuadir a don Nemesio, diciéndole que el tren iba a llegar de un momento a otro y por lo mismo, le sobraba tiempo para recibir al general Díaz y luego acudir a su hogar. El Alcalde no hizo caso de aquellas consideraciones y dejándole la batuta al primer regidor del Ayuntamiento, se fue para estar al lado de su



DON PORFIRIO DIAZ,
— en 1883, cuando visitó la
ciudad de Lampazos —

esposa en el terrible trance.

¿Siempre te vas —le preguntaron papá Felipe y mi tío Pancho. Por supuesto, contestó don Nemesio. Y luego añadió en tono de broma: Ustedes esperan a un viajero muy ilustre; pero a mí me interesa más otro viajero que estoy esperando desde hace nueve meses. Todos se rieron y le desearon que todo pasara "sin novedad". Y en efecto, no hubo novedad. Al llegar a la casa, el Dr. Juan Fernández (un facultativo muy inteligente que años después perteneció al Senado de la República) le participó que el caso se presentaba con caracteres de prisa y por lo mismo, el alumbramiento no podía tardar más de una hora. El desenlace fue más rápido todavía, pues el nuevo ser viviente lanzó su primer grito, a las 12 en punto del 8 de marzo de 1883.

Cuando el médico le mostró a don Nemesio, su nuevo hijo, le dijo que Juanita (doña Juana Naranjo de García) se encontraba en condiciones excelentes y que por lo mismo no había por qué sentir la más leve preocupación. Y añadió en tono cordial: Váyase al mitote, que si no se da prisa, puede llegar tarde. Así fue como se presentó en el mundo este servidor que no ha tenido la buena costumbre de acudir a las citas con puntualidad, pero que en cambio, en su primer acto de presencia, fue tan oportuno, que no le impidió a su padre, el cumplimiento de sus deberes de Alcalde y de ciudadano.

Cuando el Presidente Municipal volvió a la estación, la sonrisa alegre de sus labios fue el mejor anuncio de que sus angustias hogareñas habían terminado. Todos lo felicitaron cariñosamente

por el nacimiento de su nuevo vástago; pero se tuvieron que suspender los abrazos congratulatorios, porque se oyó el silbato de la locomotora. El tren llegaba a Lampazos. La música del pueblo tocó el himno nacional, los niños agitaron sus banderitas trigarantes y todo el pueblo estalló en una aclamación estruendosa.

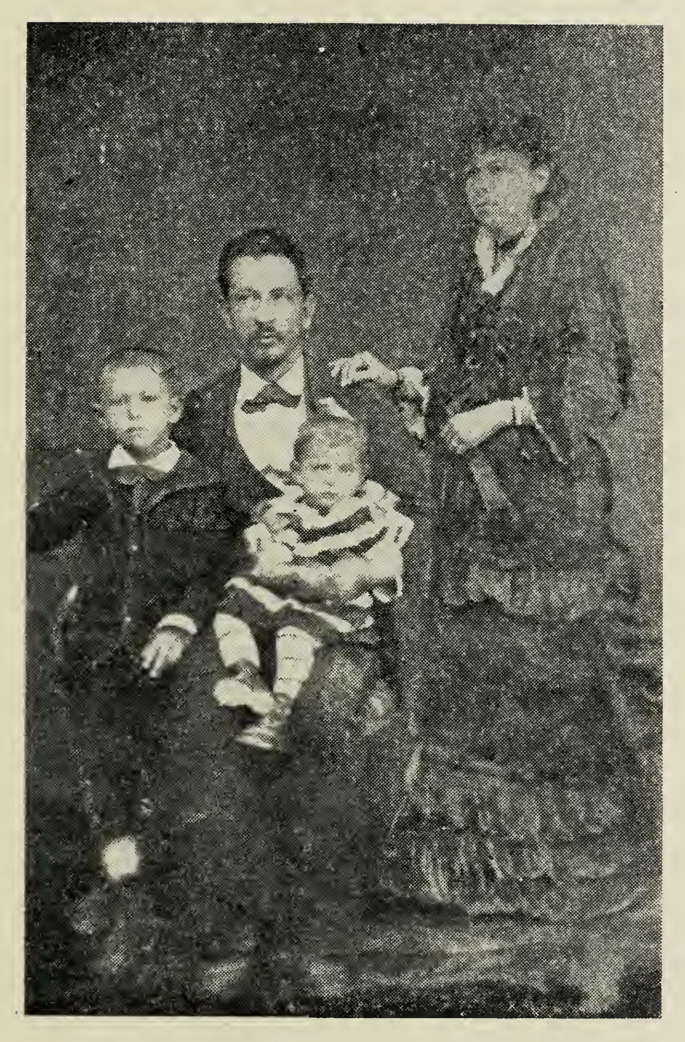
Don Porfirio se sorprendió al ver a tanta gente y sobre todo, que estuvieran a recibirle los generales Treviño y Naranjo. Eran los dos caudillos del Norte de más prestigio y fuerza, pues el general Mariano Escobedo se había eclipsado (políticamente se entiende) después de su fracasada aventura lerdista de 1878. El general Naranjo presentó a los miembros del Ayuntamiento con el caudillo, y luego al referirse en forma especial a mi padre, le dijo en tono de broma, al General Díaz:

—Tengo que acusar a este Alcalde. Estaba con nosotros esperándolo a usted, cuando vinieron a decirle que el niño que llevaba su mujer en las entrañas, había dado las primeras señales de que iba a nacer. Y nos dejó diciéndonos que el viajero de su casa era más importante que el que iba a llegar en el tren. Sonrió don Porfirio y tendiéndole la mano a don Nemesio García y García, le dijo en tono grave:

—Muy bien hecho, señor Alcalde, hay que darle el primer lugar a la mujer y a los hijos.

Al llegar a este punto, Carmelita interrumpió mi relato con esta exclamación: ¡pero si recuerdo la escena como si la estuviera viendo! De modo que usted es el hijo de aquel Alcalde.

—Sí, señora, de aquel Alcalde que se sintió en ese momento, más porfirista que usted misma.



El Alcalde de Lampazos de Naranjo con su familia a principios de 1883.

Lo que no le dije a la viuda del Gral. Díaz fue que 2 años después aquel probo funcionario iba a chocar con el régimen férreo de su esposo. Don Porfirio volvió a la Presidencia en 1884, con el propósito de no compartir con nadie el poder. Por lo mismo, le estorbaban los caudillos supervivientes de la Guerra de Reforma y de la defensa nacional contra la invasión francesa, porque cada uno de ellos podría ser un futuro rival. Había que destruír la fuerza que tenían Terrazas en Chihuahua, Antillón en Guanajuato, Alvarez en Guerrero, Patoni en Durango, etc., etc.

El desmoche comenzó a fines de 1885, con los dos caudillos que por una ironía del destino, le daban la bienvenida al General Díaz el 8 de marzo de 1883. Mi padre no estuvo conforme con el derrocamiento del Gobernador de Nuevo León, Genaro Garza García; pero eso merece una narración detallada en los próximos capítulos. No obstante de que resintió profundamente el giro que tomó la política de Nuevo León, cada vez que se refería a don Porfirio, exclamaba: es un grande hombre!

Debo aclarar que la coincidencia de mi llegada al mundo con la llegada de don Porfirio a Lampazos, nunca la oí ni a mi padre ni a mi madre. Quien me contó lo que en 1928 le dije a doña Carmen, fue mi tío paterno, el capitán Gregorio García, que vino a México en 1907, para asistir a los funerales del General Francisco Naranjo. Como mi padre ya había muerto no pude acudir a él, para confirmar el relato. En cuanto a mi madre, cuando le hablé del asunto, me dijo: "Sí, tú naciste en aquellos días, pero no estoy segura de la

coincidencia. Por otra parte, mi hermano Gregorio era tan novelesco en sus narraciones, que probablemente se dejó arrebatar por su fantasía". Doblé pues la hoja y no volví a pensar en el asunto.

Sin embargo, en marzo de 1910, tropecé sin procurarlo con un indicio revelador. Era yo Secretario de Redacción del bisemanario reeleccionista "El Debate", y el señor Ignacio B. del Castillo, compañero en el Museo Nacional, me había propuesto una colaboración singular con el título de "Efemérides Porfirianas". Se comprometía a señalar un hecho del Presidente, para cada día del año. —¿Me quiere usted decir que el General Díaz ha hecho 365 cosas que merecen recordarse? Al contestarme afirmativamente, me aclaró que no todas las efemérides podrían ser tan interesantes como las del Dos de Abril y el Cinco de Mayo; pero que desde luego ya tenía anotadas 100 fichas administrativas; a este material, se podrían agregar las fechas familiares: las de su nacimiento y bautizo, las de sus dos matrimonios, las de los natalicios de sus hijos, etc. Lo demás —agregó Castillo— se puede cubrir con viajes, recepciones, fiestas, etc., etc. Acepté las efemérides y con sorpresa, vi que mi viejo compañero cumplía lo prometido, es decir, que para cada día del año, tenía un hecho digno de remembranza. A principios de marzo de 1910, me llevó la nota correspondiente a este tiempo y al revisarla para entregarla a los linotipos; leí asombrado "8 de marzo de 1883. —Cruzó el General Díaz el Río Bravo, de regreso de su viaje por los Estados Unidos y continuó hacia Monterrey, a donde llegó en la misma fecha".

Luego reflexioné inmediatamente, —puede ser cierto. Y al repetir el relato de mi tío Gregorio en París, 18 años después, y oír a Carmelita que decía: ¡Si me parece que estoy viendo la escena! —comprendí que el episodio era auténtico. La verdad es que como novela habría resultado muy pueril.

UN CABALLERO DEL IDEAL

"He was a man. Take it for all in all: I shall not look upon his like, again".

Así se expresó el príncipe Hamlet, hablando de su padre y así también tengo que expresarme del mío, cada vez que lo recuerdo.

Ya en mi libro "En los Nidos de Antaño" dibujé los trazos de su personalidad, y no incurriré en la redundancia de repetir el cuadro. En 1885, don Nemesio era jefe de la casa comercial más importante de Lampazos, y además era el Presidente del Ayuntamiento. Estaba asociado en los negocios a su tío político, el General Francisco Naranjo, y tenía la seguridad de que en caso de derrota, su socio millonario, lo volvería a poner a flote.

Desgraciadamente, no sucedió así. Como ya esbocé en el capítulo anterior, cuando el general Díaz, volvió a la Presidencia, en 1884, resolvió liquidar el caudillaje que había dejado la Guerra de Reforma y la lucha contra el Imperio de Maximiliano. El triunfo del Partido Liberal no se debió a los militares de carrera, sino a las Guardias Nacionales de los Estados. Después de la derrota de Salamanca, Juárez se acogió al amparo que le pudieran impartir los gobernadores que le debían sus puestos a la revolución de Ayutla. Quienes salvaron la Constitución de

1857, fueron don Manuel Doblado, don Manuel Gutiérrez Zamora, don Santiago Vidaurri y principalmente, don Santos Degollado. Los nombres que tomaron los batallones improvisados -"Ligeros de Guanajuato", "Carabineros de Nuevo León", etc. etc. revelan que lo que entonces se llamaba Ejército Nacional era un Ejército de Estados.

Como consecuencia de esta organización generada por la necesidad, los gobernadores adquirieron una fuerza inmensa. En los inicios del porfirismo, el General Servando Canales era casi omnipotente en Tamaulipas; también lo eran el coronel Victoriano Cepeda en Coahuila, el general Florencio Antillón en Guanajuato, el general Diego Alvarez en Guerrero, el general Luis Terrazas en Chihuahua, etc., etc. Uno de los enumerados -don Florencio Antillón- se sintió tan poderoso en 1876, que no conforme con mandar absolutamente en su Estado, proyectó elevar a don José María Iglesias a la Presidencia de la República.

Don Porfirio resolvió acabar con todo este caudillaje para reconcentrar en su diestra, el poder que andaba repartido y disperso. El primer golpe lo dió en 1885, contra don Genaro Garza García, Gobernador de Nuevo León, que marchaba en perfecto acuerdo con los generales Jerónimo Treviño y Francisco Naranjo. En realidad, la mira de don Porfirio fue liquidar la fuerza y el prestigio de estos dos divisionarios del Ejército del Norte. Se insuflaron las esperanzas de algunos descontentos, se les alentó para que se pronunciaran, se les prometió poner en la gubernatura al general Lázaro Garza Ayala y, una



Ultimo retrato de
DON NEMESIO GARCIA Y GARCIA

vez confeccionado el pastel, se le ordenó al general Bernardo Reyes, que avanzara desde San Luis Luis Potosí hasta Monterrey para que restableciera el orden, un orden que el propio Gobierno Federal había alterado. Como coronamiento de estas combinaciones, el Senado de la República declaró que habían desaparecido los Poderes Constitucionales de Nuevo León, y nombró al general Reyes, gobernador interino, a fin de que restableciera en el Estado el imperio de la legalidad.

Triste es decirlo, pero ni Treviño ni Naranjo se atrevieron a meter las manos para defenderse de aquel trancazo que les asestó don Porfirio. Don Nemesio García y García sí metió las manos y las metió como hombre, es decir hasta adentro. Al ver la forma arbitraria con que el Gobierno Federal destrozaba la estructura constitucional del Estado, exhortó a la ciudadanía de Lampazos, de Villaldama, de Sabinas Hidalgo y demás municipalidades del Norte, para que se presentaran a defender la soberanía del Estado. El pueblo respondió virilmente, pues acudieron alderredor de 40 voluntarios que quedaron bajo la jefatura del Coronel Manuel Zuazua, sobrino carnal del formidable luchador de la Guerra de Reforma.

Muy bello el gesto; pero ¿qué iba a hacer un batallón improvisado y con equipo muy pobre, frente a la guarnición de 5,000 hombres de la Federación? El Gobernador interino Lic. Mauro Sepúlveda no quiso sacrificar a aquellos patriotas y prefirió acatar la resolución del Senado, es decir, entregar al general Reyes, la situación. El nuevo gobernante desarmó a aquellos

soldados accidentales y los puso en libertad. La derrota se había consumado y se imponía el pago de los vidrios rotos. Porque mi padre, para sostener aquel cuerpo, había gastado todo lo que tenía, y además había comprometido el crédito de su casa comercial, de la cual era socio el general Naranjo.

Y entonces ocurrió lo que apenas se puede creer, esto es, que el ex-Ministro de Guerra, en vez de corresponder a los sacrificios que su sobrino político había hecho para defender su prestigio, miró con indiferencia la crisis, y eso significó para el ex-Alcalde de Lampazos un naufragio completo. Don Nemesio entregó su establecimiento comercial, sus otras propiedades, y finalmente, hasta la propia casa en donde habían nacido sus hijos. Los acrceedores conmovidos se negaron a recibir la última cesión que les ofrecía el idealista que unas cuantas semanas antes disfrutaba de una posición económica muy sólida y de un crédito comercial amplísimo, y que de pronto, de la noche a la mañana quedó completamente arruinado.

Aquel desenlace era injusto porque el zarpazo de la Federación no fue dirigido contra el alcalde lugareño, ni siquiera contra el Gobernador Garza García. ¡No! La ofensiva porfirista fue contra el caudillaje, y por lo mismo, los caudillos debieron haber intercedido en favor de quien se sacrificaba por ellos. ¿Cómo explicar aquella evasiva, en hombres vigorosos que sabían enfrentarse con el dolor y hasta con la misma muerte?

Es posible que los que no tuvieron miedo a la muerte, sí se lo tuvieron a la pobreza. Los cau-

dillos se habían enriquecido con la repartición de los terrenos baldíos, y probablemente consideraron que el Presidente, al enterarse de que habían contribuido a sostener un batallón destinado a luchar en pro de la soberanía de Nuevo León, respondiera en represalias económicas que los podían hundir en la miseria. Y ante esa perspectiva, dejaron que toda la responsabilidad cayera sobre mi padre que nada ganaba en aquella pugna, puesto que se limitaba a defender laureles ajenos. Naturalmente, los laureles se marchitaron porque los caudillos no se atrevieron a jugarse el todo por el todo. Y Don Nemesio García y García quedó desposeído y a la edad de 36 años, y con cuatro hijos a cuestas se vio obligado a recomenzar su vida.

Como en Nuevo León, por haber sido derrotado podía tropezar con muchas dificultades; y como además, tenía el alma despedazada por los desengaños, resolvió irse a vivir a los Estados Unidos. Necesitaba ver otros cielos, otros horizontes, otras gentes que lo ayudasen a olvidar el capítulo más amargo que acababa de vivir.

En los primeros meses de 1886, cruzó el río Bravo y ya en Laredo Texas, se puso a meditar sobre la manera de despejar los horizontes cerrados que no le permitían clavar sus pupilas en el futuro. La crisis había sido tremenda, y el desconcierto le impedía dar un paso en firme. Su mujer, acompañada de sus hijos, le invitaba desde Lampazos a volver, para iniciar allí la reconstrucción de su existencia; pero él era orgulloso y no quería exhibirse como pobre, en donde había sido un gran señor; menos aún quería exponerse a ser befado por las nuevas autoridades,

llenas de insolencia, de esa insolencia que caracteriza a los triunfadores que no merecen la victoria.

Pasó dos meses de incertidumbre, y a mediados del año, se encontró con un señor Mac Donald, al cual le había comprado miles de dólares de mercancías, cuando su casa comercial estaba floreciente. Aquel caballero irlandés se sorprendió del cambio trascendental, y queriendo remediar su situación, le propuso que se fuera a hacer cargo de una tienda que tenía en el púeblecillo de Encinal, que queda a unos 60 kilómetros del Río Bravo. Irá usted como Jefe y le aseguro desde luego un sueldo de cien dólares al mes, en la inteligencia de que si el negocio va para arriba, usted ascenderá con él. En seguida, Mr. Mc. Donald le dijo que aunque Encinal era una aldea pequeñísima, estaba rodeada por ranchos agrícolas y ganaderos que allí se aprovisionaban; y luego, para animar a mi padre le agregó que la grandeza de los Estados Unidos se había hecho poblando desiertos; que la ciudad de Dallas, en 20 años, se había convertido de un simple crucero de caminos, en una metrópoli que dominaba el comercio del Norte de Texas; que en la ciudad de Houston estaba pasando algo semejante; y que de igual manera Encinal podría transformarse en el centro distribuidor de una zona ganadera inmensa.

Mi padre tenía tanta necesidad de creer, después de la catástrofe que lo había golpeado, que tomó en serio los espejismos que le presentaba Mr. Mc. Donald. Al día siguiente, tomó el tren para Encinal, a fin de ver el establecimiento mer-

cantil que se le ofrecía y examinar los libros de contabilidad del mismo. Llegó vio y se quedó. Aquello era primitivo, embrionario; pero el paisaje desamparado y escueto, le atrajo precisamente por su desamparo.

Consideraba el desierto como el mejor remedio de su desengaño y su amargura. Y así sucedió, en efecto; tan pronto como se hizo cargo de aquella tienda, renacieron todas sus ilusiones y comenzó a soñar en el progreso de aquella aldea a pesar de que pocos lugares en el mundo pueden ser tan poco propicios para inspirar ilusiones y esperanzas. Cervantes no colocó a don Quijote en un escenario suntuoso, sino en la Mancha, la región más yerma y árida de España; pero al caballero del Ideal no le importaba la parvedad, porque con su fantasía transformaba las humildes ventas en castillos, las aldeanas en princesas, la escasez en abundancia, y la pequeñez en grandeza.

Los augurios de Mr. Mc. Donald no se cumplieron. Mientras otras aldeas norteamericanas se convirtieron en ciudades grandiosas, el Encinal de hoy es casi lo mismo que el Encinal de hace 60 años; pero mi padre, como don Quijote, convirtió con su imaginación, el poblacho escueto en el yunque formidable en donde a martillazos, se puso a forjar una nueva vida.

Y no dejó que el pasado lo lastimara con sus recuerdos torturadores. No guardó el menor resentimiento contra sus adversarios, sino que hizo todo lo posible por reconciliarse con ellos. En cuanto al general Francisco Naranjo, siguió teniendo hacia él, la misma admiración y respe-

to, que le había inspirado antes de 1885. Le perdonó que no defendiera la soberanía de Nuevo León; y lo que es más difícil, le perdonó que lo hubiera dejado hundirse en la ruina por defenderlo y por servirlo.

En nuestra casa, mi madre se quejó una vez de que su tío carnal hubiera visto con indiferencia de hielo, un derrumbamiento que por él mismo se había efectuado; pero mi padre la conminó con acento severo: "nunca vuelvas a decir eso, menos aún delante de tus hijos". Y volviéndose a nosotros nos dijo: "Lo que pasó, pasó y por ningún motivo, se deben reencender rescoldos extintos. El general Naranjo es una gloria de México, y sería imperdonable que ustedes, por intereses materiales dieran base para empañar su prestigio. Cualquiera que fuese su conducta para conmigo, ustedes no deben renegar de su estirpe ni de su sangre".

Y aquí va el detalle más conmovedor: cuando por haber cumplido 14 años de edad, pasé de la condición de niño a la categoría de adolescente, me dijo una vez: -Tú y yo nos llamamos lo mismo y eso no debe ser, por lo que debes completar tu nombre con el apellido de tu madre. Y así fue como comencé a llamarme Nemesio García NARANJO.

BAJO EL SIGNO DEL DESIERTO

Mi infancia fue frugal y sencilla, en medio del desierto. Tan pronto como mi padre encontró en Encinal una casita que pudiera albergarnos, le escribió a mi madre, a fin de que se fuera a reunir con él. Y en un día del mes de octubre de 1886, llegó doña Juana Naranjo a aquel villorrio en unión de sus tres hijos menores, Aurora, Nemesio y Julia. Como yo no tenía entonces más que tres años de edad, no guardo un recuerdo preciso de aquel arribo. A veces pasa por mi censorio, un cuadro borroso, en el que me veo en unión de mi familia, bajando de un tren; pero no puedo decir si esta visión del pasado se imprimió en mi memoria o es obra de mi imaginación. Por lo que oía en mi hogar me enteré de que mi hermano Arturo se había quedado en Lampazos, para terminar sus estudios primarios bajo la dirección y guía del profesor Francisco Rodríguez Pérez, uno de los primeros normalistas que fueron formados por el gran educador del norte, don Miguel F. Martínez.

¿Cómo pudo aguantarse mi madre doce años en aquella aldea que no tenía el menor atractivo? La Naturaleza era —y lo sigue siendo— árida, monótona, y sobre todo, desabrida. El desierto del Sahara es terrible, pero tiene grandeza y majestad. Los inmensos arenales levantados por el simoun, tienen que producir una impresión de anonada-

miento. Nada de eso se mira en Encinal, y lo primero que intriga al viajero, es por qué lleva ese nombre, cuando no se ve una sola encina en el poblacho ni en sus alrededores. La escasa vegetación se compone de mezquites, huizaches, nopales y chaparros prietos. Y de estos últimos arbustos deriva el nombre presuntuoso.

Entre los primeros exploradores de la comarca debe haber andado un botánico y él fue quien dijo que los chaparros eran una de las múltiples variedades de la encina, y a eso se debió que lo que sólo es un chaparral, tomara garbosamente el nombre de Encinal. Muy bien; pero no por eso se debe confundir una coliflor con un repollo, ni una pita con una palmera, ni a don José María Morelos con don Juan Nepomuceno Almonte.

Los botánicos llaman "quercur robur" a la encina corpulenta que crece en Inglaterra, y "quercur dumosa" a los chaparros espinosos que abundan en Texas. Como se ve, el género es el mismo, aunque las especies no pueden ser más diferentes. Los enemigos de la planta suelen decir despectivamente: "¿Qué ha de dar la encina sino bellotas?" Pues bien, los arbustos de Encinal, ni siquiera bellotas producen.

El paisaje no puede ser más escueto ni desesperante: no se columbra ni una montaña, ni un cerro, ni la más modesta de las colinas; el terreno es plano, fastidiosamente plano. A lo lejos, parece que la tierra se junta con el cielo en un horizonte que no exhibe la más insignificante variedad. Manuel José Othón, en el panorama alegórico que escogió para su "Idilio Salvaje" trae esta descripción punzante:

"La llanura amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de oceno muerto,
y en la gris lontananza como puerto
el peñascal desamparado y pobre".

Así era y sigue siendo Encinal: enjuto, amargo, con la agravante de no tener a lo lejos los peñascos que aunque desamparados, interrumpen la monotonía del tedioso panorama. El mismo poeta Othón describe la cuenca del Nazas con estos versos ariscos que hacen palpar el fastidio más empolvado y aplastante:

"Y en esa gama gris que no abrillanta
ningún color, allí do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,
sólo al romper su cárcel, la bellota,
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota".

¡Qué desolado y melancólico! ¿verdad? Pues todavía era más escueta la vista de Encinal, porque no alegraban la miseria del cuadro, los copos risueños del algodón inmaculado. No pasa por ahí ningún río, ni siquiera un arroyo, pues no merecen este nombre las arrugas orográficas que se forman después de los aguaceros. Y estos son tan escasos y caen tan de lejos en lejos, que la impresión que deja la lóbrega comarca, es la de una sequía perpetua.

Y si pasamos de la Naturaleza hosca y avara, al conglomerado humano que allí vegeta rutinariamente, el martillazo que se sentía en el espíri-

tu era más duro todavía. El caserío, irregular y desparramado, indicaba que las gentes no se habían preocupado por alinear sus humildes moradas en calles o avenidas. Las casas eran humildes, humildísimas, y no iban más allá de la categoría de cabañas. Allá por los ochentas y noventas, sólo existían dos casas "de alto", como llamábamos a las casas de dos pisos. Entonces no había luz eléctrica, ni agua, ni drenaje, ni los demás menesteres que imponía, no digamos la vida civilizada, sino la higiene más rudimentaria.

¿Cómo era nuestra casa? No la recuerdo con precisión, pero debe haber sido una de las mejores del villorrio. Sin embargo, no pudo ser algo más que una cabaña, pues cuando Mr. John Pfeiffer construyó al lado su residencia, nos pareció un palacio de maravilla, casi de cuento de hadas. Tenía chimenea mientras nosotros nos calentábamos en invierno con una estufa de leña; estaba hecha con madera machihembrada y eso se nos figuraba un lujo oriental. Al ver la mansión del vecino, mi padre se sintió impulsado a mejorar la nuestra, y le encargó al carpintero que había traído Mr. Pfeiffer, que adicionara nuestra morada con dos cuartos nuevos y amplificara los que ya existían. Cuando se terminó aquella obra, tuvimos la impresión de haber subido muchos escalones en posición social. De cualquier modo, nuestra casita siguió siendo inferior a la colindante.

Recientemente, pasé por Encinal y advertí que aquella residencia nuestra ya no existe; pero continúa en pie la de míster Pfeiffer, y sobre la base de que era superior a nuestra casa, tenemos que inferir que esta última era modestísima, aun-

que no en relación con las demás primitivas construcciones de Encinal. En la aldea vivíamos en primera fila, formábamos parte de la "élite" lugareña y eso basta para medir la pobreza de los demás habitantes. Más que una villa organizada, Encinal parecía un campamento provisional, por donde se podía pasar de manera fugaz, pero inadecuado para vivir allí indefinidamente.

No había paseos ni diversiones de ninguna especie. Lo único que distraía a los habitantes era el paso de los trenes ferrocarrileros: el que iba de Laredo a San Antonio, y el que seguía la ruta de retorno. Las gentes se amontonaban en la estación para ver los convoyes de vagones, y algunos compraban un periódico o una golosina. En verano, lo que más se compraba era un trozo de hielo para mitigar el calor y conservar los alimentos. En síntesis, aquella vida era de costumbres duras, de incomodidades ásperas, de horas tediosas, de una frugalidad astringente propia de sociedades primitivas.

No recuerdo aquellos años precarios con resentimiento, sino con alegría, pues si en mi infancia hubiera palpado la grandeza de los Estados Unidos, es muy probable que la gran nación me hubiera absorbido como absorbe a los niños que llegan a su territorio, procedentes de todas partes del mundo. La vida norteamericana es la más movida y dinámica del planeta, y convida a una acción contínua; pero eso no rezaba en Encinal en donde todo era aridez, apatía, inercia, rutina y estancamiento. Por eso fue que al comparar aquel rincón de los Estados Unidos con Lampazos —a donde mamá nos llevaba a pasar temporadas—

inferí que México era muy superior a la Unión anglosajona. Error inmenso, pero que me resultó utilísimo, porque fue un dique que detenía cualquiera corriente posible de extranjerización y ayankamiento. Desde este punto de vista, mi padre no pudo haber escogido un sitio mejor para que sus hijos continuaran siendo mexicanos, irreductiblemente mexicanos.

Fue también un factor importantísimo para no sentir admiración ni respeto por la vida norteamericana, la barbarie y la brutalidad que se manifestaba en las zonas rurales del sur de Texas, hace 3 cuartos de siglo. Las elecciones se hacían a tiros; y a tiros también se resolvían los conflictos de entonces. En Carrizo Springs se formó un núcleo de bandoleros; y en un rancho del Valle del Río Bravo, una viuda que atribuía la muerte de su marido a un mexicano, ofrecía públicamente una recompensa de cien dólares por cada cabeza de mexicano que se le presentase. Fueron tantos los excesos que se cometieron en los ochentas, que la Federación intervino en Carrizo y en el Distrito de Brownsville, para restablecer la vida civilizada. Mis hermanos y yo, de niños oíamos comentar estos salvajismos y no podíamos enamorarnos de aquella horrenda estructura social. En Encinal no presenciamos ninguna tragedia, pero sí estábamos enterados de los dramas de la comarca; y eso naturalmente, nos empujaba a adherirnos a una patria lejana, que se nos aparecía envuelta en celajes de ensueño.

Mal podíamos sufrir Aurora, Julia y yo, con motivo de la existencia embrionaria y reseca que se llevaba en Encinal, porque no conocíamos otra

manera de vivir. Para condenar la aridez, se necesita haber visto la fertilidad. Quien sólo ha contemplado el desierto, no puede imaginarse la tierra de promisión. Por eso fue que mis hermanas y yo, ignorantes de lo que era una ciudad espléndida o un campo florecido, no formulábamos la menor queja contra aquella vida tosca y sin variante alguna; pero tú, santa madre mía, ¿cómo pudiste soportar durante doce años aquel destierro monótono que me recuerda la siguiente quintilla de Lugonés?:

"Ni un gorjeo de alegrías,
ni un clamor de tempestad;
como en las cuevas sombrías,
en el fondo de sus días,
bosteza la soledad".

En 1886, mi padre tenía 37 años y mi madre 30. Cuando salieron de Encinal, en 1898, iban a cumplir respectivamente 49 y 42. Así pues, allí pasaron los años más trascendentales de sus vidas. Mi padre, en un principio, quería olvidar y, efectivamente, olvidó; pero era natural y humano que mi madre quisiera vivir, y no es difícil imaginar la existencia que podía llevar en aquel ambiente rudo y sin estímulos. Las llanuras secas y ardientes, llenas de mezquites y chaparros, no se teñían con una sola pincelada que animase el paisaje; nada que convidase al éxtasis ni a la contemplación. La mayoría de los habitantes de Encinal eran mexicanos, personas muy buenas, pero desprovistas de cultura, y sin el menor atractivo para sostener una conversación. La cumbre intelectual, o sea

don Ramón Cavazos, le compuso versos a don Pedro Jaramillo, un curandero que anduvo por la región, y que aplicaba a los enfermos una terapéutica muy parecida a aquella que en tiempos de Calles puso en práctica el Niño Fidencio. ¿Cómo sostener relaciones sociales con aquellas pobres gentes?

Las demás figuras eran don Vidal, el carpintero del pueblo; Margarito, el panadero; Doroteo, el carnicero, y don Juan Silva, el frutero. El primero, de inteligencia natural, era interesante y divertido; pero a los cuantos minutos, el espíritu reclamaba algo más, algo elevado que en vano se buscaba en aquel pueblo que parecía abandonado de Dios.

En cuanto a la población norteamericana, aunque socialmente se encontraba arriba de nuestros compatriotas, tampoco tenía atractivos. Mr. Morrison era el encargado de la noria del ferrocarril, que era la única que suministraba agua potable al pueblo. Un aguador compraba a cinco centavos el barril, y lo revendía a diez. Mr. Cobb era el agente del correo, durante las administraciones republicanas, y Mrs. Hillard lo sustituía, cuando el Partido Democrático ascendía al poder. Los hermanos Breeding tenían un establecimiento comercial, que los habitantes llamaban "la tienda chiquita"; Mr. Wimbish, asociado a Mr. Johnson, explotaba otra tienda; y completaban la comunidad, Mr. Jordan, Mr. McMullen, Mr. Wellhousen, todos ellos conectados de algún modo con la vida ganadera, que era la principal fuente de vida en la comarca. Esa era la sociedad de Encinal en 1890.

Por ese año, más o menos, sucedieron dos cosas que tuvieron repercusión y trascendencia en nuestra vida. Mr. John Pfeiffer —el que construyó su casa al lado de la nuestra— compró la tienda de Mr. Mc Donald y mi padre le hizo entrega del establecimiento; pero el comprador le suplicó que siguiera a su lado, en las mismas condiciones que antes. Mr. Pfeiffer era farmacéutico e instaló en la tienda un pequeño laboratorio en donde se pasaba todo el día haciendo experimentos y confeccionando medicinas, mientras mi padre se encargaba de las operaciones comerciales. Las relaciones que en un principio fueron de negocios, se transformaron luego en una amistad que se fue fortaleciendo con el transcurso del tiempo, hasta que los dos hombres acabaron por verse como hermanos. Con Mr. Pfeiffer aprendió mi padre Química Orgánica, que luego le fue tan útil en Laredo, cuando estableció la **Botica Juárez.**

Mr. Pfeiffer era judío de raza y de religión, y seguramente porque le oí decir a mi padre que era el mejor de los hombres, nunca se introdujo en mi espíritu la aversión que multitud de personas sienten contra los judíos. ¡Cuánto le agradezco a don Nemesio García y García que desde mi infancia abriera las puertas de mi alma a todas las ideas, a todos los pueblos y a todas las razas!

En cuanto a la señora Pfeiffer, quizás por ser israelita, y no queriendo exponerse a algún desaire (bien sabido es que los prejuicios antijudaicos son muy intensos en Texas), vivía en un completo aislamiento. No entabló relaciones con ninguna familia norteamericana, y la única persona de Encinal con quien trataba, era mi madre. No se puede

decir que fuesen amigas como lo eran su marido y mi padre; pero sí era evidente que colocaba a nuestra familia, muy por encima de las demás familias, y esa preferencia fue resentida por los norteamericanos de la comunidad.

El otro suceso que trascendió en nuestra vida fue que en aquel tiempo compró Mr. William Matthews un rancho en la cercanía de Encinal, y colocó a sus dos hijos, Alfred y Willie, en la escuela del pueblo. No se vaya a creer que Willie era varón; era una niña encantadora que trabó relaciones con mi hermana Julia, y de esas relaciones emergió una honda amistad entre las dos familias. Pero los Matthews no vivían en la aldea, sino en una alquería situada a varios kilómetros de distancia, y por lo mismo, no se visitaban las señoras, sino muy de lejos en lejos. Willie pasaba temporadas en nuestra casa, y Julia correspondía yendo al rancho, en donde permanecía hasta una semana entera. Tanto llegó a querer aquella americanita a mi hermana menor, que para coincidir con ella, en todo, dejó la religión protestante de sus padres para afiliarse a la religión católica. Mamá fue su madrina, y como los norteamericanos toman muy en serio las cuestiones espirituales, comenzó a verla con respeto y acatamiento con que se mira a una segunda madre. Willie murió muy joven y fue llorada en nuestro hogar como si se hubiera mutilado nuestra familia. Tributo debido, porque al ausentarse de este mundo, les dejó a sus padres y a sus hermanos, como herencia, la devoción y el cariño que ella sentía por nosotros.

En síntesis, mamá tenía en Encinal una ami-

ga como Mrs. Matthews, a la cual no veía sino en raras ocasiones, y una vecina como Mrs. Pfeiffer que le mostraba consideración y deferencia, pero con la cual no coincidía espiritualmente, como coincidían los dos maridos. Por eso vuelvo a preguntarme: ¿Cómo pudo aguantarse en aquel medio raquítico, los 12 mejores años de su vida?

La respuesta es fácil, facilísima. Aquella singular mujer, aparte de sus múltiples virtudes, sabía vivir para adentro, y eso le bastaba para transformar el desierto en un vergel. Además sentía por mi padre una devoción casi religiosa, y lo que él disponía nunca suscitaba el menor debate. Se amoldó a las circunstancias; aceptó las inclemencias e incomodidades sin protesta, y se dedicó a estrangular el tedio, repartiendo sus energías prodigiosas en todas las formas que pueda tener la actividad humana. Y de esta manera, sin quejarse ni dar señales de aburrimiento, consiguió ser feliz y extender su felicidad a su esposo y a sus hijos.

En mi libro **En los Nidos de Antaño,** me he referido al hogar en los siguientes términos:

"Cuando decimos con orgullo "nuestra casa", es porque allí podemos vaciar íntegramente nuestros espíritus con las más delicadas confidencias; porque allí nos sentíamos amparados por una confianza que no tiene límites y por una fe que se extiende hasta el infinito, porque allí nos quitamos la máscara mundana, que nos resulta superflua, pues los demás moradores conocen perfectamente el interior de nuestros corazones; porque allí no escondemos nuestros defectos, lo que sería pueril ante la certidumbre de que siempre son perdona-

dos; porque dentro de los muros benditos, todas las almas son como espejos fieles que reflejan con exactitud nuestra personalidad verdadera. Mi padre consiguió que su hogar fuera como una bahía tranquila en donde no penetran las tempestades, porque para él todo el universo se resumía en mi madre y en sus hijos.

"Una casa de esta guisa, aunque no tenga jardín, estará siempre llena de rosas; y aunque en ella no penetre el sol, estará inundada de luz; y aunque en su chimenea no ardan ni crepiten los leños, se sentirá un calor vivificante; y aunque sea pobre y humilde contendrá las mayores riquezas. Porque no existen dones como los del espíritu, ni dádivas como las del corazón".

Por eso fue que en una cabaña de Encinal, sin tener casi nada, lo tuvimos todo, pues cuando se vive para adentro, la Tebaida se asemeja mucho al Paraíso. No nos visitaba el cuervo de la leyenda, para traernos el diario sustento, como a San Pablo el Ermitaño, pero, en cambio, cantaba siempre un zenzontle y nos llenaba el alma de alegría.

DOÑA JUANA NARANJO DE GARCIA

Nuestra casa era de madera de pino, pero mi madre imperaba dentro de ella, como si fuese una reina. Aparte de tener dos criadas que se encargaban de lavar la ropa y confeccionar los alimentos, siempre había parientes consanguíneos que acataban todo lo que la señora decía, y ayudaban a "levantar la casa".

Cuando llegamos a Encinal, formaba parte de la caravana, una huérfana que mis padres habían adoptado —Desideria González— y que era una especie de nana, que nos cuidaba a Aurora, a Julia y a mí. "Algo más que deudo, algo menos que hijo", —dijo el Príncipe Hamlet, hablando de la posición que él guardaba frente a su padrastro, y lo mismo puede decirse de Desideria. No era una hija completa, pero sí era más, muchísimo más que una sirvienta. Ella miraba a mi madre con veneración y apenas la veía moverse o inclinarse hacia cualquier sitio, cuando se precipitaba a cumplir sus deseos. ¡Pobre Desideria! Herida por una tuberculosis hereditaria, su constitución era endeble, pero ella se sobreponía a su pobreza física, para corresponder a la acogida cariñosa que había tenido en nuestra familia. Mi padre se preocupaba por su salud y traía tónicos y reconstituyentes para sostener aquel organismo precario que se iba desmoronando. Ella se sentía obligadí-

sima por tan solícitos cuidados, y su gratitud se agigantó cuando mi madre, en un viaje que hizo a Lampazos, recogió a su hermana Juana, por cuyo destino incierto vivía Desideria en constante preocupación. Las dos murieron jóvenes y, bendiciendo nuestra casa. ¡Con cuánta ternura les consagro estas líneas de recordación!

Aparte de la colaboración de Desideria y de Juana, que fueron abnegadas y constantes hasta en sus últimos momentos, hay que agregar la de dos hermanas de mamá, María de Jesús y Jovita, que iban a pasar largas temporadas en Encinal. Mana, como llamábamos a la primera, no era muy eficaz, pero en cambio Jovita, fue una de las mujeres más completas que he conocido en este mundo. Además, tenía un carácter dulce y apacible que ayudaba siempre a establecer la armonía en el hogar.

Por último, en los primeros años de los noventas, se incorporó a la familia, de manera permanente, Lupe Naranjo, hermana menor de mamá, que era el polo opuesto de Jovita, porque no nació para desatar nudos, sino para enredarlos e intrincarlos más de lo que pudieran estar. De inteligencia muy despierta; de una percepción muy aguda para advertir las debilidades y los defectos humanos; de una gran capacidad para el trabajo, pues todo lo que emprendía lo realizaba de manera irreprochable; de una ironía certera que provocaba la carcajada, y al mismo tiempo, de un corazón generoso que se entregaba íntegramente; y por último, de un carácter de todos los diablos, que estallaba como un cráter que se rompe, introdujo en el hogar, las sacudidas y trepidaciones de un



volcán. ¡En qué líos y revoluciones nos metió Lupe! Si no fuera porque es mi tía carnal, escribiría una novela, para presentarla como es y con la seguridad de que los psicólogos se sentirían atraídos por su carácter excepcional!

Pero en cambio de generar dificultades constantemente, ¡qué veneración tenía Lupe por mi padre! ¡Qué adhesión incondicional y sumisa para su hermana mayor! ¡Qué voluntad infatigable para servir al "menage", y muy especialmente a mi hermano Arturo, por quien sentía una merecida predilección que casi llegaba a idolatría! Cuando murió mi madre, no se quiso ir a vivir con Aurora ni con Julia, y explicó su negativa a la invitación: "Conozco mi carácter y ¡cómo me van a aguantar —Aurora y Julia—, cuando a veces no me aguanto ni yo misma!".

Con tantas segundas manos, y tan buenas, mi madre no tenía que moverse para que la casa marchara al día, sin rezagos, sin que ninguna labor quedase pendiente para mañana. No por eso debe inferirse que doña Juana Naranjo estaba ociosa, porque trabajaba más que todas sus colaboradoras juntas. Su constitución orgánica la obligaba a estar haciendo algo, y lo hacía con rapidez increíble. Leía un libro de 300 páginas, en un día, y luego relataba el contenido sin que se le pasara ninguno de los detalles. Antes de que yo leyera "Los Tres Mosqueteros" y "El Conde de Montecristo", ya conocía estas novelas porque mamá me las había contado. Y con la misma prisa de vértigo con que leía, cortaba la tela para hacerse un vestido, o sembraba un rosal, o podaba un árbol, o tejía un encaje maravilloso o rezaba un

rosario completo. Y aquel movimiento constante, en vez de agotarla, la rejuvenecía, le comunicaba agilidad y ligereza, a manera de las hélices de los aviones cuya rotación acelerada las hace triunfar en el aire.

Ella cortaba y cosía la ropa de su uso personal y la de sus hijos. Una vez que pedaleaba en la máquina de costura, le dijo mi padre: —"yo compro las camisas de hombre a 75 centavos y las vendo a dólar. Por lo mismo, si te conviene, te puedo enviar la tela, el hilo y los botones y te pago por la hechura de cada camisa, cincuenta centavos". Mamá aceptó con entusiasmo la proposición y al día siguiente se puso a la obra. Con sólo recordar aquel cuadro, me parece que estoy recibiendo una lección de eficiencia y energía. Mamá comensaba por cortar la tela de doce camisas, en seguida, cosía las partes vertiginosamente, y por último hacía los ojales y los botones. ¡Doce camisas en un día! Se lo he contado a sastres y a modistas, quienes me han dicho que hacer todo eso a mano y sin ayuda de la energía eléctrica es materialmente imposible. Pues bien, créase o no, mi madre lo hacía, y se ganaba seis dólares que en aquellos tiempos, significaban una fortuna. Y conste que esta labor no interrumpía la de confeccionar la ropa de sus hijos.

No era como esas madres que se deshacen en ternura y se quieren comer a besos a sus hijos. Ella sabía sentir hondo, muy hondo; pero no permitía que el sentimiento desbordado condujese las riendas familiares. Junto con su inmenso amor nos hacía sentir el peso de su indiscutible autoridad. Tenía la firmeza de una matrona romana,

que en vez de consumirse en mieles, profiere modelar con disciplinas rigurosas el carácter de sus hijos. A golpe de cincel es como el mármol adquiere vida y se vuelve terso y transparente, y ella también a golpe de cincel, fue puliendo y diafanizando nuestros espíritus...

¡Y qué bien tan grande nos hizo en ser así! La ternura es el riego santo del alma; pero cuando se tributa con exceso, se parece a los ríos crecidos que se salen de su cauce y producen inundaciones: cuando faltan el método y el orden, el elemento noble de nutrición se convierte en elemento ciego de ruina. ¡Oh, los cariños maternos, que ocasionan estragos irreparables! No es que haga daño el amor: es que hay que canalizarlo enérgicamente a fin de que el niño lo reciba y no abuse de la madre que con tanta abnegación le entrega el alma.

En nuestro hogar jamás los sentimientos dulces desviaron la línea de los fuertes deberes. La arquitectura moral de la familia se caracterizó por la sobriedad y la sencillez. Nada de portadas platerescas ni de columnas abigarradas sosteniendo arcos fantásticos. En cambio el cimiento, era inconmovible y la armonía del conjunto era irreprochable. En nuestro huerto jamás abrieron sus corolas las orquídeas que requieren el calor artificial. Nada postizo hubo en la casa de nuestros padres. Con los aromas del alma nunca se fabricaron esencias penetrantes. Los panales del afecto no se gastaron en confiterías retóricas.

En el ambiente de una sinceridad completa, que prefería la rudeza a la afectación, se fueron formando nuestras personalidades. Así se cla-

rificaron nuestras conciencias, pues bien sabido es que los caracteres, como las aguas de los ríos, no conquistan la pureza corriendo apaciblemente por lechos suaves en declives imperceptibles, sino saltando y rompiéndose por entre las rocas...

En una hermosa leyenda de Carmen Sylva, un joven rey de Rumania, llamado Esteban, se despide de su joven esposa y de su madre para ir a combatir contra un ejército enemigo que ha invadido el territorio de la Patria. Mientras la joven esposa le recomienda "vuelve pronto", la madre le dice "vuelve con honor". El rey al entrar en batalla, siente miedo de perder una vida que le está proporcionando tantas dulzuras y huye dejando abandonados a sus vasallos. Llega a su castillo a media noche y a gritos pide que le abran las puertas porque el enemigo viene persiguiéndole. La esposa quiere acudir a recibirlo en sus brazos; pero la reina madre se opone diciendo que su hijo no puede estar sino al frente de sus soldados, cumpliendo con su deber, y que, por lo mismo, quien está llamando al Castillo es un impostor que trata de deshonrarlo. Fustigado por aquellos reproches crueles, Esteban sale nuevamente al campo a ver qué puede hacer en medio de aquel desastre: pronto se encuentra con una partida de soldados dispersos y los organiza; los demás fugitivos siguen congregándose en derredor de aquel núcleo inicial; el ejército derrotado vuelve a estar en pie y su jefe, aprovechándose de que los invasores duermen confiados en su fácil victoria cae sobre ellos y los aniquila, y retorna al Castillo de sus antepasados, en medio de las aclamaciones de la tropa. "¡Cuánto te quiero! —le dijo la joven esposa, al estrecharlo

entre sus brazos—. Sí, —le contestó Esteban—, tú me quieres mucho pero mi madre me sabe querer mejor".

Saber querer es distinto de querer. Todas las madres adoran, pero sólo aquellas que forman buenos hijos, tienen el don de saber adorar. Nuestra madre sí sabía querer y por eso en infinidad de ocasiones no vaciló en impedirnos algunos minutos de felicidad efímera que, con el correr de los años, se podrían transformar en grandes desventuras. Todo lo que se cosecha fuera del decoro y del deber, acaba por ser una fuente inevitable de dolor.

Con estos tributos excepcionales, no fue extraño que aquella mujer realizara milagros. Efectivamente, fue un milagro que después del desmoronamiento de la casa de Lampazos, construyera un hogar que desbordara júbilo en la desolación desabrida y rutinera de Encinal. ¡Lo mismo habría hecho en las nieves de las regiones polares, o en las arenas candentes del desierto del Sahara!

LA PRIMERA ESCUELA

Dije en capítulo anterior que cuando mi familia se estableció en Encinal, mi hermano Arturo se quedó en Lampazos para terminar allí sus estudios primarios. A fines de los ochentas, fue internado en el Seminario de Laredo, Texas. una Institución protestante de la cual no quedaron satisfechos mis padres. Por lo mismo, lo cambiaron al Colegio Católico de Santa María, en San Antonio, donde permaneció dos años, y del cual salió dominando el idioma inglés y con un conocimiento perfecto de la contabilidad. Desde entonces, comenzó Arturo a martillear sobre el yunque del trabajo y continuó martilleando a través de toda su vida.

En cuanto a Aurora y a mí, fuimos matriculados en 1888 en una escuelita privada (el total de alumnos no llegaba a 20) que estableció la señorita Francisca Salas. Mi hermana tenía siete años y yo cinco. Allí aprendimos a leer a la antigua, es decir, en el viejo silabario de San Miguel. Una vez que supimos coordinar las letras del alfabeto para articular sílabas, y después formar palabras, nuestro primer libro de lectura fue el de Mantilla. Eran los tiempos de la pizarra y de la esponja, de memorizar todo lo que fuera posible, de castigar a los discípulos atrasa-

dos con coscorrones y palmetazos. En honor a la verdad, nuestra maestra era muy buena y casi nunca hizo uso de las sanciones mencionadas. Trataba a todos los alumnos con gentileza y muy especialmente, a Aurora y a mí. Nos invitó a que la tuteáramos y a llamarla Pancha, como si fuésemos sus iguales. Yo no fui un niño travieso ni buscabullas, de lo que no me jacto, pues bien sabido es que las criaturas tranquilas y que saben portarse bien son las que inspiran menores simpatías. Durante toda mi infancia, yo veía con envidia a los compañeros audaces y desordenados, pero me costaba menos trabajo disciplinarme que desobedecer, y por lo mismo, no me insubordinaba sino cuando toda la clase se declaraba en rebelión. Más inclinado al estudio que a la pereza; más dispuesto a la obediencia que a la rebeldía; más propicio a la alegría que al entristecimiento; más bien sociable que retraído, no constituí un problema serio para mis padres ni para mis maestros. Como todos los niños que crecen en una aldea, era tímido y me costaba un gran esfuerzo introducirme con desparpajo y naturalidad. Por eso recuerdo tan agradablemente el esfuerzo que hacía mi maestra por conjugar la instrucción con la familiaridad.

Estuvimos con Pancha Salas un poco más de dos años, al cabo de los cuales habíamos aprendido a leer el español con fluidez, y nos habíamos asimilado las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética, la analogía de la Gramática Castellana y algunos conocimientos incoordinados y dispersos de las demás materias

de enseñanza. De Geografía, Pancha nos enseñó los nombres de todos los países del mundo y de los 27 Estados de la República Mexicana, con sus respectivas capitales. De historia, no estudiamos ningún texto, pero la maestra, a manera de cuento nos relataba los episodios salientes de la vida de nuestro país. Que el Cura Hidalgo había dado el grito de independencia en el pueblo de Dolores, que los Niños Héroes habían preferido morir a entregar a los invasores, el Castillo legendario de Chapultepec, que el General Zaragoza había derrotado a los franceses en la ciudad de Puebla. Por estas narraciones ingenuas, se me grabó en el sensorio que el 16 de septiembre y el 5 de mayo eran las fechas fechas más gloriosas y trascendentales, no sólo de México sino del mundo entero.

Como Pancha practicaba la religión protestante, le daba mucha importancia a la historia bíblica y nos maravillaba con los capítulos fantásticos del Antiguo Testamento. La expulsión de Adán y Eva del Paraíso Terrenal; el Arca que construyó Noé para salvarse del Diluvio; la Torre de Babel que desafiaba al cielo; la destrucción de Sodoma y de Gomorra, y la mujer de Lot que se convirtió en sal; la obediencia ciega del patriarca Abraham que, para complacer al Altísimo se dispuso a matar a su propio hijo; la hija del Faraón egipcio recogiendo a Moisés de una canastilla que flotaba en el Nilo; el profeta Daniel que con su mirada apacible aplacó la furia de los leones; Sansón que desquijaró a un lobo, mató a miles de filisteos y derrumbó el templo de Baal, todos estos cuadros ejer-

cían sobre mi imaginación un encanto subyugador pues nada fascina tanto a un niño, como lo irreal. Aquello me atraía precisamente porque contrastaba con la rutina monótona de la vida.

De noche, cuando después de cenar, salíamos al corredor de nuestra casa, yo le contaba a mi padre las cosas estupendas que me había narrado mi maestra, y él pasaba por alto los relatos bíblicos para subrayar las proezas patrióticas. Don Nemesio García y García era un romántico y, por consiguiente, aceptaba todas las leyendas que envuelven a nuestros valores épicos, científicos y artísticos, aunque fuesen inverosímiles. De sus labios escuché por primera vez aquella conseja tan generalizada entre nuestro pueblo, de que Napoleón al regresar maltrecho de Rusia y enterarse del rompimiento del sitio de Cuautla, había exclamado: "¡Con un Morelos y yo, el mundo sería nuestro!" Mi padre contaba la supuesta apostilla Napoleónica, como si hubiera visto los documentos en que se apoyaba su crónica de gesta. También le oí que en Querétaro, la princesa de Salm Salm, le había ofrecido un millón de pesos al coronel Palacios, para que dejase escapar al archiduque Maximiliano, y que el guerrillero liberal le había respondido: "El soldado mexicano se muere de hambre pero no se vende". Y con el mismo orgullo patriótico, relataba que en un torneo de arte celebrado en Italia, Angela Peralta había derrotado a Adelina Patti, y que don Ignacio Manuel Altamirano, en la Academia de París, había dejado turulatos a los 40 inmortales, con un

discurso que nada tenía que pedir a la prosa tersa de Pascal y de Bossuet.

Don Nemesio creía en todas estas leyendas, y yo le agradezco con toda mi alma que me las incrustara en el espíritu, porque aunque posteriormente las haya tenido que rectificar, me salvaron de las graves crisis sentimentales a que me referiré en el capítulo siguiente. Mi padre era un creyente, y quien de veras cree, abrasa con su creencia fogosa a todos los que gravitan en su derredor. El que habla con pasión sincera pone en las fábulas más increíbles, el sello de las verdades evidentes. Cuando don Miguel de Cervantes Saavedra creó el tipo de don Quijote, tomó la precaución de hacerlo célibe y sin descendencia, pues de otra guisa, sus hijos también habrían creído en las hazañas portentosas de Amadis de Gaula y de Palmerín de Inglaterra.

La maestra pueblerina me hablaba de las proezas mexicanas y mi padre las amplificaba, y de esta manera mi espíritu infantil se nutrió de crónicas heróicas y de nostalgias épicas. En resumen, viví la estrofa marmórea de Salvador Díaz Mirón:

"En gusto y dignidad, honró penates,
y en cuidar su conducta puso esmero,
y escuchando episodios de combates,
retempló su virtud como un acero".

Era inútil que en Texas bulleran conceptos denigrantes contra nuestro pueblo y nuestra raza, porque a mí no me llegaban, como tampoco

llegan las corrientes eléctricas a la porcelana ni al cristal. Estaba aislado del prejuicio étnico, arriba de las discriminaciones humillantes, y no me causaban ningún mal los zarpazos del sectarismo y del odio. Dijérase lo que se dijese, yo continuaba imaginándome a la patria ausente que aún no conocía, envuelta en claridades de paraíso y arrebujada por los arreboles de la fantasía.

¿Cómo no había de creer en las fábulas y en las leyendas, cuando don Nemesio confirmaba con sus actos el orgullo que le inspiraba ser mexicano? Allá por el año de 1890, llegaron a Encinal unos políticos de Cotulla (la cabecera del Condado), que le ofrecieron postularlo para el cargo de juez, en las elecciones de aquel año. Dichos políticos se habían enterado de la gran influencia que tenía don Nemesio en el pueblo, y por lo mismo, procuraban su alianza para darle fuerza a la planilla de candidatos que iban a presentar. Papá les agradeció mucho su gentileza, pero les respondió que él era ciudadano mexicano y no podía ni quería tomar parte en la política de los Estados Unidos. Los líderes de Cotulla se rieron de aquellla objeción y le dijeron que a ellos no les importaba un comino su ciudadanía, por lo que quedaba en libertad para conservar su orgullo mexicano por el tiempo que quisiera.

Pero eso sería contrario a la ley—. También se rieron de esta objeción, porque ellos mandaban en el Condado de La Salle y podían hacerlo juez en cualquier momento.

Es posible que don Ignacio Bonillas se haya

encontrado en una situación parecida y que, sin renunciar a su nacionalidad mexicana, desempeñara en su juventud, algún empleo oficial en el Estado de Arizona. Cuando menos, de eso lo acusaron sus adversarios, lo que no le impidió que bajo el régimen de Carranza, llegara a ser miembro de Gabinete, embajador de México en los Estados Unidos y hasta candidato a la prsidencia de la República. Don Nemesio García y García no se dejó tentar por aquellas brujillas de Macbeth y declinó en forma terminante el puesto que se le ofreció.

Aparte de habernos enseñado a leer y a escribir en español y de infiltrarnos los conocimientos rudimentarios de la aritmética y de la gramática, Pancha Salas nos hizo aprender de memoria, las respuestas que se deben dar a ciertas preguntas, a fin de adquirir la reputación de niños prodigios. ¿Quién fue el fundador de Roma? Rómulo. ¿Quién descubrió la América? Cristobal Colón. ¿Quién inventó la imprenta? Juan Guttemberg. Y así por el estilo, contestando algunas otras interrogaciones parecidas, se aparentaba tener una precocidad extraordinaria, con un puñado de conocimientos superficiales que de nada servían, pues con cualquiera prueba seria a que se nos hubiera sometido, se habría visto que aquella cultura era de escaparate, como tenía que ser, pues en tan temprana edad es imposible sistematizar el conocimiento. Pancha quería que sus discípulos se lucieran y aquel era un recurso que no podía fallar fallar.

A mediados de 1891, el padre de aquella

buena maestra resolvió irse a otro lugar de Texas porque en Encinal se había puesto muy dura la vida. Se clausuró la escuela mexicana y nuestros padres resolvieron ponernos a Aurora, a Julia y a mí en la escuela norteamericana del Condado. El hecho de estudiar en inglés me llenó de pánico y cuando se me inscribió en el nuevo plantel me puse a llorar inconsolablemente. Casi todos los niños me eran extraños, y aunque el alumnado era más numeroso que en la escuela de Pancha Salas, me sentía más solo y con el temor de ser hostilizado. A la edad de ocho años, iba a entrar en una cultura que no era la de mi pueblo ni la de mi raza.

LA ESCUELA NORTEAMERICANA DE ENCINAL

El primer contacto con los niños de Estados Unidos me produjo una sacudida sentimental muy fuerte, porque advertí en un instante, el desprecio con que trataban a mis compañeros de raza. Debo decir con franqueza que los mexicanitos de Encinal provenían de clases medias o bajas, y que probablemente habrían sido discriminados también en cualquiera escuela de la Capital de nuestro país; pero lo que más me dolía era que su inferioridad social fuese atribuída al hecho de ser mexicanos.

Desde luego, la discrinación no se extendía a Aurora ni a Julia ni a mí, porque teníamos la piel blanca y los ojos claros. Las pupilas de Julia tienen un matiz especial y cambiante que oscila entre el gris y el verde, mientras que las de Aurora y las mías son francamente azules. Además, nuestra madre ponía especial empeño en que anduviéramos bien vestidos y perfectamente aseados. Finalmente, éramos los hijos del jefe del establecimiento comercial más importante de la comunidad y eso contribuía a colocarnos en el plano más alto de la aldea. En vista de estas circunstancias, los americanitos se empeñaban en decirnos que nosotros no éramos ni podíamos ser mexicanos. Y se sorprendían de que Aurora, Julia y yo, en lugar de agradecer la distinción, la rechazábamos con

energía para reclamar nuestra mexicanidad. Trataban de convencernos de que éramos "Spaniards" es decir, españoles, y no podían explicarse nuestra terquedad de adherirnos a algo que ellos reputaban sucio, mal oliente e inferior.

En los primeros días, yo no hablaba una palabra de inglés; pero como los americanos podían expresarse en español, nos entendíamos perfectamente. Poco tiempo después, Miss Fluehart, nuestra maestra advirtió que Aurora y yo sabíamos multiplicar y dividir y teníamos además algunos conocimientos geográficos, y nos colocó en un curso especial mientras aprendíamos el idioma. Al cabo de unas cuantas semanas entendíamos todas las explicaciones de nuestra maestra y se regularizó nuestra educación. Aunque ya podía yo expresarme con facilidad en inglés, me empeñé en no hablarlo fuera de las clases para que el alumnado se acabara de enterar de que yo era y seguía siendo mexicano. Mis compañeros Roy Jordan, Dent Cobb, Don Morrison, etc., etc., tenían que hablarme en español para que yo consintiera en conversar con ellos. Hoy comprendo que esta actitud recalcitrante llegaba hasta la necedad; pero lo curioso fue que cuando papá se enteró de que yo no quería hablar el inglés, no hizo el menor comentario ni me aconsejó que fuese más dúctil y armonioso en mi trato con los niños norteamericanos. Probablemente vio en mi absurda terquedad, una resistencia a ser absorbido por la formidable nación que se traga en unos cuantos años a todos los que residen dentro de su vasto territorio. A aquel empeño de hablar en español, únicamente en español, se debe que yo no pueda expresarme en in-

glés con la fluidez y la facilidad que debí haber adquirido.

A pesar de mi nacionalismo irreductible y cerrado, no tardé mucho en comprender que la escuela norteamericana era muy superior a la modesta en donde había iniciado mis estudios. Los libros de texto, impresos en magnífico papel y con grabados explicativos, facilitaban la comprensión rápida de su contenido. Los análisis gramaticales estaban expuestos en gráficas que obligaban a diferenciar los sustantivos de los adjetivos. Los esquemas facilitaban la anatomía de las frases, y de esta manera la gramática que en las clases de Pancha Salas me inspiraba horror, resultaba muy fácil de estudiarse y aprenderse en la escuela norteamericana.

En cuanto a la aritmética, que siempre me había gustado, me resultó mucho más atractiva en los textos ingleses porque en ellos, tras de exponerse los axiomas y los teoremas, venía la aplicación práctica y convincente. Y por lo que toca a la geografía, era un encanto estudiarla por la profusión de mapas en donde se veían con claridad meridiana, las divisiones de los países, las cuencas de los ríos y las cadenas de las cordilleras. Si esta asignatura me fascinaba, no sucedía lo mismo con la historia de los Estados Unidos, por la razón de que los orígenes de la vida norteamericana no eran tan pintorescos ni tan dramáticos como los de México, sobre todo si se considera que estos últimos me llegaban amplificados y magnificados por la fantasía amorosa de mi papá: ¿Cómo podía compararse el romance de Pocahontas con el idilio de Hernán Cortés y la Malinche? Es imposi-

ble encontrar en las crónicas de los aborígenes norteamericanos algo que pueda igualar a Netzahualcóyotl, a Cuitláhuac y sobre todo a Cuauhtémoc.

La historia de la Colonia de John Smith en Virginia me resultaba aburrida, y más aburrida aún, las Colonias de los puritanos en Plymouth, de los holandeses de New York y de los cuáqueros que trajo William Penn a Pennsylvania. En cambio cuando estudié "la guerra revolucionaria" (así se llama en los Estados Unidos a la lucha por la Independencia) me interesé vivamente por el desenvolvimiento de los sucesos que me pareció admirable. Era la primera vez que estudiaba un fenómeno histórico de manera sistemática y me sedujo la figura impecable de Jorge Washington. También me enamoré del Marqués de Lafayette, al cual atribuyen los textos escolares del país vecino, una importancia mucho mayor de la que realmente tuvo. Como entonces yo era un niño, no sabía lo que era un hombre de Estado y consiguientemente, no podía medir la grandeza de Thomas Jefferson, ni la de Alexander Hamilton ni mucho menos la del juez John Marshall.

Más todavía que la pugna por la independencia me interesó la Guerra Civil de los Estados Unidos, y aunque comprendía que la razón y la justicia estuvieron siempre del lado del Presidente Lincoln, me simpatizaron mucho más que Grant, Sherman y Sheridan, los grandes capitanes del sur, especialmente los generales Robert E. Lee y "Stonewall Jackson". Es posible que esta preferencia sentimental obedeciera a que el libro de texto lo había escrito un historiógrafo "confede-

rado" que presentaba a los caudillos de su causa, ennobleciéndoles sus perfiles; pero lo más probable es que los derrotados me atrajesen más que los vencedores, precisamente porque el destino les había sido adverso. Se trata de una inclinación de mi organismo más poderosa que la razón. En la guerra de Troya, me conmueve más Héctor que Aquiles; y en las Guerras Púnicas, me subyuga mucho más la personalidad de Aníbal que la de Escipión el Africano.

Y ahora voy a referirme al capítulo que más me torturó, o sea el de la Guerra de los Estados Unidos contra México. Pancha Salas me había enseñado que los mexicanos eran insuperables en la pelea, y mi padre, no sólo había confirmado esta apreciación, sino que la había vigorizado con entusiamo ultrapatriótico. De pronto, tropezaba con una historia extranjera, la primera que leía, y me enteraba de que en la tragedia de 1847, México no ganó una sola batalla. La trepidación que me sacudió fue terrible, me pareció absurdo que aquello pudiera ser cierto, y acudí a mi padre para que me sacara de aquella duda martirizante.

¡Pobre Don Nemesio! ¡Lo que debió haber sufrido al tener que explicarme las causas de nuestra derrota! Me dijo que la lucha había sido desigual porque mientras los soldados norteamericanos iban muy bien equipados, a nuestros "juanes" les había faltado todo. Y me repitió una vez más las palabras del General Anaya en Churubusco: "Si hubiera parque, no estuviera usted aquí". Y también me relató nuevamente que los Niños Héroes de Chapultepec supieron morir cuando apenas salían de la infancia; y muchas otras cosas más,

pero todas ellas dejaban en pie la derrota, aquella derrota que me avergonzaba y me humillaba. El texto de historia tenía un mapa de los Estados Unidos a colores: con un color se mostraba la extensión territorial del país, cuando se había hecho independiente; con otro color se exponía lo que creció la nación con las compras de Louisiana y Florida; y finalmente, otro color comprendía lo que se le quitó a México en 1836 y en 1848. Aquel mapa se imprimió en mi conciencia como una mancha trágica, una mancha que caía sobre mi patria, una patria que siempre había imaginado impoluta e irreprochable. Me pasó lo que a aquel personaje de Paul Bourget que estaba seguro de pertenecer a una familia ejemplar, y que de pronto al revisar los archivos de su estirpe, se encontró con documentos reveladores de un abolengo sucio. Sin conocer entonces el soneto inmortal de Argensola, podía exclamar melancólicamente:

"¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!"

Todos los niños de México sufren intensamente cuando se enteran de la guerra con los Estados Unidos y de sus funestos resultados; pero para aquellos que nos educamos en Texas o en Arizona, en Nuevo México o en California, el sufrimiento es mil veces mayor porque palpamos nuestra desgracia en libros escritos por los vencedores quienes para darle mayor relieve a su victoria, exageran las proezas de sus soldados y empequeñecen y ridiculizan a los vencidos. Para que fulgurasen mejor las estrellas de la bandera norteamericana, se intensificaban las sombras, y las sombras éramos

nosotros. Y lo que más me dolía en la escuela era que mis compañeros de clase se regocijaban con aquellos relatos y me miraban con piadosa consideración.

Todo esto debe haber pasado en 1893. Yo creí que había dado el trago más amargo; pero me equivoqué, porque en el año siguiente iba a sufrir con sorbos más humillantes todavía. En efecto, nuestra maestra de 1894 fue Miss Bee Thomas, muy inteligente y capaz, pero que en relación con las cosas de Texas, era más "chauvinista" que el propio General Boulanger. Por tal causa, nos puso a estudiar un libro de Miss Anne Pannybacker que se llamaba "Our State" (Nuestro Estado) en el que se presentaba a Sam Houston como un nuevo Milcíades y a Crockett, Travis, Bowie y demás víctimas del Alamo, como superadores de Leónidas y los trescientos espartanos que se sacrificaron en el desfiladero de las Termópilas. En cambio, exhibía a Santa Anna y a Arista, a Ampudia y a Filisola como unos cobardones que les bastaba oír un tiro para ponerse a correr. Pero lo peor de todo era la interpretación torcida y falsa que le daba a la insurrección de los colonos en 1836. Según aquel malhadado texto, los texanos agobiados y doloridos por la tiranía de México, se habían resuelto a romper el yugo y a proclamar su independencia por la cual lucharon con heroísmo ejemplar, hasta conseguirla.

Volví a acudir a mi padre para que me quitara la angustia, o cuando menos, me la aliviara, y en esta vez, don Nemesio fue más claro y explícito en sus explicaciones. Comenzó por decirse que ni Houston ni Travis ni Crockett habían nacido en

Texas, ni siquiera acreditaban una residencia larga en ese territorio. Todos ellos eran ciudadanos de los Estados Unidos y se habían introducido, no para colonizar sino para segregar. En resumen, se habían metido en casa ajena para corresponder a la hospitalidad generosa, quitándole a México aquellas tierras y anexándolas a la Unión Norteamericana. El permiso para colonizar Texas —agregó mi padre— no lo dio nuestro país, sino el régimen virreinal, cuando ya se encontraba en agonía. Así pues, en el momento en que México consumó su autonomía, se encontró un puñado de extranjeros incrustrado en su territorio, a dos mil kilómetros de la capital de la República. La lejanía del centro impedía a los gobiernos tener dominio real sobre Texas, y por lo mismo no había posibilidad de establecer una tiranía inaguantable. Así pues, aquellas gentes se rebelaron contra México porque a eso habían ido a Texas. Declararon su independencia sabiendo de antemano que no tenían el prestigio ni la fuerza moral para constituír una nación autónoma. Aquella independencia fue postiza, falsificada y no puede tomarse en serio. Y agregó mi padre con voz amarga que después de sesenta años me parece estar escuchando:

"Los Estados Unidos querían apoderarse de estas tierras y para que no se les acusara de ser conquistadores, acudieron al expediente fácil de ayudar a unos supuestos ciudadanos que pugnaban por obtener la supuesta independencia de un supuesto país. Sam Houston era el primero en saber que él no era texano y por lo mismo, carecía de todo derecho para reclamar, no digamos

la independencia pero ni siquiera la ciudadanía. Si no estaba contento, lo decente habría sido salirse y no corresponder a la hospitalidad que le brindaba una casa ajena con ingratitudes y felonías. Y luego, cuando se hubo consumado el abuso, y aquellas gentes pidieron que Texas fuese admitida en la Unión, ésta sabía perfectamnte que los peticionarios carecían de personalidad jurídica para ofrecer a los Estados Unidos lo que no era ni nunca había sido suyo. Desgraciadamente, el Congreso de Washington aceptó la ficción y se hizo cómplice de la inmoralidad porque le convenía extender, sin costo alguno, el territorio del país. Frente a combinación tan burda y tan sucia se siente un gran consuelo al recordar que varones tan esclarecidos y tan honestos como Henry Clay y Abraham Lincoln, levantaron su voz de protesta contra aquella anexión fincada en el despojo".

Y terminó don Nemesio con las siguientes palabras: "la mejor prueba de que la lucha texana por la autonomía política fue una farsa, la suministraron los mismos adversarios de México que unos cuantos años después, se declararon incapacitados para la vida independiente y solicitaron que Texas fuese admitida en la Unión Americana. Eso de que un país autónomo pida convertirse en provincia subordinada, es tan absurdo como que un mayor de edad reclame que se le ponga bajo el cuidado y la vigilancia de un tutor. La historia humana no presenta un solo caso de nación soberana que haya renunciado .voluntariamente a su soberanía ¿por qué? Sencillamente porque nadie vuelve al yugo después de haber saboreado la libertad. Los texanos volvieron y por

ese solo acto formularon su propia condenación. Porque si ellos mismos consideraban que Texas no era mayor de edad en 1845 (cuando entró a formar parte de los Estados Unidos) menos pudo haberlo sido diez años antes, cuando rompieron lanzas con México". Escuché lo anterior muy atentamente, le pedí a mi papá que me explicara aquello que no entendía, pues mi edad era apenas de 11 años, y acabé por asimilar sus sólidas razones en favor de México. Y ya con aquel acopio de argumentos, me enfrenté con mis compañeros de clase y les expliqué aquella lección que me había aprendido de memoria. No me pudieron contestar y acudieron a Miss Bee para que ella se encargara de la respuesta. La maestra, sin exaltarse, me pidió que expusiera mi punto de vista y no hubo remedio, le repetí todo lo que traía adentro, aunque dulcificando mis expresiones para no faltarle al respeto. Ella me escuchó con serenidad y tras de confirmar el punto de vista texano, les recomendó a los demás discípulos que respetasen mi criterio. Esto me llenó de orgullo y acrecentó mi devoción por aquella maestra de la cual conservo un gratísimo recuerdo.

Al día siguiente, Miss Bee se encontró casualmente con mi padre y le contó lo que sucedió en su clase, y enseguida le preguntó por qué me estaba infiltrando un criterio antitexano, cuando lo más probable era que terminase mi educación en los Estados Unidos, y me quedase a vivir, y hasta me hiciera ciudadano norteamericano. Don Nemesio le contestó que aunque él era un desterrado voluntario, no quería que sus hijos también lo fueran y que por eso se consideraba en la obligación de

fortalecer mi mexicanidad. Miss Thomas le dijo entonces: "well, he may be right, he may be wrong, but there is no question about his personality. He proved yesterday that he is a fighter", y con una amable sonrisa, le puso un punto final al incidente.

Conste que al relatar este episodio escolar, no trato de exhibirme como un niño heroico que en un ambiente hostil, se puso a defender a la patria, pues repito que las discriminaciones odiosas que todavía existen en Texas, no rezaban con mis hermanas ni conmigo. Para nosotros tres, no había restricciones ni cortapisas, pero es casi seguro que si yo hubiera sido "prietito" ni siquiera se me habría brindado la oportunidad de abrir los labios.

Desde entonces a acá, los Estados Unidos han progresado extraordinariamente, en el terreno pedagógico y supongo que ya no se enseña a los niños la mentira "Chauvinista" que tanto me hizo sufrir en mi niñez. Después de que se publicaron las "memorias" y los documentos íntimos del Presidente Polk, sería una iniquidad conservar en las escuelas, textos como el de Miss Anne Pannybacker, que en una guerra de despojo, exculpa a los despojadores y fulmina anatemas sobre los despojados.

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA ESTETICA

Al término del año escolar, le fue ofrecida a miss Bee Thomas una plaza de maestra en la ciudad de Laredo, lo que significó para ella un notorio ascenso en su carrera de educadora. Todos los discípulos lamentamos hondamente su ausencia, pues bajo su dirección y guía nuestros espíritus se habían ensanchado. Fue sustituída por miss Marie Wellhausen, de origen alsaciano y muy orgullosa de su abolengo latino. Por lo mismo, nos vió a mis hermanas y a mi con afectuosa simpatía.

La nueva maestra amaba las Bellas Letras y fue la primera en iniciarnos en la devoción por el Arte. Ella fue antes que nadie, la que impresionó mis oídos con el nombre de William Shakespeare, y luego, trazó el boceto de aquella gigantesca personalidad. A grandes rasgos, nos presentó los argumentos de "Hamlet" "Macbeth" "Romeo y Julieta', "Otelo", "La Tempestad", etc., etc., y luego nos explicó aquella técnica de milagro que le permitía al trágico insigne, delinear los caracteres de sus obras, con unas cuantas pinceladas. Enseguida, nos leía el monólogo de "Ser o no Ser", o la irónica oración de Marco Antonio, en los funerables de Julio César, o cualquier otro trozo lírico del Cisne de Avon.

Naturalmente, nosotros no estábamos en edad de estimar íntegramente la belleza de estos dechados, pero sí nos arrullaba el ritmo de los versos inmortales. Además, Shakespeare ofrece en "La Tempestad" y en el "Sueño de una Noche de Verano" muchas escenas cautivadoras que seducen a los niños. Miss Marie nos las explicaba con entusiasmo, y con aquellos vivos comentarios, comencé a peregrinar en las rutas de Apolo. Como detalle curioso, debo confesar que le rendí reverencia a Shakespeare, muchos años antes de doblar la rodilla ante don Miguel de Cervantes Saavedra.

También procuró Miss Marie ponernos en contacto con Ben Johnson, John Dryden, Joseph Addison y Jonathan Swift, pero solo consiguió interesarnos por el último, cuyos cuentos de Gulliver nos embelesaban aunque sin percibir en ellos, la intención satírica del cáustico autor. En cuanto a valores norteamericanos, nos esbozó la silueta de Poe, de Emerson, de Bryant, de Whittier y de Longnfellow. Del primero, logró que la composición The Bells, por sus efectos onomatopéyicos, nos causara una agradable impresión. Pero lo que nos conmovió más hondamente fue la novela "Ivanhoe" de Walter Scott, que fue la que realmente cautivó nuestra imaginación infantil, y nos echó a volar por encima de las nubes. Han pasado casi 60 años y aún recuerdo con emoción, aquella entrada nuestra en un mundo desconocido, un mundo lleno de sortilegios y de fascinaciones.

Para aquella maestra, no pasaba inadvertida la profunda huella que iba dejando en mi



MISS MARIE WELLHAUSEN,
(ahora Mrs. M. W. Young)
— que era maestra en Encinal —

espíritu, todo lo que se relacionaba con el Arte. Por lo mismo, cuando hacía la exégesis de un verso o subrayaba una metáfora fulgurante, se dirigía a mi especialmente, dando a entender que yo era el discípulo que mejor la comprendía. Yo era entonces un niño de doce años, que solo entendía a medias, el sentido de los versos, como a medias también se ven todas las cosas cuando comienza a amanecer; pero ella ponía empeño especial en despertar mi espíritu, en exaltar mi fantasía, en precipitar la aurora de mi adolescencia.

Esta evidente predilección se confirmó luego, cuando salí triunfante en un "spelling contest" (concurso de deletreo) en el que participaron todos los alumnos de la escuela. A fin de que mis lectores comprendan de lo que se trata, debo comenzar por decirles que el deletreo de las palabras, es mucho más difícil en la lengua inglesa que en el idioma castellano. Entre nosotros, la prosodia marca la ruta de la ortografía, y los únicos errores obedecen al mal empleo de las siguientes letras: g, j, s, c, z, ll, e, y griega, En inglés no existen esas relaciones estrechas entre la ortografía y la prosodia, y por lo mismo, se genera la confusión muy frecuentemente. La palabra "Houston" (por ejemplo), se pronuncia "jauston" en New York y "jiuston" en Texas. El diptongo ow se pronuncia unas veces 'au' y otras veces "iu". Los nombres Gloucester y Worcester tienen una fonética en Inglaterra, y otra en los Estados Unidos. Así pues, para tener una ortografía correcta, hay que aprenderse de memoria el "spelling book".

Como mi poder retentivo no era malo, no me resultó muy difícil aprender a deletrear las palabras más revueltas y enmarañadas, aquellas cuyos sonidos no concuerdan con los signos gráficos. Conste que ya no me enorgullesco de mi retentiva, pero entonces, si me producía la mayor satisfacción sobresalir en "spelling".

Aquel torneo se llevó a cabo de esta manera: la maestra proponía una palabra difícil y se iban eliminando aquellos que no la sabían deletrear correctamente. El grupo de los concursantes se fue reduciendo, hasta que solo quedamos Roy Jordan y yo, como únicos competidores. Tras de salir avantes de muchas pruebas, la maestra propuso la palabra "knowledge" y mi rival se equivocó al deletrearla. Miss Marie se dirigió a mi, y yo enumeré todas las letras sin incurrir en error. La maestra declaró que yo era el vencedor y les dijo a los alumnos norteamericanos que debían sentirse avergonzados, porque un "Spanish speaking boy" los derrotaba en el dominio del inglés.

Como es fácil suponer yo salí de aquel torneo hinchado de vanidad y suficiencia y conté en mi casa la proeza que había realizado. Mi padre se enteró con gran alegría, y me preguntó el significado de la palabra "knowledge". Nunca se me había ocurrido averiguarlo, y por lo mismo, tuve que confesar que ignoraba lo que este término quería decir. Papá, mamá y mi hermano Arturo se rieron con excelente buen humor, y el último me dijo en inglés: "so you don't, know what knowledge means". Yo quedé desconcertado pues mi triunfo era como el de los

348 W. Hampton Av.
Spartanburg S.C.
January 22, 1948

Dear Nemesio,

Permit me to offer my congratulations to you on your outstanding contribution to Mexico and the world during the past 50 years through your literary and civic achievements.

I feel that it was an honor to have known you at Encinal and remember you as a youth of remarkable intelligence not afraid to express your honest opinion of your convictions.

My niece Ethel Matthews and Alice Burkholder sent me the lovely papers and was as elated as I to learn the news of your honors so justly deserved.

Am sending this to [illegible]

[illegible]

Autógrafa de una carta de la maestra de Encinal

ogers you will need no more
pecific address in fact Mexic
ould suffice.
Am told he advised some one
in Egypt to address a letter
to Will Rogers U.S.A.
With kindest regards to
ou and your attractive
family I am
sincerely
Marie Williamson
(Mrs M. M. Young)

pericos que no saben lo que están diciendo. Consulta en el diccionario -me dijo cariñosamente papá- y fue allí en en donde me enteré que por una ironía involuntaria, la palabra que yo no conocía era precisamente la palabra "conocimiento". Desde entonces, adquirí la costumbre de averiguar el significado de todas las palabras, y sobre todo, me convencí de que la memoria sin el entendimiento no sirve para nada. Muchos años después me enteré de esta expresión injusta, pero llena de donosura, de don Emilio Casteler: "La memoria es el talento de los tontos". ¡Y quien dijo lo anterior fue un fenómeno de la retentiva.

Este incidente no fue más allá de los muros de mi hogar, y consiguientemente, se mantuvo firme el prestigio que había adquirido en la justa de deletreo. Miss Marie continuó alentándome y estimulándome, para que se manifestara y definiera mi vocación literaria. Algunos años después cuando alguien la enteró de que yo era diputado, profesor universitario y Ministro de Instrucción Pública, ella dijo sonriendo que no le sorprendía aquella carrera mía, hacia la cumbre; y luego, cuando se le habló de mi derrumbabmiento y de que yo, en vez de aceptar mi derrota, continuaba peleando desde San Antonio, contra el régimen que me tenía desterrado, volvió a sonreir y a manifestar que tampoco le sorprendía mi testarudez.

Aquella maestra mía, convertida en Mrs. Young, -un nombre que resulta simbólico, pues ha seguido siendo joven- pasa ahora de los 80 años y reside en un pueblecillo de South Caroli-

na. Cuando supo en enero de 1950, que mis familiares y amigos celebraban el cincuentenario de mi vida periodística, me escribió una carta conmovedora que,. junto con su retrato, mandé enmarcar, a fin de que siempre esté conmnigo. en mi gàbinete de trabajo. Cada vez que veo su figura plácida y serena, me parece que sigue abriéndole rutas a mi espíritu, como aquellas que le abrió hace cerca de 60 años. He aquí su carta:

348 ...Hamten Ave .

Spartaubuy S.Q. U.S.A.

January 22 de 1950.

Dear Nemesio:

Permit me to offer my congratulations to you on your outstanding contribution to Mexico and the world during the past 50 years through your literary and civic achievements.

I feel that it was an honor to have known you at Encinal and remember you as a youth of remarkable intelligence not afraid to express your honest opinion of your convictions.

My nieces Ethel Matthews and Alice Burkholder sent me the Laredo News Papers and were as elated as I to learn the news of your honors so justly bestowed.

I am sending this to the City of México as like Rogers, you will need no more specific address, in fact México would suffice.

I am told he advised some one in Egypt to adress a letter to Will Rogers U.S.A.

With kindest regards to you and your atractive family I am

Sincerely.

Marie Wellhausen Young

(Mrs. M. W. Young)

De este precioso documento, lo que más me enorgullece y halaga es el segundo párrafo que me permito traducir libremente al español: "Siento que fue un honor haberte conocido en Encinal, como un niño de notable inteligencia, que no sentía miedo de expresar sus honradas convicciones". La traducción es muy libre, pero afortunadamente, arriba está la versión original que esclarece todas las dudas. Al hablar de mi falta de timidez, para expresar mis opiniones. Miss Wellhausen se refiere a la protesta que yo formulaba siempre contra los textos texanos que arrojaban sobre México, la responsabilidad de la guerra de 1847. Porque si yo, con Miss Bee Thomas, me había atrevido a exponer la tesis mexicana, con Miss Marie Wellhausen fui mucho más osado para explayarme con aplomo y confianza. Y ella, que tenía un espíritu más amplio y universal que Miss Bee, en vez de ponerles trabas a mis desahogos patrióticos, los estimulaba con una generosidad que nunca acabaré de agradecer.

Como se vé, la presencia de mis hermanas Aurora y Julia, y la mía propia, en aquella escuela lugareña de Encinal, sirvió para que nuestros compañeros anglosajones no fuesen tan herméticos ni tan cerrados, como tenían que serlo aque-

llos que asimilaban la historia de miss Anne Pannybacker, sin hacerla pasar por el tamiz de una crítica, que, aunque embrionaria, contribuía a depurar y a definir la verdad. Y en cuanto a los otros niños, a los mexicanitos que asistían a la misma escuela, recuerdo conmovido que se acercaban a nosotros, para guarecerse un poco de los rigores infames de la discriminación.

LA IGLESIA DE LA ALDEA

Los moradores de Encinal no podían ser más humildes: los mexicanos se dedicaban a trabajar como peones agrícolas o como vaqueros en los ranchos aledaños. Con los salarios, aunque muy pobres, satisfacían sus necesidades materiales y se conformaban con vivir al día. En cuanto a los norteamericanos, aunque mejor recompensados que nuestros compatriotas, se hallaban muy lejos de la opulencia. El ambiente de la aldea era el de cualquier película del West.

La tienda mejor y más surtida era la de Mr. Mac Donald, la que luego compró Mr. John Pfeiffer y que fue manejada por mi padre hasta 1891, en que se estableció por su propia cuenta y, como como era de esperarse, absorbió toda la clientela mexicana. Las otras dos tiendas eran la de Johnson & Wimbish y la de los hermanos Breeding. Había una cantina que era atendida por su propietario Mr. Spindle y una posada que se permitía el lujo de llamarse hotel, en donde pasaban la noche los agentes viajeros que llegaban de San Antonio a abastecer de mercancías, a los citados establecimientos comerciales. La pequeña comunidad contaba con un carpintero, un herrero, un carnicero y un panadero. El único médico era el doctor Spohn, que casi siempre se hallaba ausen-

te, pues como su principal medio de vida era el negocio de ganadero, no le prestaba mucha atención a la práctica de la medicina. Por consiguiente, los trastornos digestivos se curaban con purgas de aceite de ricino o de sal de higuera; y las calenturas con sulfato de quinina; y los dolores de muela, con un específico de patente que se llamaba "Wizard Oil" (aceite del brujo) que medio adormecía la boca, pero que no suprimía el sufrimiento. Me basta recordar los dolores de muelas en mi infancia para que en un momento vea en toda su desolación, aquella existencia embrionaria y sin elementos para defenderse de los zarpazos de la Naturaleza.

Si se podía vivir materialmente, todo faltaba para el cultivo del espíritu. No habia ningún templo, y, por lo mismo, no se practicaba ningún culto religioso. Y como todos los mexicanos —dígase lo que se quiera— necesitaban de la Iglesia, como la planta trepadora necesita de un muro para apoyarse y crecer, comenzó a manifestarse el anhelo de tener un sitio dedicado al éxtasis y a la oración. Y como aquellas buenas gentes no daban un paso sin ver a mi padre para que los apoyara y condujese, fueron hacia él para pedirle que los ayudase en la tarea de construír el templo anhelado...

Don Nemesio era francmasón, liberal, creyente de la Reforma y adorador de Juárez, y consiguientemente, no llevaba relaciones íntimas con los clérigos; pero como su espíritu era amplio, y más amplia aún su comprensión de la naturaleza humana, les ofreció iniciar una suscripción entre los hacendados que se aprovisionaban de víveres

en su tienda, para reunir los fondos que requería la construcción. Se colectaron doscientos dólares y pico, pero eso no bastaba para la erección de la capilla, aunque fuese modestísima. Y entonces mi padre les sugirió una "kermesse" o una función teatral, y que el producto íntegro se destinara a la obra. Obedeciendo a esta indicación, un grupo humilde comenzó a estudiar la comedia "Flor de un Día", de don Francisco Camprodón, un escritor ripioso y romanticón que hizo llorar a los auditorios a mediados del Siglo XIX. Cuando aquellos aficionados al teatro, creyeron estar preparados para presentarse en público, invitaron a don Nemesio para que asistiera a un ensayo y les diese el "visto bueno".

Aquella prueba resultó fatal. Los aprendices de actores lanzaban gritos estentóreos y hacían ademanes epilépticos, con lo que suponían intensificar el drama. Frente a aquel desastre, mi padre les dio algunos consejos que resultaron inútiles, porque los declamadores no renunciaban a los efectismos exagerados que a juicio de ellos, tenían que producir una impresión patética.

Entonces, los invitó a ensayar en nuestra casa, para irles quitando poco a poco, las entonaciones ridículas y las convulsiones grotescas. Y se improvisó como director de escena. Mi tío Gregorio que por aquel tiempo fue a visitarnos a Encinal, decía muriéndose de risa: —"Mi hermano no tiene remedio, se ha metido a civilizador y le va a ir peor que en la política".

Sin embargo, se equivocó en su apreciación escéptica, pues a las dos o tres semanas, la obra fue llevada a escena. Cuando recuerdo a aquellos hu-

mildes lugareños sobre el tablado como hidalgos y marqueses, me tengo que inclinar con reverencia ante la memoria de su educador. Algunos norteamericanos que por curiosidad asistieron a la función, salieron pasmados y sin explicarse el milagro de aquella transformación.

Deducidos los gastos, aquella función produjo una ganancia líquida de un poco más de 50.00 dólares, lo que se consideró como un triunfo sensacional. Estimulados por aquel resultado que se considerable espléndido, los aficionados resolvieron representar "Espinas de una Flor" —segunda parte de "Flor de un Día",— y "Los Lazos de la Familia", un culebrón romántico de don Luis Mariano de Larra, quien no heredó el genio de Fígaro, su ilustre padre.

El producto de estos espectáculos, sumado a lo que se había reunido antes en colectas, ascendió a un poco más de 400.00 dólares que papá le envió al Obispo don Pedro Verdaguer que había trasladado la sede de su Diócesis, de Corpus Christi a la ciudad de Laredo, Texas. El prelado le contestó dándole las gracias y anunciando su próxima visita a Encinal. Nuestra casa humilde se preparó para recibirlo como merecía un huésped tan distinguido. El hombre, que decía ser pariente de Mosén Jacinto Verdaguer, era orgulloso y autoritario y no hizo buenas migas con mi padre; pero de cualquier modo se le dispensaron todas las atenciones y cortesías que reclamaba su alta investidura. Se instaló un altar modesto en la sala de nuestra residencia, y allí se dijo la primera misa que se oyó en Encinal, que fue también la primera que oí en mi vida.

A la suma reunida en Encinal, se agregó el producto de una colecta hecha en Laredo por el Obispo, y se construyó una capillita sencillísima de madera de pino, y al lado, una casita más humilde aún para el sacerdote. Tan pronto como estas construcciones estuvieron terminadas, volvió el Obispo Verdaguer a Encinal, y fue hospedado nuevamente en nuestra casa. Lo acompañaron las familias más católicas de Laredo, o sean las de don Juan Leyendecker, don Raymundo Martín, don Francisco Farías, don Cristóbal Benavides, don José María Rodríguez, etc., etc. La ceremonia de la bendición fue solemnísima. Se cantó una misa majestuosa y todo el pueblo estaba conmovido. Por lo que a mí toca confieso que los ritos me produjeron una impresión muy honda, casi tan honda como la que recibí 35 años después, al ver oficiando en la Basílica de San Pedro, al Pontífice Pío XI, en la misa triunfal que se cantó, para proclamar la canonización de Don Bosco. Como nota curiosa, recuerdo que uno de los tres monaguillos que ayudaron a la misa, fue Gonzalo Farías, que muchos años desués contrajo matrimonio con mi hermana Julia. Al verlo entonces con su vestidura roja de acólito, me pareció que formaba parte de una humanidad superior.

El cura nombrado para conducir aquella feligresia, fue don Luis G. Plana, un catalán que salió de su provincia sin conocer el resto de España, pues casi no podía expresarse en castellano. A diferencia del Obispo, era muy sencillo y modesto y quiso mucho a mi padre. Con frecuencia comía en nuestra casa, pues en Encinal, no tenía otro lugar a donde ir. En un principio, hablaba y ha-

blaba con vehemencia catalana, sin que nosotros entendiéramos una jota de lo que él quería expresar. Se puede decir que fue conversando con mis padres, como se inició en el idioma de Cervantes. Quien más intimó con él, fue mi hermano Arturo que después de la jornada de trabajo, lo iba a visitar para jugar con él, una partida de ajedrez.

Al poco tiempo de funcionar aquella parroquia surgió un incidente que le causó muchas amarguras a aquel sacerdote virtuoso y ejemplar. Un matrimonio de Encinal invitó a papá y a mamá para que fuesen padrinos de bautismo de un hijo que les acababa de nacer. Se preparó la ceremonia, y, repentinamente, recibió mi papá una carta del padre Plana, en la cual le decía que no podía admitirlo como padrino, porque acababa de enterarse de que era francmasón, y como tal, debía hacer una abjuración pública de sus errores. La carta reflejaba en cada línea, la mortificación y la pena del signatario; se adivinaba que había recibido la orden episcopal, y que se veía obligado a cumplirla.

Papá le contestó que no se mortificara por aquel incidente, y que ya les iba a decir a los padres de la criatura, que escogieran otros padrinos para el bautizo de su hijo; pero sucedió que el papá del niño se indignó por aquella exclusión, y le fue a decir al padre Plana que si don Nemesio no era el padrino, su hijo se quedaría sin bautizar. Otros feligreses que también querían ser compadres de papá tomaron la misma actitud, y casi no se efectuaba ningún bautizo en el templo. Ante la rebeldía pasiva, el sacerdote hizo un viaje a Laredo para tratar el asunto con el Obispo Verda-

guer.

¿Qué fue lo que le dijo? Probablemente le recordó que en nuestra casa se había dicho la primera misa de Encinal; que mi padre había trabajado mucho para la construcción de la iglesia y sobre todo, que los mexicanos del pueblo lo miraban como su conductor y guía; tal vez añadió que don Nemesio había mandado a su hijo Arturo al Colegio de Santa María, de San Antonio, y que tenía a su hija Aurora internada en el Convento de las Ursulinas de Laredo; quizás esgrimió otros argumentos en su favor. El caso fue que al regreso de Laredo, antes de ir a su Curato, se dirigió el padre Plana a la tienda de papá, y le dijo con una alegría que llegaba hasta las lágrimas: don Nemesio, puede usted ser padrino cuantas veces quiera. Mi padre lo abrazó cariñosamente y le dijo con notorio buen humor: —Prepárese padre, porque vamos a bautizar niños al por mayor.

Y en efecto, mamá y él llevaron a casi todos los que habían nacido en los últimos meses, a la pila bautismal. El Obispo Verdaguer no entendía a don Nemesio; pero yo estoy seguro de que los franciscanos y los dominicos del Siglo XVI, que evangelizaron el nuevo mundo, sí lo habrían entendido. ¡Y también lo habrían amado!

EL ULTIMO CAPITULO DE ENCINAL

El 8 de marzo de 1896, cumplí 13 años de edad, y en la fiestecilla que celebré en mi casa, para conmemorar mi natalicio, mi padre me anunció que dos meses después, al terminar mi "grammar school", continuaría mis estudios en el Instituto Felipe Naranjo de Lampazos, que llevaba el nombre de mi abuelo materno, porque él había sido su constructor y fundador. Agregó papá que sólo iba a permanecer un año en la ciudad de mi nacimiento, pues yo necesitaba un puente para regularizar mi educación en español y quedar listo para inscribirme en septiembre de 1897, en el Colegio Civil de Monterrey.

Posteriormente, me enteré de que fue el ingeniero Miguel F. Martínez —que entonces era Director General de Educación Primaria en Nuevo León— quien le había aconsejado aquel itinerario espiritual. Iban a cambiar por completo los panoramas de mi inteligencia, y lo que procedía era que el cambio se efectuase sin sacudidas ni trepidaciones. "Afortunadamente —le había escrito don Miguel— se encuentra al frente de la escuela lampacense un magnífico maestro, y yo le voy a recomendar este caso excepcional. "Le preocupaba al gran educador regiomontano que un niño familiarizado con los planteles de Estados Unidos sintiera desilusión y desaliento en las escuelas de

México. El sabía que los libros de texto y el equipo escolar, aún en las aldeas de Yanquilandia, eran muy superiores a los de nuestro país, y así se lo manifestó a mi padre; pero ya don Nemesio había trazado la trayectoria de mi vida futura, y persistió en su resolución de que me educara en México a pesar de las objeciones que le formulaban sus familiares y amigos de confianza.

—Pero hombre, —le dijo uno de sus íntimos— parece que te empeñas en ir contra la corriente. Los padres de familia de México, preocupados por la formación espiritual de sus hijos, los mandan a hacer sus estudios en el extranjero. Y tú inviertes el fenómeno, es decir, desde el extranjero, mandas a tu hijo a México, en donde las instituciones de enseñanza son pobres y deficientes. A todos estos argumentos, contestaba don Nemesio que el hombre se debe formar en el país donde va a vivir. Y no se detuvo en su propósito que era en realidad una aventura; después de haberme tenido 10 años fuera de México me iba a repatriar para que me vinculase con mi tierra natal. Un año antes, había hecho lo mismo con Aurora, que estaba internada en el Colegio del Verbo Encarnado, de Lampazos; y un año después, iba a hacer lo mismo con Julia, que también iba a continuar sus estudios en México. Tomen nota de este proceder, aquellos que no tienen fe en los maestros de la Patria.

El sabía —y así me lo anunció— que en un principio, el cambio de ambiente y de horizontes me iba a producir gran confusión y desconcierto; pero esperaba que después de la crisis, mi mentalidad caminaría mejor y más aprisa. Aún me pa-

rece estar oyendo sus nobilísimas palabras: "Si quieres ser un ciudadano de los Estados Unidos, aquí te puedes quedar; pero si tu deseo es ser mexicano, necesitas irte adaptando a tu pueblo. Fuera de él, serás como una planta que vive mezquinamente en una maceta, mientras que al clavar las raíces en tu tierra, te sentirás más libre y tu crecimiento será más exuberante". El quería que fuese poco a poco entrando en el alma de la nación. Un año en Lampazos, 5 años en Monterrey, y los 6 últimos años de mis estudios, en la ciudad de México.

Para mí, aquel plan no podía ser más cautivador. Aunque en el primer tramo del itinerario tropezara con muchos obstáculos, me sostendría la ilusión de los siguientes tramos. Mi pueblo natal sólo iba a ser un escalón para llegar a la capital de mi Estado; y ésta a su vez, otro escalón para ascender a la ciudad de México. Ni la misma escalinata que vio Jacob en sueños por donde subían y bajaban los ángeles podía competir con los peldaños luminosos que prometían conducirme a un destino superior.

A fin de que no llegase a Lampazos, desconociendo por completo la historia y la geografía de México, me fueron comprados libros de texto que se cursaban en el Instituto Felipe Naranjo. Todos eran muy deficientes y me confundieron en lugar de instruírme; pero yo trataba de asimilarlos con el mismo entusiasmo con que Don Quijote, se pasaba los días, de claro a claro, y las noches, de turbio en turbio, leyendo las hazañas fabulosas de Amadis de Gaula y de Palmerín de Inglaterra. Al mismo tiempo, me esmeraba en sacar buenas no-

tas en la escuela de Encinal; trataba de corresponder al programa generoso con que mi padre estaba ensanchando e iluminándome la vida.

Entretanto, mamá se encargaba de los preparativos del próximo viaje. Ella era la que iba a llevarme a Lampazos, y ella también se puso a coser mi nueva ropa interior, que tenía la novedad de ser para un jovenzuelo que iba a usar pantalones largos. Hasta entonces, había llevado medias calzas, pero al salir de Encinal, se iba a transformar mi manera de vestir. Parece imposible que una simple prenda de ropa, tenga tanto que ver en la burilación de un carácter; pero me bastó ver el traje de hombrecito que me iba a poner, para sentirme más importante, más serio y con mayor sentido de responsabilidad. Cuando recuerdo aquellos días, tengo que admitir que la indumentaria no es cosa de forma sino de fondo.

Había llegado a su fin el capítulo de mi vida en Encinal, una vida que, como la de todos los niños que crecen en el campo, había sido tosca y sin refinamiento. Pocos juguetes, pero en cambio, una gran destreza para bailar el trompo y una puntería característica para pegarle a una canica lejana. Los entretenimientos preferidos eran rudos y hasta violentos: carreras y competencias de agilidad y de fuerza; luchar cuerpo a cuerpo; salvar los nopales con brincos audaces, y a veces temerarios; trepar en los mezquites y en los huizaches; fabricar arcos y flechas, tirar con la honda y la resortera; ponerles trampas a los gorriones; matar víboras de cascabel; esos fueron en síntesis los ejercicios de mis primeros años. Nuestra casa se encontraba en la orilla septen-

trional del pueblecillo, y consiguientemente, me bastaba dar unos cuantos pasos para encontrarme en el campo. Por eso, no obstante las siembras estéticas que dejaba caer Miss Marie Wellhausen en los surcos de mi espíritu, me recuerdo a mí mismo, como un niño agreste y montaraz.

Generalmente andaba descalzo para moverme con mayor velocidad y ligereza, y ni en los meses de invierno, me gustaba la protección de los zapatos. Naturalmente, se me formó en las plantas de los pies, una corteza tan dura, que cuando me introducía en los matorrales más intrincados, no me hacían sufrir mucho las púas de los cadillos. Mi mamá trataba de pulirme y suavizarme; pero mi papá estaba convencido de que aquellas costumbres primitivas, me inyectaban vigor y salud, y por eso consentía en que yo rechazara los zapatos, por considerarlos opresivos y estorbosos. Solamente en las ocasiones solemnes, o cuando viajaba en ferrocarril, me sometía al calzado, que se me figuraba una inaguantable tiranía. Por la vida rústica y desenvuelta que llevé entonces, comprendí perfectamente a los indios que no necesitaban de vestiduras para enfrentarse con las inclemencias de los climas extremosos.

Vida llana y sin complicaciones, vida áspera sin artificios ni modales, vida natural en la completa extensión de la palabra; esa fue la que llevé en mi infancia, y probablemente por eso, he podido llegar, con algunas energías, hasta el inevitable crepúsculo de mi ancianidad.

El Trasplante a la Patria

LA TIERRA DE LOS NARANJOS

¿Por qué llamo a Lampazos la tierra de los Naranjos, y no la tierra de los Zuazuas y los Vidaurris? Estoy hablando de la última década del siglo XIX, y entonces el carácter de la población se ajustaba mejor al título de este capítulo. El general Juan Zuazua había muerto un tercio de siglo antes y consiguientemente, la sociedad se había agrupado en torno del heredero lógico de su gloria y su poder. La familia del caudillo de la Reforma seguía figurando en primera línea; pero eran los Naranjos quienes determinaban la orientación y el rumbo de la comunidad.

Lampazos se encuentra muy lejos de parecerse al paraíso terrenal, pues su vegetación es muy pobre y su suelo es de trabajoso y dificilísimo cultivo, ya que no cuenta con más irrigación que la que se digne concederle el cielo. Sin embargo, tiene un manantial -el Ojo de Agua-, en cuyas orillas crecen las anacuas (cerezos silvestres que tienen el nombre técnico de "prunus capali") que producen una fruta de sabor muy agradable. También bordean el risueño lago, las plantas acuáticas que le han dado nombre a la pequeña ciudad. El manantial se descarga en una acequia que serpentea por entre los patios de algunas casas, poniendo a su paso una nota de fertilidad y de frescura. Con este rie-

go se nutren higueras y plátanos, que no obstante ser escasos, alegran un poco la severidad del paisaje.

Lampazos se fundó hace 255 años y durante cerca de un siglo, no pasó de la categoría de villorrio; pero sucedió que a mediados del siglo XVIII, fue descubierto a treinta kilómetros de distancia, en el lomerío de la Iguana, un yacimiento riquísimo de plata. La tradición cuenta que aquella bonanza fue superior a la de la famosa mina "La Valenciana" de Guanajuato, pues el mineral que se extraía, tenía un porcentaje altísimo del metal precioso. No obstante que los transportes de aquel tiempo eran muy lentos, se juntaron en el término breve de seis meses, más de 15,000 gentes, en aquella abrupta serranía. Todos vivían de la mina que parecía un regalo celestial. De pronto, sucedió algo terrible: en un instante dejaron aquellas lomas escuetas de producir plata. El socavón gigantesco quedó vacío, como el de una muela orificada, a la cual se les aca de repente, todo el metal con que se había rellenado. Y más de 15,000 personas quedaron aisladas en aquellas tierras áridas, sin tener con que nutrirse. La dispersión fue dramática, pues lo que había parecido una fuente inagotable de riqueza, se convirtió de la noche a la mañana, en una región árida e infernal, en donde quedarse equivaldría a morirse. Muchas de aquellas gentes fueron a dar al "Ojo de Agua" de Lampazos y así fue como en unos cuantos meses, el pequeño caserío inicial, se transformó en una aldea bien organizada.

Si no fuera por el "Ojo de Agua", el panorama de Lampazos sería tan escueto y desamparado como el de Iguana. Por el oriente, se ve el lomerío áspero y pedregoso por donde no necesitó pasar el corcel de Atila, para que no existan allí ni los misérrimos tamarindos del Sahara. Sin embargo, aquellos cerros pelados, que ni cuando llueve se alfombran de vegetación, me parecieron una cordillera majestuosa, cuando los comparaba con las llanuras monótonas de Encinal. Al poniente, se perfila la Mesa de Catujanos, una eminencia de terreno que no se parece a ninguna otra, porque el plano superior de ella se dibuja en la lejanía, como una línea paralela del horizonte. Contemplada desde Lampazos, la Mesa parece una faja azul, tendida sobre la tierra. Finalmente, hacia el sur, se yergue el Cerro del Carrizal que, a mi espíritu aburrido de las estepas texanas, se le figuraba una montaña tan enhiesta y grandiosa, como los picos más altos del Himalaya.

Si la ciudad era pobre en recursos naturales, era rica en espíritu, en cultura, en refinamiento social y sobre todo, en tradición y en señorío. Los lampacenses se enorgullecen de que en su solar nació el coronel Juan Ignacio Ramón, un héroe que se sumó al movimiento redentor de 1810, y que fue fusilado en Chihuahua, junto con los demás caudillos de la Independencia. Y en Lampazos también nacieron don Santiago Vidaurri que representó un papel de primera categoría en la Guerra de Reforma; y el formidable guerrillero don Juan Zuazua que le ocasionó al general Miguel Miramón, un serio descalabro en el

Paso de las Carretas; y el general Francisco Naranjo, héroe de Santa Isabel, de Santa Gertrudis, de San Jacinto y de Querétaro, y que además, en opinión de don Porfirio Díaz, fue el mejor dragón de Caballería que produjo el Ejército de México. Además de estos valores indiscutibles, el pueblo tiene a gloria que don Ignacio Zaragoza fuese un residente de la ciudad en los últimos años de su infancia y en los primeros de su adolescencia. Todo esto le daba al pueblo una distinción y un buen tono que sus hijos cultivaban con esmero.

En el año de 1896, Lampazos tenía alrededor de 8,000 habitantes que, con motivo de las convulsiones revolucionarias, se han reducido, cuando menos, a la mitad. Hace como 20 años, el gobierno federal construyó al norte, la presa de Don Martín, para captar las aguas del río Salado (a 40 kilómetros de distancia) y eso acabó de arruinar a mi pueblo. Miles de sus hijos lo abandonaron para buscar en la Ciudad de Anáhuac, la agricultura con riego seguro y regular, pues como ya dije anteriormente, las siembras de Lampazos, se atienen a las dádivas del cielo, que nunca han sido copiosas. Consiguientemente, los pastos de los campos no son abundantes ni se puede contar con ellos de manera permanente. En circunstancias tan precarias, el único ganado que prospera es el cabrío que, como es bien sabido, se nutre con cualquier cosa. En 1896, se encontraban en explotación algunas minas de rendimiento modesto, pero que le daban trabajo a algunos cientos de obreros; y también contribuía a darle vida

al pueblo, el XII Regimiento de Caballería, cuyos ochocientos y pico de soldados tenían que abastecerse en el comercio de la localidad. El dinero que enviaba la Federación para sostener aquel cuerpo, circulaba todos los meses, y eso aliviaba en mucho, la insuficiencia de la producción. En resumen, la ciudad tenía una economía muy pobre, pero el pueblo se ajustaba austeramente a sus recursos y vivía con decoro y dignidad.

Como dije antes, la figura central de aquella población, en 1896, era el Gral. Francisco Naranjo. Se había retirado del Ejército y no tenía la menor influencia política; pero sus conciudadanos le rendían su acatamiento voluntario, tal vez porque prefirió vivir con ellos a emigrar a la Capital de la República o a Monterrey. Don Mariano Escobedo nació en Galeana, pero una vez que salió de allí para convertirse en figura nacional, ya no volvió a su terruño. Tampoco volvió el general Jerónimo Treviño a Cadereyta. En cambio el general Naranjo retornó a Lampazos, después de haber sido comandante militar de Monterrey, y repitió el retorno en 1884, al dejar el Ministerio de Guerra y Marina. Y allí se quedó adherido a su pueblo, hasta 1907, en que minado por su última enfermedad, vino a México en busca de salud. Se encuentra sepultado en el Tepeyac, como Zuazua duerme su último sueño en el Panteón Francés; pero Lampazos sigue esperando que los huesos de los dos ilustres veteranos vuelvan algún día, al sitio en donde se mecieron sus cunas.

Por eso, Naranjo en Lampazos era como el general Juan Alvarez en el Estado de Guerrero,

como el general Servando Canales en Matamoros, como Rafael Delgado en Orizaba, como Carlos R. Menéndez en Mérida, como Federico Mistral en Aix; parte integrante de la población. Un Ayuntamiento había completado el nombre de la ciudad con el de su hijo más distinguido: Lampazos de Naranjo; pero la vinculación se confirmó cuando dicho hijo comprobó con su vida entera que no podía desprenderse del regazo maternal.

Como consecuencia lógica, no se concebía ningún acontecimiento trascendental, sin que figurara en primera fila la familia del general. El primogénito, o sea el ingeniero Francisco Naranjo, había heredado algunas cualidades de su padre y era el arquetipo que todos los jóvenes del pueblo trataban de imitar. Arrogante, valiente, de magnífica presencia, de amplia cultura y de hablar fluído y elocuente, era sin hacer gran esfuerzo, el abanderado de aquel pedacito de humanidad. Y como además de tener grandes dotes espirituales, era un espléndido jinete y muy diestro en los ejercicios físicos, se había conquistado la consideración y el aprecio de la clase popular.

El segundo de la familia era Felipe, tan inteligente y simpático como el primogénito, mucho más original, pero completamente desprovisto de ponderación y de equilibrio. Estudió música y tocaba el piano con más seriedad que un simple diletante y con eso queda dicho que había afinado su vocación estética; pero era un loco, con la particularidad de ser encantador hasta en sus locuras. Un día se le ocurrió construir un papa-

lote gigantesco (4 metros de alto por 3 metros de ancho) y todo el pueblo se congregó para ver cómo se elevaba al espacio aquel juguete que hacía pensar en el Viaje de Guilliver al país de los gigantes. En otra ocasión, le dió porque tenía vocación de ferrocarrilero, y entró a trabajar como empleado de segundo orden (garrotero) en el Ferrocarril Nacional de México. Finalmente se metió en la aventura de llevar a Lampazos, una compañía de Zarzuela, y como la papeleta de gastos era muy alta, tuvo que subir en la misma proporción, los precios de entrada. Como los habitantes eran pobres, nadie pudo acudir al espectáculo. Entonces, hizo circular unos volantes en los que participaba al pueblo, que en esa noche, la entrada sería libre, pues estaba seguro de que una vez que se oyera a los cantantes, todo el mundo asistiría a deleitarse con las melodías. Inútil es agregar que el teatro se llenó de bote en bote. En el momento en que se levantó el telón, Felipe se presentó en el proscenio y con voz muy grave, dijo que se suspendía la función; pero que los asistentes podían pasar a la taquilla, donde les serían devueltos los precios de entrada. El pueblo prorrumpió en carcajadas, pues se habían divertido más con aquella broma, que con la mejor zaruzuela del elenco. En una palabra, Felipe se dedicó a todos los oficios que pudo haber tenido el Periquillo Sarniento, con la ventaja de que no los practicaba por necesidad sino por gusto.

El tercer hijo del General, Leopoldo Naranjo, era el más sereno y ecuánime de los tres. Aficionado a las letras, devoto de la Historia, de ca-

rácter apacible y de trato social muy fino, llegó a ser en su vejez, el patriarca de la ciudad. Pancho mandaba, Felipe divertía y Leopoldo conquistaba el afecto y la consideración de todos.

La familia Naranjo se cerraba con broche de oro, es decir, con Lolita Naranjo que sin necesidad de una votación, era la reina indiscutible de Lampazos; pero ella, en vez de tomar en serio su corona, prefería tratar con una cariñosa cordialidad y fraternidad, a todas las muchachas del pueblo. Y de esta manera, se fundían todas las familias en una gran familia que le sacaba a la vida, el mayor número posible de satisfacciones, y alegrías.

El centro constante de reunión, como en Atenas, era el ágora o sea la plaza principal. Allí daba serenatas la banda del XII Regimiento, dos veces a la semana, (los jueves y domingos) y con ese motivo se congregaba la sociedad. Las gentes daban vueltas, y como en otros muchos pueblos, las mujeres caminaban en un sentido, y los hombres en el contrario. De esta guisa, venían los intercambios de miradas con que se iniciaban los romances y los idilios. Además de estos encuentros informales, los lampacenses se juntaban en el Casino de la Mutua, donde se efectuaba un baile mensualmente. Por último, casi no pasaba día sin que se celebrara una tertulia familiar en donde se formulaban adivinanzas, se proponían charadas y se practicaban los demás juegos de estrado que tanto encantaban a las gentes candorosas de aquel tiempo.

¿Y qué se hacía por la cultura? Se hacía mucho, muchísimo, sobre todo, cuando se miden los elementos restringidos que estaban a la mano de aquella ingenua y limpia sociedad lugareña; pero eso amerita un capítulo especial.

LA CULTURA DE LAMPAZOS

No voy a decir que en 1896, la ciudad de mi nacimiento era tan culta como Atenas, la de Pericles, ni siquiera que merecía compararse con la Atenas venida a menos, bajo el yugo del imperio macedonio. Sin embargo, me atrevo a asegurar que —guardando las debidas proporciones— se cultivaba el espíritu en Lampazos con más apego y fervor que en cualquiera otra ciudad del norte de México.

Desde luego, la población, socialmente hablando, se encontraba en un plano muy superior al que ocupaban los centros urbanos con los cuales se podía hacer un parangón. El promedio de los habitantes vestía mejor que el resto del país. La cercanía de los Estados Unidos brindaba a los lampacenses la oportunidad de comprar a bajos precios, las cotonadas y los zapatos, por lo que, hasta las gentes más humildes habían salido de la jurisdicción miserable del calzón de manta y del huarache. Se cuenta que, cuando el Presidente Porfirio Díaz visitó la ciudad de Monterrey en 1898 y las industrias y el comercio le rindieron una manifestación de homenaje, el General Díaz le dijo al Gobernador de Nuevo León: "El desfile ha sido hermoso; pero . . . ¿dónde está el pueblo?" A lo que el Ge-

neral Bernardo Reyes contestó: "Este es el pueblo de Monterrey, señor Presidente". Pues bien, de la misma condición social, era el pueblo de Lampazos en la última década del Siglo XIX.

Para educar a la niñez, el Municipio tenía establecidas dos escuelas de varones y una dedicada al sexo femenino. El Instituto Felipe Naranjo era el mejor atendido y allí se hacía la instrucción primaria superior, con un curso suplementario de contabilidad. Además de los planteles oficiales, las Madres del Verbo Encarnado habían fundado un Colegio para niñas y señoritas en donde aparte de la primaria, se daban clases especiales de pintura, de música, que, aunque deficientes, prestaban el servicio de iniciar a las alumnas en el cultivo estético. Las rutas eran muy pobres pero de cualquier modo conducían a una vida superior.

Como resultado lógico de estas beneméritas instituciones, el 80 por ciento de los lampacenses sabía leer y escribir, y se interesaban por lo que sucedía, no tan sólo en México, sino en el mundo entero. Don Juan B. Elizondo, uno de los vecinos de mayor relieve, estaba suscrito a "El Imparcial", de México; a "La Defensa", de Monterrey, y a "El Mundo Ilustrado" que, en aquel entonces, era la única revista semanaria que se publicaba en el país. Otros lampacenses recibían otros periódicos, por lo que, no era extraño que en el Casino de la Mutua, se comentaran con calor las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, la guerra de Independencia de Cuba, o la insurrección de los "boers" contra Inglaterra en el Africa del Sur.

Cuando Francisco Naranjo hijo, con el título de ingeniero civil, regresó de Rochester, New York

(donde había hecho sus estudios) reunió a los jóvenes y les propuso fundar una sociedad dedicada a las Bellas Letras y al cultivo de la inteligencia. Inmediatamente se agruparon en torno de Pancho, el profesor Francisco Rodríguez Pérez, José Elizondo, José Zertuche, el doctor Manuel Lozano Mejía, Luis G. Avila, Adolfo Rodríguez, Juan Manuel García y algunos otros más. Todos ellos se comprometieron a estudiar un tema y a desarrollarlo, en sesiones que se efectuaban semanariamente. La lectura de los ensayos provocaba comentarios y discusiones, y de allí surgió la idea de fundar un semanario que fuese el órgano del grupo. Y así fue como se inició la publicación de "El Lampacense", bajo la dirección de Luis G. Avila, padre del magnate algodonero de Matamoros, que hoy lleva su mismo nombre. El periodiquillo, aunque modesto y de pequeñas dimensiones, fue muy bien acogido por el pueblo, y la prueba es que, al poco tiempo, Adolfo Rodríguez fundó "El Día" que estuvo apareciendo durante varios años. "Believe it or not" —como dice Ripley— la ciudad de Lampazos, hace medio siglo, sostenía dos semanarios.

Pancho Naranjo se expresaba con claridad y brillantez y fue invitado por el Ayuntamiento para que pronunciara un discurso patriótico en la fiesta tradicional del 16 de Septiembre. Fue muy aplaudido y los demás miembros de la Sociedad Científico-Literaria pusieron el mayor empeño en emularlo; y de esta guisa, se formó espontáneamente una escuela de oratoria, sin que sus discípulos se dieran cuenta cabal de que estaban aprendiendo a hablar en público. No había un maestro de Retórica, pero sí había dedicación y estudio.

El profesor Rodríguez Pérez pronunció una magnífica oración en una apertura de cursos escolares, y los otros jóvenes contribuyeron a darle mayor lucimiento a las conmemoraciones cívicas. No emergieron de aquel grupo lugareño, tribunos de la talla de Jesús Urueta ni de José María Lozano, pero sí se cincelaron oradores que podían competir con los de cualquiera otra ciudad de provincia.

Por lo que toca a los espectáculos, Lampazos era uno de los puntos en donde siempre se detenían las farándulas de la legua. Daban representaciones teatrales durante dos o tres semanas, y continuaban su peregrinación. El coliseo se improvisaba en el patio de la casa de mis padres, que era el más amplio de la ciudad. Se construía un templete de madera, en el fondo, y ese era el escenario; las familias enviaban las sillas y ese era el piso de las lunetas. Se cercaban los asientos con un cordel y los que quedaban fuera eran los espectadores de galería. Así es como me figuro que fueron en el Siglo de Oro, los corrales en donde se representaban las comedias de Lope de Vega y de Tirso de Molina. Los repertorios lampacenses eran mucho más modestos: se llevaban a la escena dramas espeluznantes de don José Echegaray, que reinaban entonces, de manera absoluta, no sólo en México, sino en todos los países que hablan el idioma español. Las compañías eran humildes y hasta gritonas como lo requerían los elencos melodramáticos de la época; pero de cualquier modo, las gentes iban al teatro y se enteraban de las obras que habían triunfado en México y en Madrid.

Las farándulas de la legua se organizaban en

un momento, y en otro momento también, solían deshacerse y dispersarse. Allá por el año 1893, llegó a Lampazos una caravana de actores, en los momentos precisos en que se iban a desintegrar. El director, que se apellidaba Iglesias, se encontró de repente con la noticia de que sus compañeros habían desertado. No le quedó un solo colaborador masculino. En cambio seguían con él, las que no se podían ir, su mujer, que era la primera dama, su hermana, que era la característica, y sus dos hijas, que representaban papeles de ingenuas. En circunstancias tan melancólicas, lo fueron a ver Pancho Naranjo y Pepe Elizondo, quienes le ofrecieron completar el cuadro dramático con aficionados de la localidad. —Ud. nos dirige y nos aconseja —le propusieron— y del producto del espectáculo, retira lo que necesite para vivir, y de aquello que sobre, la mitad para usted y la otra mitad para obras de este pueblo. Iglesias aceptó no sólo con aquiescencia, sino con entusiasmo, y así fue como Lampazos tuvo un teatro regular y permanente, durante dos años. Yo recuerdo un Tenorio en el que Pancho Naranjo actuaba como don Juan, Pepe Elizondo como don Luis Mejía y don Juan B. Elizondo como Ciutti.

Los resultados fueron satisfactorios y aquella familia de comediantes consiguió acumular elementos, comprar vestuario y volver a la aventura de integrar otra farándula. Pero apenas se iba, cuando llegó a Lampazos, como profesor de música, Héctor Gorjux, que había sido director de ópera; y, enterándose de las aficiones teatrales del pueblo, se comprometió a llevar a escena, la zarzuela “Marina” que entonces hacía furor en la

capital de la República. Pero... ¿cómo emprender aquella tarea, sin un pie veterano de cantantes profesionales? Gorjux era optimista e insistió en que con los elementos del pueblo se podía realizar el proyecto. Una sobrina de la esposa del General Naranjo, María García Leal, tenía una espléndida voz de soprano; don Juan B. Elizondo era un barítono cuyo registro alto parecía de tenor. Con ellos se resolvía el problema de los dos personajes principales; se juntaron fácilmente los que podían desempeñar papeles secundarios; pero... ¿cómo improvisar una orquesta? Lampazos tenía dos grupos musicales, el de los Castañedas y el de los Arredondos, los cuales se juntaron para completar el cuadro musical requerido. Y todavía más, aquel conjunto se enriqueció con elementos de la Banda Militar del XII Regimiento. Gorjux se jactaba de que aquel conjunto podía competir con la orquesta de cualquier teatro de zarzuela de la ciudad de México.

Los ensayos constituyeron un acontecimiento social. Todas las familias de Lampazos se reunían para ver cómo se preparaba el acontecimiento. Y como era natural, aquellas gentes se aprendieron de memoria todas las melodías de "Marina". El compositor español Arrieta fue tan popular como Juventino Rosas. El día de la representación, fue de satisfacción y orgullo para todo el pueblo. Con elementos lampacenses, exclusivamente lampacenses, se había hecho un esfuerzo que nunca se había intentado en Monterrey, ni probablemente, en ninguna otra ciudad de la República.

El entusiasmo del pueblo fue tan grande que les entró a todos los miembros de la comunidad,

el deseo de construír un teatro. Inmediatamente se organizó la campaña para suscribir el capital; y al cabo de unos cuantos días, se pudo iniciar la obra. Quien más trabajó en la edificación del coliseo, fue mi padre político, don Juan B. Elizondo, que igualmente se esforzó en que Lampazos fuese visitado por artistas de calidad. Debido a sus empeños, Lampazos realizó la aspiración de tener un teatro, un teatrillo modesto y sin pretensiones, pero en donde se podían representar las comedias con propiedad. Desde entonces el Teatro Juan Ignacio Ramón fue el centro social y artístico de Lampazos. Allí se presentaban las farándulas que recorrían la República; allí se celebraba el baile del 31 de diciembre; allí se efectuaban las fiestas escolares; allí, finalmente, adquirían esplendor y majestad las conmemoraciones cívicas.

Tras de aquel esfuerzo de llevar "Marina" a la escena, los hijos del pueblo quedaron con el afán de superarse con una producción de mayores alientos. Y sucedió que pocos años después, bajo la dirección del maestro Honorio Rodríguez, se procedió a ensayar la divertida opereta de Chapi, "El Rey que Rabió". Y como no se consiguieron las voces adecuadas entre la gente grande, se emprendió la aventura de que la obra fuese cantada por niños. A título de curiosidad, quiero consignar que quien representó el papel de rey, a los 9 años de edad, fue la niña Angelina Elizondo que muchos años después unió sus destinos con los míos. Con aquel exceso de canto en su infancia, arruinó su garganta y no pudo desarrollar en años posteriores su voz excelente que apuntaba como de soprano lírico. Siguió teniendo un timbre dulce y

afinado; pero perdió para siempre el volumen que pudo haber llegado a tener.

Todo esto pasaba en los tiempos en que Austri y Palacios organizaron la Compañía Infantil de Zarzuelas en donde comenzó a cantar Esperanza Iris. Como antes había sucedido con "Marina", las gentes tarareaban las romanzas de "El Rey que Rabió" con la familiaridad con que hoy se tararean las canciones de Agustín Lara.

¿Y qué leían los lampacenses en aquel entonces? Lo mismo que leía toda la República. Las novelas que por entregas repartía la casa editorial de Ballescá; los versos de Manuel Acuña, de don Juan de Dios Peza y de Manuel M. Flores, y ¿por qué no decirlo?, las blasfemias romanticonas de Antonio Plaza. De autores extranjeros, los predilectos eran Alejandro Dumas y Eugenio Sue. Sin embargo, a fines del siglo comenzó a admirarse a Manuel Gutiérrez Nájera, y a Salvador Díaz Mirón, lo que revela que el gusto literario se iba depurando.

Claro está que hubiera sido mucho mejor leer a Balzac y a Galdós, pero aún con las deficiencias propias de la época, Lampazos no era uno de esos poblachos empolvados y rutinarios de la mesa central que con sólo verlos se siente la impresión de la asfixia.

Todo lo contrario, la ciudad lugareña sostenía dos periódicos semanarios, construía un teatro, contaba con cuatro colegios y ponía el mayor empeño en vivir la vida del espíritu. Y este esfuerzo era tanto más meritorio cuanto que aquellas chispas intelectuales se prendían a 1,300 kilóme-

tros de la cultura nacional, y enmedio de los inmensos desiertos del norte.

Yo bien sé que los viajeros que pasan por el Lampazos de hogaño, pueden suponer que mi devoción por mi tierra me hace ver como a Don Quijote, panoramas espirituales iluminados por mi fantasía. ¡Pero no! No había palacios encantados ni gigantes en forma de molinos ni princesas que vestían como aldeanas, pero sí un pueblo frugal y trabajador que se esforzaba por ascender y purificarse. Casi todo lo que he descrito se derrumbó tristemente, sin dejar siquiera ruinas melancólicas que hagan evocar ahora el señorío de lo que fue.

EL MAESTRO DE PROVINCIA

Cuando mi madre me llevó a presentar con Don Aurelio V. Villarreal —así se llamaba el Director del Instituto Felipe Naranjo— el maestro le dijo que ya estaba enterado de mi caso, y que haría todo lo posible por encaminarme en los nuevos senderos espirituales por donde me iba a aventurar. Don Miguel F. Martínez quería mucho al pueblo de Lampazos y se esmeraba en enviarle sus mejores discípulos para que la educación fuese cuidada e integral. Ahora bien, don Aurelio -como le decíamos respetuosamente a pesar de sus pocos años- era uno de los mejores maestros que había producido la Escuela Normal de Nuevo León.

Tras de someterme a un examen breve y superficial, procedió a matricularme en el quinto año. Ese mismo día escribió a mi padre para decirle que si quería enviarme en septiembre de ese año —1896— al Colegio Civil, podía tener la seguridad de que sería admitido; pero que con un año de preparación, me iba a ser mucho más sencillo, internarme en las rutas del porvenir. Por eso me había inscrito en el quinto año y no en el sexto, pues con unos cuantos meses de aparente atraso, mi espíritu se acomodaría más fácilmente y tropezaría con menos obstáculos

en mi marcha hacia adelante. Con estas jugosas consideraciones, mi padre quedó convencido de que don Aurelio V. Villarreal era un maestro auténtico, es decir, un abridor de caminos, un despejador de horizontes, un ajustador de almas.

Así pues, cursé el quinto año, desde julio hasta noviembre, y luego, el sexto desde enero hasta agosto de 1897. Por lo que había aprendido en Encinal, me coloqué fácilmente sobre todos mis compañeros en Aritmética, en Geografía, en Ciencias Naturales y en Historia Universal; pero en cambio, resultaba inferior a ellos, en Gramática española, en Instrucción Cívica y en Historia de México. Esta particularidad de ser estrella en unas asignaturas, y retrasado en otras, interesó mucho a mi maestro que vió con claridad que mi problema era el de la planta que de pronto es trasladada de un lugar a otro; las raíces tropiezan con asperezas inesperadas en el nuevo terreno y por lo mismo, sufren un inevitable destanteo. Mi educación resultaba trunca, y más que trunca, irregular. Había pues que aprovechar aquel año para establecer la ponderación y el equilibrio.

¡Y con qué devoción y amor se consagró don Aurelio a realizar esta tarea! Sin preocuparse mucho por mis deficiencias gramaticales ni por mis fallas en instrucción cívica, se decicó por entero a interesarme por el pasado de México. El texto de don Antonio García Cubas no le ayudaba, pues yo lo encontraba mucho menos sencillo y claro que los que acababa de cursar sobre la historia de los Estados Unidos. Para mí, resultaba un enredo inexplicable, la

historia precortesiana, el régimen virreinal, las luchas de escoceses contra yorquinos durante el período presidencial de don Guadalupe Victoria, las guerras civiles que no terminaban nunca. Don Aurelio se propuso sacar de cada período histórico el episodio luminoso y ejemplar, y sobre todo, de fácil comprensión. Me hizo ver a grandes rasgos, la belleza de la cultura precortesiana, el drama de la Conquista, la austera vida colonial, la gesta de la Independencia; y luego, sin esconder las miserias ni las vergüenzas de 1847, procuró explicarme la tragedia de la derrota; el ocaso inevitable de Santa Ana, y la Revolución de Ayutla, que abrió el capítulo de la Guerra de Reforma y de la Intervención Francesa. Y así fue, como en un plazo cortísimo, me hizo comprender que nuestra historia, aunque más infortunada y triste, era mucho más fulgurante y original que la de los Estados Unidos.

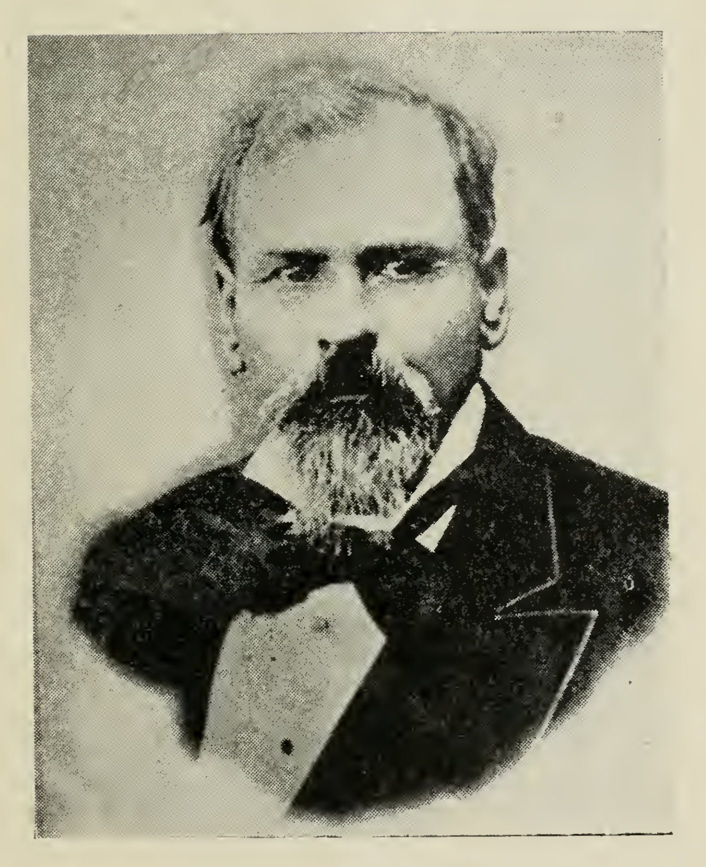
Y no se conformaba con que yo repitiese las cosas bellas que él decía, sino que me empujaba al diálogo constante, para que del intercambio de conceptos, emergiera de mí mismo, la orientación que tanto necesitaba. No me decía: "Allí está la estrella polar", sino que me sugería la manera de encontrarla.

Muchos años después leyendo los Ensayos de Montaigne, me encontré con el siguiente párrafo en el capítulo XXV del libro I dedicado a la educación de la infancia:

"Demasiado aprender sofoca el alma, lo mismo que la humedad excesiva sofoca a las plantas y demasiado aceite a las lámparas. Nues-

tro pedantesco bagaje de conocimientos extraído de los libros, lo llevamos en el borde de los labios, lo mismo que los pájaros llevan el grano en el pico para alimentar su prole. No se debe contentar el maestro con pedir cuenta a su discípulo únicamente de las palabras de la lección, sino del sentido y de la substancia, juzgando del provecho que ha sacado, no por el testimonio de la memoria sino por el testimonio de la vida. Procure también que lo que aprenda su discípulo lo aplique a cien usos si es posible, para ver si lo aplica bien, si lo ha comprendido. Es un indicio cierto de que el estómago no ha desempeñado bien sus funciones cuando devuelve los alimentos en el mismo estado en que los recibe. Las abejas vuelan de flor en flor robándoles parte de los delicados jugos que contienen y que no son la miel misma; ésta la forman las abejas después, y es enteramente suya. Los discípulos deben de la misma manera recoger ideas y conocimientos de los demás, no para reproducirlos como los reciben, sino para transformarlos y fundirlos en obra propia. Guarde el discípulo en buena hora lo que recibió prestado, pero revele a la vez lo que él ha hecho por su parte".

Al reproducir estos consejos sapientísimos, tengo que considerar que don Aurelio V. Villarreal no los había leído, pues la cultura de la Escuela Normal de Monterrey, en los noventas, no llegaba hasta el insigne moralista, del siglo XVI. Y sin embargo, procedía como si llevara las palabras de Montaigne, grabadas en su corazón. Y este caso singular me trae a la memoria la siguiente paradoja que le oí una vez a



DON FELIPE NARANJO,
— el constructor de la escuela
que lleva su nombre —

don Francisco Bulnes: "Don Porfirio Díaz sigue fielmente los consejos de Nicolás Maquiavelo, porque no se ha tomado la molestia de leer "El Príncipe"; y copia con exactitud los procedimientos de Augusto, porque no ha perdido el tiempo estudiando la vida del Emperador romano".

La frase cáustica y llena de elegancia y donosura de nuestro gran tribuno se le puede aplicar -aunque sin intención hiriente- al maestro lugareño del norte: no necesitó leer a Montaigne para seguir sus advertencias, porque arriba de su propia cultura, irradiaban las luces de su vocación sublime.

Aunque Miss Bee Thomas y Miss Marie Welhausen me habían inspirado un profundo afecto, y un respeto más profundo todavía, la impresión que me dejó don Aurelio Villarreal fue mucho más honda y trascendental. Era el maestro auténtico que no piensa en sí mismo sino en sus discípulos; el que descuida su huerto personal para sembrar en los cercados ajenos: el que adquiere luces, no para gozar con ellas, sino para trasmitirlas íntegras y aún multiplicadas, a las parvadas infantiles que lo rodean; el que sabe de antemano que las altas jerarquías del pensamiento que conducen a la fama, y a veces a la gloria, no serán para él; y sin embargo, goza con ser el puente por donde pasan al porvenir los espíritus en formación.

Aquel ejemplar preceptor iba en camino de ser una de las figuras educativas más altas del país. Cuando don Miguel F. Martínez fue nombrado Director General de Educación Primaria en el Distrito Federal, lo sustituyó en Monterrey,

como timonel de la enseñanza nuevoleonesa, el benemérito profesor Serafín Peña, que había sido inspector del Centro o sea el que vigilaba los planteles de la Capital del Estado. Mucho se dijo entonces que don Aurelio Villarreal iba a ocupar el puesto de don Serafín: pero, ¡oh dolor!, se empezó a rumorar que el joven maestro no andaba bien en sus facultades mentales. Desgraciadamente, se confirmaron los rumores alarmantes y por una de las ironías más crueles del destino, quien había trabajado tanto en pro del equilibrio, acabó como un desequilibrado; el que había desparramado luces en derredor, terminó con su inteligencia sumergida en sombras...

Yo lo recuerdo como era en 1896: un héroe del magisterio. Heroísmo sosegado, humilde, casi siempre obscuro, que no deslumbra con los relámpagos transitorios que ciegan, pero si impresiona con las luces perennes y acariciadoras de las constelaciones. Los astrónomos clasifican las estrellas, llamando de primera magnitud, las que se encuentran más cercanas a nuestro planeta y por lo mismo, aparecen ante nuestros ojos con fulgor más vivo. En el momento en que yo dejaba de ser un niño para convertirme en adolescente, nadie estuvo tan cerca de mi espíritu como don Aurelio V. Villarreal. Por eso, al escribir su nombre, doblo la rodilla con reverencia y exclamo como Dante:

"Tu duca, tu signore, tu maestro".

CRISIS DE CRECIMIENTO

No todo era ascensión y dulzura, en mi vida de Lampazos, pues como apenas tenía trece años de edad, y era la primera vez que me alejaba de mis padres, sentía muy hondamente la nostalgia del hogar. Además iba a pasar muy pronto, de la categoría de niño a la de hombre en ciernes, y presentía cambios trascendentales que me iban a sacudir y probablemente a desquiciar. La impresión más inquietante que me produjo el alumnado de la escuela, fue la de que los niños de Lampazos no eran tan candorosos, tan transparentes ni tan puros, como los niños de Encinal. Hasta entonces, todo había sido inocencia y sencillez; pero en el nuevo medio, advertí que mis ojos se abrían para ver cosas y penetrar en misterios que antes no había podido sospechar.

¡Cómo me hicieron daño las pláticas maliciosas de algunos compañeros que se jactaban de ser hombres completos y "enterados de todo". ¡Cómo sufrí con aquella transformación que me llegaba antes de que la Naturaleza me la impusiera como fenómeno inevitable! Aunque todavía era un niño, y por lo mismo, me repugnaba el ambiente en donde se presumía de hombrear, comencé a ser maldiciente y a fingir en asuntos sexuales, una experiencia mundana que, naturalmente, era obra

exclusiva de mi imaginación. Y no había remedio; tenía que simular una precocidad morbosa, para no ser el blanco de cuchufletas hirientes. ¡Qué horror! Aquello no era la pubertad, sino su corrupción más burda y materializada.

Ahora bien, ya he dicho en páginas anteriores, que la sociedad lampacense de entonces, era de costumbres morales que se acercaban a la austeridad. Entonces, ¿cómo se explica el descuido con la niñez que se enorgullecía de una madurez falsa? Por confidencias posteriores, me he enterado de que no era yo el único que sufría con aquella anticipación de algo que iba a venir, y que viniendo naturalmente, nada podía tener de reprobable; pero en cambio, buscado con mañas y artificios, marchitaba el espíritu, sin que la marchitez fuese como la de la corola que se desgarra, para preparar el fruto. Ya dije en uno de los capítulos de introducción de este libro que no iba a exhibir intimidades de mal gusto, y por lo mismo, no voy a subrayar el desconcierto ni el desequilibrio que se experimentan al pasar de la infancia a la adolescencia; me limito a apuntar con dolor que dí ese paso antes de que la Fisiología me lo ordenara, y eso mismo, por desgracia, les sucede a casi todos los niños de México. ¡La segunda angustia!

El mejor remedio contra aquel despertamiento postizo, que hacía trabajar la imaginación peligrosamente, era el ejercicio físico, más eficaz mientras más fatigante. Mi padre pareció adivinarlo, y me compró una bicicleta que fue como un refugio para mis inquietudes patológicas. En 1896 no llegábamos a diez los ciclistas en Lampazos, y yo era de los privilegiados que llamaba la atención,

recorriendo la ciudad sobre dos ruedas. El pueblo nos miraba con asombro, y se formó tácitamente entre los ciclistas, algo que se parecía a un club, que organizaba excursiones a los poblados cercanos. Un día alguien propuso que fuéramos a Villaldama, la tierra de Gregorio Lecea, que había ganado unas carreras sensacionales en el velódromo de la ciudad de México. El camino era pésimo, pero el terreno era plano y se podían salvar los escollos. La distancia era como de 50 kilómetros y el jefe de la expedición calculaba que podíamos llegar en tres horas. Todos los excursionistas tenían más de 20 años, y dos de ellos, eran hombres maduros; y como yo era el único muchacho incorporado al grupo, las gentes me miraban con admiración.

Salimos en medio de la expectación general y no sufrimos ningún contratiempo que merezca contarse. Llegamos a Villaldama en donde se nos recibió con aclamaciones entusiastas. Allí pasamos la noche, y al día siguiente retornamos a Lampazos en actitud triunfal. No habíamos realizado una de las hazañas de Teseo ni uno de los doce trabajos de Hércules, pero de cualquier modo, habíamos conmovido con nuestro viaje a todos los miembros de la comunidad. Para mí, la excursión fue de un beneficio incalculable, pues ya no necesitaba contar historias impúdicas para que se me reconocieran resolución y masculinidad. El hecho de haber pedaleado tanto en mis años mozos contribuyó a desarrollar y a endurecer mis muslos y pantorrillas en forma exagerada, y todavía ahora, aunque llevo más de medio siglo de casi no montar nunca una bicicleta, puedo caminar a pie,

varios kilómetros, y me permito de vez en cuando, el lujo de escalar un cerro, a pesar de mis 70 años. Durante mi primer destierro, no tenía con qué comprar un automóvil y adquirí el modesto vehículo de dos ruedas para moverme con rapidez en San Antonio, Texas. Recuerdo que todavía en 1919 y 1920, coloqué sobre el travesaño de mi bicicleta, un asiento en donde acomodaba a mis dos hijos mayores, para poderlos llevar a una escuela de monjitas Teresianas que se encontraba muy lejos de mi residencia. Muchos amigos me observaron el peligro que corría y hacer correr a mi familia; pero yo estaba seguro de lo que hacía, porque no era un ciclista improvisado. Al dominio absoluto de la bicicleta en mi juventud, atribuyo que mis piernas no hayan recibido aún el zarpazo de la ancianidad.

Después de relatar cómo fuí víctima del afán absurdo de los niños que querían hombrear, tengo que referir un pecado del cual yo fui el único culpable y que estuvo a punto de hundirme en el fracaso. Como mis padres seguían viviendo en Encinal, yo fuí hospedado en Lampazos, en la casa de mi abuelita materna, doña Fermina Pérez, que me recibió con ternura desmedida. Ella advirtió mi desconcierto y mi confusión y quiso compensar las nostalgias que yo sentía y mi destanteo en un ambiente desconocido, con mimos y halagos, a fin de que la vida me resultara menos hostil.

Mamá Mina —así la llamábamos todos sus nietos— era la mujer más dulce y acariciadora que se pueda concebir. Su naturaleza estaba siempre dispuesta a la dádiva y al perdón, y por consiguiente, no sabía gobernar. Mi madre era la an-

títesis, pues como ya lo he contado, tenía un carácter vigoroso que heredó de su abuela paterna, doña Claudia de la Garza, la forjadora del espíritu del General Francisco Naranjo.

Así pues, me faltó el gobierno hogareño en el momento en que más lo necesitaba. Lejos de ponerme un freno, mamá Mina satisfacía todos mis gustos, acataba todos mis caprichos, y lo que fue peor, disculpaba todos mis estallidos. En cierta vez en que un tío mío le llamó la atención sobre la forma áspera en que yo había respondido a una observación suya, mi abuelita llegó hasta el extremo de justificarme: "¡Pobrecito, se halla tan lejos de sus padres!" Yo tuve la desgracia de oír aquella expresión bondadosa, y me pasó lo que a todos los niños malcriados: en vez de arrodillarme ante mi abuelita y pedirle que me perdonara, comprendí egoístamente que podía explotar aquel filón inagotable de ternura. Y me salí de los cauces estrictos en donde hasta entonces, se había deslizado mi existencia. Nada de obligaciones, nada de corresponder a la dulzura con la gentileza, ni al favor con la gratitud: había llegado el momento de actuar como me diera mi regalada gana. Comencé por permanecer en el lecho más tiempo que de costumbre, y como Mamá Mina ordenó que se me llevara el desayuno a la cama, seguí abusando de la consideración inmerecida que se me dispensaba. Y el niño que en la casa de sus padres había sido dócil y disciplinado, se convirtió en un muchacho necio y exigente que reclamaba como derechos, las concesiones excesivas de la benevolencia y el amor.

Aquel comportamiento abusivo y anárquico no

tardó mucho en repercutir funestamente en mis trabajos escolares. Como me levantaba tarde de la cama, llegaba a la escuela después de la hora reglamentaria. Don Aurelio V. Villarreal, que fue tolerante en los primeros días, de pronto me marcó el alto y me amenazó con escribirle a mi padre, si no volvía a la puntualidad. Aquella reprensión fue muy eficaz, pero más eficaz aún habría sido si también se me hubiera hecho en la casa de Mamá Mina; pero como allí no se me castigaba, procuré desquitarme del disguto que había tenido en la escuela, con nuevas impertinencias y majaderías.

Lo peor de todo fue que contagié a mi hermana menor con mis malas crianzas y descortesías. Julia no cumplía aún doce años de edad, había venido a Lampazos a educarse en la Escuela de Niñas, y como era natural siguió el ejemplo nefasto que yo le daba y convirtióse en un "spoiled child"; y conste que uso la expresión inglesa, por considerarla mucho más fuerte y viva que la de "niño consentido" de la lengua española. ¿Qué cosa podíamos pedir que no se nos ofreciera en el acto?

Pero aquello terminó como tenía que terminar, al volver a la casa de mis padres. En julio de 1897, completada ya mi educación en Lampazos, Mamá Mina nos llevó a Encinal a Julia y a mí, y nuestra vuelta al orden y a la disciplina bajo la acción vigorosa de mi madre, fue cuestión de unos cuantos días. Pareciéndome la cosa más natural del mundo, pretendí seguir viviendo como "señorito" y permanecí en el lecho cuando toda la familia ya estaba en pie. Mi capricho de seguir acostado era estúpido, pues el calor de julio es

tan intenso que el abandono de la cama, más que un placer es una necesidad. Ante mi insistencia, doña Juana Naranjo pronunció la palabra "arriba" en forma que no dejaba lugar a duda y comprendí que tenía que obedecer. Me levanté disgustado y no se hizo el menor caso de mi disgusto. Queriendo desquitarme del mal rato, critiqué el desayuno y se me ordenó severamente que me retirara de la mesa. Hasta allí había llegado mi berrinche, cuando Mamá Mina trató de defenderme y doña Juana Naranjo le dijo con respetuosa energía: "Gobiérname a mí como quieras, pero yo soy la que debo gobernar a mis hijos". Tras de lo cual, me leyó la cartilla, con la advertencia de que no estaba a discusión, sino que debía ser obedecida con un acatamiento absoluto. Y así llegó a su fin aquella "chiflazón", como se acostumbra llamar en la frontera a las fugas tontas del buen juicio y del sentido común.

Al volver a la sindéresis y al método, fuí otra vez un muchacho feliz, pues con los corajes y rabietas a que me había acostumbrado, vivía disgustado e insatisfecho, sin darme cuenta de que la insatisfacción y el disgusto los llevaba dentro de mí mismo. Cuando recuerdo aquel desvío y considero que Julia —la más serena y ponderada de las mujeres— estuvo a punto de convertirse en una niña exigente y caprichosa, veo la facilidad con que se puede estropear el mejor de los caracteres por un concepto equivocado del amor. Mamá Mina nos amaba con toda el alma; pero nuestra madre nos sabía amar.

Mi espíritu comenzó a serenarse. Había salido de la segunda angustia —como llaman algunos

psicólogos al período inquietante que precede a la pubertad—, y había también vuelto a la disciplina y al método, sin los cuales es imposible la cinceladura del espíritu. A Dios gracias, ninguna de las crisis había interrumpido el proceso de mexicanización que procuraba mi padre.

EL PRIMER 16 DE SEPTIEMBRE

Pocos días después de haber llegado a la escuela, se comenzó a darles a los alumnos instrucción militar. Se nos enseñó a formarnos y en seguida, a marchar de cuatro en fondo y por pelotones. Algunas semanas después, se nos equipó con rifles de madera, armas ficticias que tenían la misma forma y tamaño, de los fusiles Remington que eran entonces los reglamentarios del Ejército Federal, y aprendimos a terciar armas, a presentarlas y a llevarlas sobre los hombros. El Ayuntamiento encargó luego a México, ocho cornetas y ocho tambores, y fueron escogidos los alumnos que habían de tocarlos. Y se completó este aparato militar, ordenando a todos los escolares que se proveyesen de uniformes. El traje era de dril crema y el chacó de cartón grueso con funda de indiana blanca. Con esta indumentaria, sentíamos la ilusión de ser soldados auténticos.

Una vez que aprendimos a movernos colectivamente, al paso que nos marcaban los tambores, comenzamos a desfilar por las calles del pueblo, mientras las gentes salían de sus casas para vernos con curiosidad, con una curiosidad orlada de simpatía. Entre tanto, se nos asignó la tarea de aprender de memoria algunas recitaciones patrióticas. Todo esto era la prepara-

ción de la fiesta que se iba a celebrar el 16 de septiembre. Yo sentía una emoción profunda porque por primera vez, iba a estar presente en la conmemoración de la Independencia de México. En el Encinal, no se efectuaba ninguna ceremonia el 4 de julio: los muchachos se limitaban a tronar cohetes, y eso era el único tributo que se rendía a la memoria de Washington. Por consiguiente, lo que se proyectaba en Lampazos, tenía que ser mucho mejor.

La velada del 15 de septiembre se llenó con números escolares y comenzó a las 8 de la noche. El Teatro Juan Ignacio Ramón estaba lleno y ocupaban las plateas y los palcos, las familias más distinguidas de la localidad. Allí estaban el Alcalde Gregorio Castaño, el coronel Ramón Terán, comandante del XII Regimiento, y sobre todo, el general Francisco Naranjo.

Al levantarse el telón, subió a la tribuna (aún las había) el profesor Aurelio V. Villarreal, quien con palabras sencillas que podían entender los niños, subrayó el significado del día de la Patria. No fue un discurso retórico, sino una plática transparente que causó magnífica impresión. En seguida, fueron alternando los coros y las recitaciones, como se acostumbra en todos los planteles de enseñanza. Uno de los alumnos declamó los cuartetos de Juan de Dios Peza que se intitulan "México y España", y otro, la oda a Hidalgo de Manuel Gutiérrez Nájera. A mí me tocó decir el párrafo más bello del famoso discurso que pronunció don Ignacio Ramírez, el 16 de septiembre de 1861. Me complazco en insertarlo, porque contiene el mejor retrato del

padre de la Patria y además, porque es un paradigma insuperable de estilo y armonía:

"La vejez le había dado sabiduría y majestad, sin agostar en su pecho las pasiones de una edad florida y sin apagar las luces de la inteligencia; quiso un día ser sabio, y fue sabio; pero la Universidad le cerró sus puertas; quiso un día entronizar una industria en México, y los gusanos de seda le donaron sus regias vestiduras; pero el monopolio extranjero entregó a las llamas sus rivales; quiso ser agricultor y las viñas le sonreían desde los collados; pero la espada ibera decapitó sus racimos; fecundo en proyectos benéficos y audaces, siempre encontraba al gobierno español cerrándole el camino. Si había sufrido las penas del labrador, del industrial y del sabio perseguido, también se había iniciado con los que sufren, por medio de los inocentes goces de la familia; en ésta entra el porvenir el día en que nos nace un hijo, y su cuna es un altar consagrado a la esperanza. ¿Cómo arrancar del pecho de un padre la patria, cuando tiene entre sus brazos a quien dejarla por herencia? Los semidioses entre los bárbaros simbolizan la fuerza y la hermosura; pero en las naciones civilizadas la fuerza se convierte en sabiduría y la hermosura en amor; el conocimiento de todas las ciencias, el amor de toda la humanidad, el representante de todos los padecimientos, éste fue Hidalgo. Felices los que sufren si se sienten con una voluntad superior a los caprichos del destino; la humillación despierta su orgullo, el dolor alumbra su inteligencia, y sus órganos encallecidos encuentran fuerzas su-

ficientes para imponer la ley a sus contrarios, para levantarse sobre las generaciones humanas, y para revelarse, como una nueva divinidad, ante los pueblos asombrados".

Cuando yo recité la cláusula transcrita, no tenía la más leve idea de quien había sido don Ignacio Ramírez. Posteriormente, me he familiarizado con su obra de escritor, y me he hecho a mí mismo esta pregunta: ¿Cómo fue que aquel hombre singular, con un ideario tan colérico e intransignete, pudo expresarse con tanta ponderación y mesura? Su agitada vida hace pensar en el cráter de un volcán, y sin embargo, su estilo era terso y transparente, y su elocuencia, en vez de desbordarse torrencialmente, se distingue por la sobriedad elegante, la sencillez refinada, la ausencia completa del escándalo fanfarrón y vulgar. No estoy de acuerdo con el concepto que tuvo del pasado de México, y así lo he manifestado en diversas ocasiones; pero tengo que reconocer que fue un señor del ritmo, de un ritmo que precisamente por ser suave y armónico, no guarda la menor relación con su vida impetuosa y beligerante. En cuanto al retrato que hizo del Cura Hidalgo, se parece a los retratos que emergieron de las paletas de Leonardo, de Ticiano, de Rembrandt y de Velásquez: todos fueron mejores que los originales.

Después de las recitaciones, los alumnos de quinto y sexto años hicimos algunas evoluciones militares sobre el escenario; y la fiesta escolar terminó con un cuadro plástico en el cual Pepa Avila, (después señora de de la Garza) representó la figura alegórica de la Paz, y yo, el

dios de la Guerra, Marte. Cayó el telón y don Aurelio V. Villarreal nos permitió reunirnos con nuestros parientes que se encontraban en las lunetas y en los palcos.

Un poco antes de que sonaran las once de la noche, el Alcalde de la ciudad y el Jefe de la Guarnición salieron de sus plateas, para aparecer después en el palco de honor que ocupaba el General Naranjo. Por las actitudes y los gestos, se adivinaba que le estaban pidiendo algo, y que el veterano declinaba con afable cortesía. De pronto el público comprendió que le suplicaban que diera "el grito" y comenzó a aplaudir. Ante aquella presión cariñosa de todos los espectadores, el divisionario se levantó de su asiento y acompañó al Alcalde y al coronel Terán. Dos minutos después apareció sobre el proscenio empuñando la bandera tricolor. Lo acompañaban los miembros del Ayuntamiento, la oficialidad del XII Regimiento y los personajes más distinguidos de la ciudad. Todos los asistentes, se pusieron de pie, y el general Naranjo, tremolando el es tandarte gritó con voz cálida y llena de pasión: "¡Mexicanos, Viva México libre e independiente!" El pueblo contestó con un "viva" marcial y casi delirante. En seguida, la música tocó el Himno Nacional y mientras el pueblo cantaba el coro, María García Leal -que había interpretado el papel de "Marina" - intercalaba con su voz de oro, la primera y la última estrofa. Ese fue el "grito" que escuché y no he vuelto a oir otro que me produzca tan honda emoción. El general Bernardo Reyes gritaba en la noche del 15, con vibrante gallardía; el Presidente Porfirio

Díaz, completaba el rito, haciendo sonar la campana de Dolores; pero el éxtasis de aquella noche de 1896, no lo he vuelto a sentir en los años posteriores de mi vida. La sangre de mis arterias ardía; mi corazón palpitaba como si se me fuera a salir del pecho; la garganta cerrada casi no me dejaba respirar... Y me parecía que estaba entrando en el corazón de México, de un México purificado y celestial, como sólo se concibe a los 13 años, cuando todas las quimeras prometen realizarse, y todos los sueños son como alas del arcángel que nos elevan al cielo.

Al día siguiente, tomamos parte en el desfile del 16 de septiembre. La compañía del Instituto Felipe Naranjo marchaba en la vanguardia. Luego, tocando la marcha dragona, desfilaba el XII Regimiento. Las gentes, desde las banquetas nos vitoreaban con cariño, y nosotros con el pecho levantado y los ojos húmedos nos sentíamos tan orgullosos como si fuéramos legionarios que volvían a la ciudad de las Siete Colinas, después de una campaña triunfal. Al pasar frente a la casa del general Naranjo, el Capitán dijo con voz de mando: "Vista a la izquierda". Y allí estaba en un balcón el héroe de Santa Isabel, saludándonos con ademán afable y sonrisa paternal.

De todas estas cosas, yo le daba cuenta detallada a mi padre en cartas que mamá conservaba religiosamente, pero que se perdieron junto con todos los papeles de familia, cuando nuestra casa fue incendiada, el 21 de abril de 1914; pero ya me imagino lo que sentía Don Nemesio García y García, al enterarse de que en



GENERAL FRANCISCO NARANJO,

menos de 3 meses se había realizado en su hijo, el prodigio de una mexicanización completa.

En el año de 1912, el General Porfirio Díaz, que llevaba un año de encontrarse en el destierro, entró en un café de París, en donde se encontraban Don Pablo Macedo y Don Miguel Díaz Lombardo que en aquel entonces era Ministro Plenipotenciario de México en Francia. Al ver al ex-Presidente, se levantó don Pablo de la mesa y fue a saludarlo; el diplomático maderista, también por cortesía, se vio obligado a acercarse. El señor Macedo hizo la presentación, y don Porfirio, al tenderle la mano a Díaz Lombardo, le dijo:

-Un mexicano a las órdenes de usted, señor Ministro....

¡Un mexicano! Eso era lo único que reclamaba el poderoso de ayer, y eso también era lo que ambicionaba para su hijo, el idealista de Nuevo León que se había resignado a pasar sus últimos días, fuera de la Patria.

EL XII REGIMIENTO

En las páginas anteriores, he hablado varias veces del cuerpo militar que desde 1885 había estado de guarnición permanente en Lampazos. Y cabe preguntar: ¿por qué una fuerza tan grande en una ciudad tan pequeña? A fines del Siglo XIX, el Ejército Federal se componía cuando más, de 25,000 soldados. ¿Cómo pues se distraía la trigésima parte de los elementos armados del país, para cuidar una comunidad que constituía mucho menos de la milésima parte de la población nacional?

Esta aparente sinrazón tenía su razón de ser. Después del golpe de Estado de 1885, el General Francisco Naranjo solicitó su retiro del Ejército y el Presidente Díaz consideró aquella actitud como una amenaza de rebelión. Además, el pueblo lampacense tenía fama de ser arrogante y levantisco, desde los tiempos de don Santiago Vidaurri y del General Juan Zuazua. Por eso fue que el régimen porfirista tomó sus precaucionens. Los nativos, al hablar del XII, decían en tono misterioso: "está vigilando todos los actos y movimientos del General Naranjo". En cuanto a los lampacenses, por muchos años y en forma espontánea, vigilaban a aquellos que tenían contacto con

el jefe de la guarnición, es decir, desde 1885 hasta 1890, todo aquel que conversaba con el Coronel Terán, quedaba en entredicho y se le fichaba como espía.

La explicación parece satisfactoria; pero... ¿no era excesivo tener cerca de 900 soldados de caballería, para cuidar a un sólo hombre? No. porque diez años antes, con un acto de audacia, el General Naranjo se había apoderado de un cuadro de batallón que lo iba a aprehender. Fue el coronel y diputado del Congreso Federal Jesús M. Cerda quien me contó aquel episodio temerario que apenas se puede creer. Y allí va el relato que más que histórico, parece un capítulo inverosímil de una novela de aventuras. En el año de 1876 y con motivo de la proclamación del Plan de Tuxtepec, corrió el rumor de que los caudillos del norte, se iban a levantar en armas contra el gobierno que presidía don Sebastián Lerdo de Tejada. Por tal causa, a nadie pudo sorprender que el Ministro de Guerra General Ignacio Mejía enviase a Lampazos, un batallón de infantería con el objeto exclusivo de aplastar a Naranjo, en el momento en que se declarara en rebelión.

El día en que entró la tropa federal, todo el pueblo se conmovió, pues supuso que el insigne lampacense iba a ser aprehendido. El Coronel Manuel Zuazua, el Capitán Gregorio García y otros adictos a Naranjo, se le presentaron, para ponerse a sus órdenes en aquel momento crítico. El General dijo que averiguaran el número exacto de soldados, los elementos que traían, el aspecto de la tropa, y el cuartel improvisado en donde se les iba a instalar. Ya el Alcalde de Lampazos,

don Cayetano Iruegas —que por cierto, fue algunos años después mi padrino de bautizo— había preparado con el mayor sigilo el alojamiento de la tropa.

El Teniente Coronel que mandaba aquel cuadro de Batallón, le encargó al Mayor que llevara a los soldados al cuartel, mientras él pasaba al Telégrafo, donde esperaba encontrar, como en efecto encontró los últimos mensajes cifrados que le había dirigido el Ministerio de Guerra. Con estos documentos, y acompañado por dos oficiales ayudantes, se fue a la plaza principal del pueblo, que quedaba a un paso, y se sentó sobre una banca de granito, para enterarse de las últimas órdenes del General Mejía.

Entretanto, habían regresado a la casa del General Naranjo —ubicada precisamente en la referida plaza—el Coronel Zuazua y el Capitán García, quienes informaron que no se trataba de un batallón completo, sino de dos compañías muy mermadas. El General Naranjo oyó lo que le participaban sus subalternos, y luego los llevó a la ventana, y señalando al Teniente Coronel, les dijo: "hay que aprehenderlo, y cuanto más pronto, mejor". Y pasando del pronóstico a la acción, agregó: cada uno de ustedes se encarga de un oficial, y corre por mi cuenta el jefe. Y pasando de las palabras a los hechos, aquellos tres audaces se dirigieron a la banca en donde el Teniente Coronel leía. Al verlos llegar, el militar lerdista reconoció a Naranjo y se puso de pie para cuadrarse: pero advirtió sorprendido que el General en vez de contestarle el saludo, con la pistola amartillada y apuntándole al pecho le decía: "es usted mi

prisionero". El jefe gobiernista llamó a sus ayudantes, pero el Coronel Zuazua y el Capitán García ya los habían desarmado .

Una vez consumado aquel acto de audacia, los tres prisioneros fueron conducidos y encerrados en la casa del General Naranjo, y enseguida, los autores de aquel golpe, acompañados por otros lampacenses que se les habían unido, se dirigieron al cuartel en donde reinaba el barullo y el desorden que caracterizan a todas las instalaciones. Allí el General fronterizo les dio la bienvenida a sus "compañeros de armas" y les dijo que el Estado de Tamaulipas, por conducto del General Manuel González, se había unido a la revolución de Tuxtepec y que la caída del gobierno de Lerdo era cuestión de unas cuantas horas; y terminó su arenga, invitándolos a sumarse al movimiento revolucionario. Los soldados lo oían con estupor, mientras los oficiales, también desconcertados, se miraban los unos a los otros, sin saber qué hacer. Por fin, un capitán le sugirió que hablara con el Teniente Coronel, y se le dijo que este jefe se encontraba indeciso, pero que eran ellos quienes debían resolver la actitud que deberían tomar de allí en adelante. Y sucedió que el Mayor del cuerpo y la oficialidad, tentados por el espíritu de aventura, se pusieron a las órdenes de quien les prometía el triunfo rápido y seguro. Y así fue como —terminó su narración el licenciado Cerda—, por una de tantas paradojas de nuestra historia, Naranjo se pronunció con los soldados que lo iban a aprehender.

¿Es verídico el anterior relato? Cuando yo lo oí, ya habían muerto Naranjo, Zuazua y García,

por lo que me fue imposible confirmarlo; pero en cambio, todos los viejos de Lampazos me aseguraron que así era como se había efectuado la rebelión contra Lerdo. Esto significa que cuando menos, se contaba el episodio y por lo mismo, aún en el caso de una inexactitud histórica, la leyenda era indiscutible. El mencionado Coronel Cerda me dijo también que don Porfirio estaba enterado de aquel lance, y por lo mismo, cuando tuvo que cuidarse de Naranjo, envió a Lampazos el XII Regimiento, al comando del Coronel Terán, un veterano de la lucha contra la invasión francesa, con el cual no era fácil repetir la aventura de 1876.

No se requiere mucha imaginación para suponer cómo fueron las instrucciones que el Presidente le dio a Don Ramón Terán. Recordando la destrucción de la columna austríaca de Tabachisky y la peregrinación por los desiertos del Norte, para llegar hasta Chihuahua, —donde se encontraba el Presidente Juárez— debe haberle dicho que el hombre era muy impetuoso, que todo su pueblo lo seguía; que anduviera con tiento y con cautela, pues el vigilado era capaz de cualquier golpe, por sorpresa; que la mejor táctica era respetarlo; que observara hasta donde le fuese posible una actitud pasiva, pero que estuviera siempre listo para obrar en cualquier momento. Todas estas precauciones parecen indicar que el General Francisco Naranjo era el caudillo fronterizo de mayor cuidado, pues ni al General Mariano Escobedo, ni al General Jerónimo Treviño se les dispensó el honor de tenerles sitiados por un regimiento completo, durante doce años se-

guidos.

Con estos antecedentes, era natural que el XII fuese recibido con manifiesta hostilidad. Cuando en diciembre de 1885, el cuerpo entró a Lampazos, todas las casas cerraron sus puertas, en señal de disgusto y de protesta. El Coronel Terán —como los hombres de fuerza personal auténtica— era prudente, de poquísimas palabras, y no hacía ostentación de su poder. En un principio se mantuvo aislado de la población, pasó por alto la ojeriza colectiva, sin contestarla con actos de represalia. Nadie podía quejarse de violencias ni de agresiones, por lo que se fue amortiguando, poco a poco, aquella situación de tirantez aguda. Y cuando las gentes comenzaron a tratar con el Coronel Terán, vieron que en vez de prepararse para desenvainar la espada, ponía el mayor empeño en conseguir una reconciliación.

Sin embargo, el pueblo y, especialmente las mujeres, continuaban rechazando a los "mochos" —como llamaban despectivamente a los soldados de línea. El regimiento tenía una banda militar excelente que, bajo la batuta del músico guanajuatense don Telésforo Vargas, daba conciertos públicos en la plaza principal, los jueves y domingos; pero las familias se negaban a asistir a las serenatas, para subrayar con su ausencia su reprobación y su acritud. La aversión popular era evidente; pero como el Coronel Terán había ordenado a la oficialidad y a la tropa, que tratasen a todo mundo con miramiento y cortesía, no se registraron accidentes ásperos y se fueron haciendo más flexibles las condiciones rígidas que en un principio, parecían conducir a choques inevitables.

¿Cuánto iba a durar aquel boicot que le imponía Lampazos a la guarnición militar? Eso no fue un episodio pueblerino sino un episodio de la vida humana.

LA RECONCILIACION CON LOS SOLDADOS

El pueblo estaba resuelto a boicotear al XII Regimiento, por tiempo indefinido, pero sucedió lo que tenía que suceder, lo que siempre ha sucedido en situaciones similares. Un día de tantos, pasaba por una de las calles, un teniente apuesto y gallardo, y de pronto, se encontró con una de las muchachas más lindas de la ciudad que venía en sentido contrario. El oficial le cedió la acera, con amable gentileza y... nada más; pero el poeta Gustavo A. Becquer dijo en forma insuperable:

"Sabe si alguna vez tus labios rojos
quema invisible atmósfera abrasada,
que el alma que hablar puede con los ojos
también puede besar con la mirada".

Y eso fue lo que pasó. El teniente no emitió una palabra que revelase atrevimiento ni falta de respeto: se limitó a mirar a la joven con pasión, y ella bajó los ojos, conmovida. Y así nació un idilio que no era como el de Romeo Montesco con Julieta Capuleto, pero que estaba destinado a inflarse y crecer con los obstáculos.

El oficial averiguó dónde vivía aquella beldad y ella se estremecía cuando lo miraba pa-

sar frente a su ventana. En los primeros días solamente ella y él estaban en el secreto; pero no tardaron las gentes en advertir la asiduidad con que el oficial pasaba delante de aquella casa, y se esparcieron los rumores y chismes consiguientes.

Alguna vieja solterona decía indignada: -Sabes, un mocho le anda haciendo el oso a Fulanita. Y otra solterona contesta: -Pero ella es la que tiene la culpa porque ha de coquetear con él. -¡Quién lo hubiera creído! -La cosa no tiene perdón de Dios. Naturalmente, los chismes llegaron a oídos de los padres de la criatura, quienes la hicieron comparecer para ordenarle que no diera ningún motivo para establecer unas relaciones imposibles.

La niña se puso a llorar, porque ya estaba impresionada y allá, en el interior de su alma, bullía el anhelo de no faltar a los juramentos que aún no se habían hecho.

-¿Qué es lo que te ha dicho?

-Nada, papá, si nunca he hablado con él.

Y en efecto, no habían cruzado la menor palabra, aunque como en el endecasílabo de Campoamor "con el mirar se lo dijeron todo".

Los viejos, al ver llorar a su hija, comprendieron que estaban vencidos; pero por solidaridad con los demás lampacenses, opusieron un veto enérgico a aquel romance en embrión. No, no era posible que una muchacha del pueblo tuviera el menor contacto con aquellos soldadones que habían venido a ultrajar la altivez tradicional de la tierra de los Zuazuas y de los Naranjos.

Pero todavía no se solucionaba aquel asun-

to romántico cuando se supo que otras dos señoritas se habían prendado de otros dos oficiales de la guarnición y que también derramaban lágrimas cuando se las reprendía. La primavera nunca hace caso del invierno, y aquellas niñas no entendían el orgullo regionalista, ni menos aún el fuego con que las gentes mayores hablaban de la pérdida de la soberanía de Nuevo León. Tampoco les podía entrar en la cabeza que su pretendientes insultaran con su presncia a la colectividad, pues por el contrario veían que los oficiales eran correctos, correctísimos y cumplían al pie de la letra la consigna del coronel Terán de tratar con respeto a todo el mundo.

Por otra parte, ¡los militares se veían tan esbeltos y elegantes con los uniformes de entonces! Era la época en que los dragones llevaban unos dormanes de triple botonadura, con alamares de seda, lo cual les daba un aspecto de leyenda. Cuando menos, por su indumentaria, parecían ser los continuadores de los húsares de Joaquín Murat.

Entretando, se efectuaron dos sucesos que contribuyeron a ablandar la rigidez que se había impuesto contra el XII Regimiento. Alguien vió entrar al coronel Terán en la casa del general Naranjo, y con sorpresa advirtió que había permanecido dentro, más de una hora. ¿De qué habían hablado el agente de la dictadura y el viejo veterano? Nadie lo supo con certeza, pero los íntimos del general advirtieron que en esa tarde había estado risueño y con más buen humor que de costumbre. El hielo se comenzaba a derretir.

Días después se repitió la visita del coronel, y luego se vió que los dos militares salían a la plaza y daban varias vueltas, en amigable conversación. Don Ramón Terán ponía especial empeño en que los lampacenses lo vieran tratando con respeto y acatamiento al divisionario retirado.

El otro acontecimiento importante que impresionó al pueblo fue el que sigue. El presidente del Ayuntamiento le escribió al insigne educador don Miguel F. Martínez, para pedirle que le enviase la mejor maestra que pudiera conseguir, para que se hiciera cargo de la dirección de la Escuela Oficial de Niñas; y don Miguel contestó que en Lampazos vivía una profesora excelente que se llamaba María de Jesús Vargas y que era hija del director de la banda del Regimiento.

Con tan valiosa recomendación, se le extendió el nombramiento respectivo, y Jesusita Vargas, con su bondad y su dulzura, conquistó el corazón de todas sus discípulas. Y ante la acción conjunta de 200 niñas se tuvieron que aplacar los espíritus más rebeldes e intransigentes.

Completando aquella tarea reconciliadora, el Coronel Terán invitó a los comerciantes de la localidad, para que pasaran a verle, y les dijo con tono acogedor:

"Hasta hoy y con el objeto de evitar conflictos, he traído de Monterrey, los alimentos para mis soldados y el forraje para la caballería del Regimiento, y esto es muy molesto para mí, y además no me permite rechazar la mercancía cuan-

do resulta deficiente. Por otra parte, no me parece justo que por motivos que nada tienen que ver con el comercio, Lampazos no se beneficie con el tráfico de abastecimientos. ¿Por qué no se encargan ustedes de estos menesteres? Presenten las listas de sus precios al mayor Hernández que es el encargado del Detall, en el concepto de que, al beneficiar al pueblo, beneficiarán también a la nación".

Bien sabía el comandante del XII que, al crear intereses, se disiparían los últimos resentimientos.

Así iban las cosas, cuando la sociedad lampacense trepidó con una noticia sensacional: la señorita María de Jesús Tamez, de la crema social, iba a contraer matrimonio con el mayor Fidel Hernández. Hasta entonces, se habían casado algunos oficiales con muchachas de la clase media, pero ahora era un jefe el que se vinculaba con "gente conocida", como se acostumbra decir tanto en las metrópolis populosas como en las más pequeñas aldeas. Aún no se había disipado el asombro general, cuando se oyó otro cañonazo más despampanante, pues se anunció la próxima boda del coronel Terán, con la señorita Trinidad de la Garza, de la más encumbrada sociedad y que además era sobrina de doña Jesusita de la Garza, hermana política del general Naranjo. Así pues, el representante político del porfirismo iba a resultar medio pariente del divisionario a quien debía vigilar.

Con estos dos matrimonios, se desvanecieron los últimos resquemores y animosidades que habían podido quedar, y el XII Regimiento pasó a

ser una de las instituciones de Lampazos. Las serenatas de los jueves y los domingos eran concurridísimas, y las señoritas mandaban decirle al director de la banda que tocara ésta o aquella pieza. Eran los tiempos de "Sobre las Olas" y de los valses de Strauss y de Waldteufel.

En el Casino de la Mutua se veía al general Naranjo con el coronel Terán, saboreando una taza de café o desafiando a la fortuna con una partida de paco. Los hijos del veterano habían trabado amistad con los jefes y oficiales que en su mayoría, se habían casado con muchachas lampacenses; y el pueblo se olvidó de los motivos ásperos que habían determinado la presencia de una fuerza militar grande en una ciudad tan pequeña. Y más todavía, los hijos del pueblo llegaron a enorgullecerse de tener en su tierra, una guarnición permanente muy similar a la de la mayoría de las capitales de Estado.

Así pasaron doce años, y de pronto a principios de 1897, corrió el rumor de que el XIII había sido llamado para reforzar la plaza de Monterrey. Al principio no se le dió crédito a la noticia, porque el cuerpo militar había clavado sus raíces en la población, y ésta lo consideraba como cosa suya. Jefes, oficiales e individuos de tropa habían instalado sus hogares en Lampazos y consiguientemente, la partida iba a desintegrar a muchas familias.

El comercio presentía una crisis muy seria, porque iban a desaparecer de pronto cerca de 900 consumidores, es decir, el doce por ciento de los habitantes de Lampazos. Y a todo esto hay que agregar que la ciudad se había acostumbra-



DON TELESFORO VARGAS,
— Director de la Música del XII Regimiento —

do a despertar todas las mañanas con el toque de diana; a comer con el toque de rancho; a cenar con el toque de retreta; y a suspender toda actividad con el toque de silencio.

Para el general Naranjo la noticia de que se iba el regimiento debe haber sido muy amarga, porque ya se había encariñado con el coronel Terán, y además porque el hecho de que se suspendiera la vigilancia que sobre él se ejercía, tuvo que hacerle comprender que el régimen porfirista había dejado de temerle.

En 1885, tenía que molestarle un guardián que lo observaba constantemente, seguía sus pasos y tomaba nota de sus actos; pero al mismo tiempo, era motivo de legítimo orgullo que el dictador omnipotente, lo tuviera sitiado como no tenía a ningún otro veterano de la República. Cuando se confirmó la partida del XII, el héroe de Santa Isabel y Santa Gertrudis, de San Jacinto y Querétaro, tuvo que palpar con melancolía que ya estaba pisando los umbrales de la vejez. Había pasado su hora y de allí en adelante, se iba a ir hundiendo más y más en las nieblas inevitables de la historia.

En la víspera del viaje, el coronel Terán fue a despedirse de su superior jerárquico, y en una entrevista impregnada de sentimiento le suplicó que le perdonara si alguna vez, en el cumplimiento de órdenes superiores, lo pudo haber lastimado. El anciano divisionario lo abrazó enternecido y, con los ojos arrasados en lágrimas, le dijo, "no, mi coronel, si todos los subordinados del presidente Díaz fueran como usted, entonces sí merecería el título de "Héroe de la Paz", con

que lo halagan sus aduladores.

Al día siguiente, todas las casas de Lampazos se vaciaron, pues sus moradores se colocaron en las banquetas de la calle de Comercio -hoy calle de García Naranjo- para presenciar el melancólico desfile. Hace cincuenta y cinco años y me parece que fue ayer, pues al recordar el cuadro, siento que se me oprime el pecho y se me altera la respiración. Se veía claramente que los jefes, oficiales y la tropa no querían irse, y se veía también que los lampacenses no querían que se fueran. Las mujeres agitaban los pañuelos para despedir a sus yernos y a sus cuñados, y éstos, con los ojos humedecidos se alejaban de la ciudad fronteriza para siempre.

Unos vecinos se presentaron al cura párroco don Manuel Cabello, para pedirle permiso de despedir al XII con un repique triunfal, y las cam panas sonaron con acentos sonoros que parecían humanos.

La banda militar, en combinación con los clarines, tocó la marcha dragona por última vez, mientras atravesó el centro de la ciudad, y luego, al dejar atrás las casas, comenzó a tocar La Golondrina, cuyas notas melancólicas intensificaron más todavía la emoción general. Centenares de personas se fueron detrás del XII, hasta llegar a los arrabales, y desde allí siguieron con la mirada, la polvareda que la caballería iba levantando a su paso.

Así fue como el pueblo, que no era rencoroso, despidió al enemigo de ayer. Lampazos estaba triste como si le hubieran amputado una parte de su organismo. Y más triste aún por-

que comprendía que su hijo más destacado -aquel a quien el general Díaz llamaba el Murat mexicano- había llegado ya a su crepúsculo definitivo.

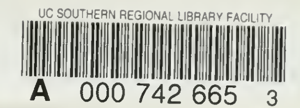
¡Con cuánta tristeza se comprobó tres años después, que el presidente Díaz ya no tenía necesidad de cuidarse del general Naranjo! En 1901 se reunieron en San Luis Potosí, en torno del ingeniero Camilo Arriaga, unos jóvenes entusiastas que fundaron el Club Liberal "Ponciano Arriaga" para combatir la famosa política de conciliación de la dictadura porfirista. Los más destacados de aquel grupo fueron Ricardo Flores Magón, Antonio Díaz Soto y Gama, y José María Facha, Juan Sarabia, etc. Aquel movimiento repercutió en Lampazos, en donde se integró otro Club Liberal, bajo la presidencia del ingeniero Francisco Naranjo hijo.

La oposición, que en un principio fue moderada, se fue encendiendo a medida que pasaba el tiempo, y a fines de 1901, comenzó a tomar aspectos beligerantes. El licenciado Heriberto Barrón, acompañado por polizontes disfrazados, hizo un escándalo en una sesión del Club "Ponciano Arriaga" de San Luis Potosí y provocó su clausura inmediata. En cuanto al Club Liberal de Lampazos, también se organizó un zafarrancho artificial, para aprehender al ingeniero Francisco Naranjo hijo.

El general se sintió lastimado y le envió a don Porfirio un mensaje de mil palabras; y el presidente, de acuerdo con su sistema, debe haberle contestado que no tuviese la menor preocupación, pues su hijo sería juzgado de acuerdo

con la ley; pero de cualquier modo, Pancho Naranjo salió preso de Lampazos y durante varias semanas estuvo recluído en un aposento del Noveno Batallón de Monterrey.

Se le dispensaron toda clase de atenciones; pero.... el viejo veterano debe haber sufrido intensamente al ver a su hijo encarcelado, sin que él lo pudiese libertar. ¡Ya había pasado su hora, y el gobierno no necesitaba recordárselo con un regimiento en actitud amenazante! Sic transit gloria mundi!


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 742 665 3

